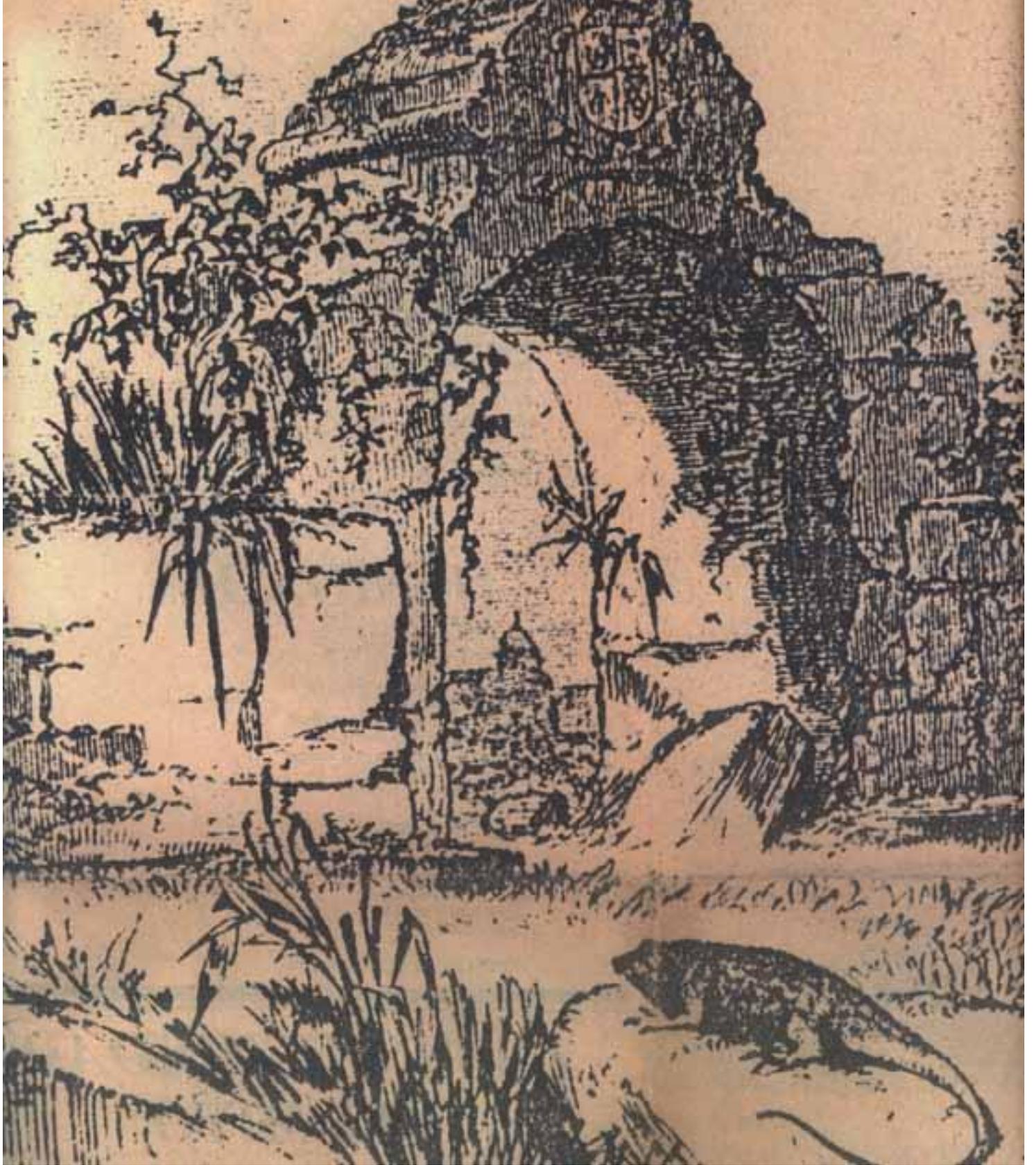


III

Masaya, primer grito de independencia

Puerta de Masaya, según el
dibujante de Squier, 1850.



MASAYA INDEPENDENTISTA

Por Julián N. Guerrero

SUS VECINOS ESPAÑOLES

Al comenzar el siglo XIX, Masaya contaba con una población de trescientos pardos; su numerosa población indígena y los siguientes vecinos españoles que indudablemente dieron origen a las principales familias de hoy: Teniente Coronel don Luis Blanco, Capitán Juan Ignacio Barrios, Teniente don Máximo Avilez, el administrador de correos, don José Gregorio Bolaños, el Subdelegado del Partido don Manuel Esteban Avilez, el Teniente don Justo Abaunza, don José Beididea o Beibedea, don Leopoldo Ruiz Avilez, don Leoncio Echeverría, don Cayetano Noguera, don Luis y don Fermín Osorno, don Pablo Avilez, don Gregorio Marengo, don Francisco Esteban Matus, don Andrés Jomé y don Pons o Ponce.

SITUACIÓN POLÍTICA

Políticamente, durante la dominación española, la ciudad de Masaya formaba parte del partido de León, como consecuencia de la división política originada por la creación de la Intendencia, en virtud de las Ordenanzas Reales de 1786, siendo su Primer Intendente el Coronel don Juan de Aysa.

El intendente Coronel Aysa propuso en 1788, la creación de nuevos partidos, creando entre ellos el *Partido de Masaya*, comprendiendo en esa demarcación: la ciudad de Masaya, como cabecera del Partido y los pueblos de Nindirí, Catarina, San Juan, Niquinohomo, Nandasmo, Jalata, Masatepe, Jinotepe y Diriamba. Desgraciadamente este proyecto del Coronel Aysa no tuvo aprobación oficial.

GOBIERNO LOCAL

Durante la época colonial los pueblos eran gobernados directamente por funcionarios de la Corona, con funciones para la recolección de tributos, colecta de impuestos, mantenimiento del orden, etc., etc.

Las autoridades coloniales tenían jurisdicción y competencia sobre españoles, ladinos e indígenas, para todas las causas del orden civil, militar, administrativo y judicial.

Sin embargo, como esbozamos brevemente en otro lugar, el talento de los conquistadores y sus sucesores en el gobierno de los países conquistados, se mantuvieron para los indígenas, remedos de sus antiguos gobiernos locales o *calpulli*, es decir, Consejos Locales de elección popular y con autoridad ejercida por delegación, por un Jefe, Alcalde o Cacique.

Para ese objeto elegía al conquistador y más tarde gobernados, intendentes, etc., un Cacique o Jefe Local, para que ejecutara e hiciera ejecutar por los indígenas las órdenes del funcionario real. Este cacique

o jefe era elegido por voto directo por los indígenas de la comprensión urbana y rural de cada pueblo y estaba facultado para nombrar empleados y funcionarios de segundo orden, para mejor ejercicio de su mando.

Tal era la autoridad indígena de Masaya y de los pueblos que entonces componían la Sub-delegación del Partido. Entre los funcionarios de los alcaldes indígenas, había Alcalde Ordinario, Alguaciles, etc., con funciones propias para los diferentes ramos administrativos. .

Sin embargo, para el gobierno de los *vecinos españoles* y sus descendientes, privados y familiares, solamente tenían competencia las autoridades reales, para lo político, económico, administrativo y judicial.

Por esta razón, encontramos en el relato del Ilmo. Obispo Fray Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, la enumeración de alcaldes, alguaciles, escribanos, regidores, etc., en Masaya y en la casi totalidad de los pueblos de la Provincia; pero estos funcionarios indígenas no tenían autoridad alguna sobre españoles ni sus familiares, criados o privados.

EL PRIMER AYUNTAMIENTO LOCAL

El primer ayuntamiento de la ciudad de Masaya, en el estricto sentido legal de tales organismos políticos, lo tuvo la ciudad en calidad de *hecho*, es decir sin autorización real ni autorización de funcionarios de la Capitanía General de Guatemala.

Los monarquistas o españolistas, aprovechando el desconcierto producido por los levantamientos independientes de los años 1811 y 1812, en las principales ciudades de la Provincia y en la propia ciudad de Masaya, organizaron un ayuntamiento.





Desde luego, este ayuntamiento de facto o de hecho, como se dice en disciplinas jurídicas, *no fue creado por el pueblo de Masaya*, es decir, por sus pobladores indígenas ni criollos, sino por los partidarios españoles o españolistas de la Monarquía que se habían refugiado en la ciudad, al igual que lo habían hecho los monarquistas de la población de Managua.

Pasados los primeros movimientos de independencia, los enemigos de éste solicitaron a las autoridades monárquicas de la Provincia, como premio a su lealtad con el rey, se les reconociera provisionalmente como legal la organización del Ayuntamiento de facto, fungiendo como legítimo por el tácito asentimiento del Intendente de la Provincia.

Las gestiones de reconocimiento real a la creación del Ayuntamiento de Masaya, comenzaron el 12 de diciembre de 1812 y fueron renovadas durante los años de 1814 y 1815, sin resultado alguno. Pero siete años después, en 1819 se permitió la creación de un Ayuntamiento, aparejado con el título de VILLA FIEL DE SAN FERNANDO DE MASAYA.

MASAYA, EL PUEBLO REBELDE

Pocos pueblos de la República tienen en su historia páginas de permanente e inalterable rebeldía contra la conquista española, como el *pueblo de Masaya*; y usamos, precisamente, el término pueblo, aplicándolo exclusivamente a sus indígenas y a sus descendientes con mezcla de sangre española o sin ella.

Lo relatado en el capítulo anterior sobre la organización de un Ayuntamiento de hecho o de facto, como quedó claramente explicado, fue acción directa y exclusiva del grupo español o españolista residente en la ciudad y, como consecuencia, partidario de la monarquía.

En realidad, los aborígenes de la ciudad y de toda la región indígena del actual territorio departamental y sus descendientes, apenas despertados del impacto sorpresivo y terrible de la invasión española, mostraron continuamente durante todo el régimen colonial, aversión manifiesta contra el conquistador y contra los desmanes del régimen colonial.

Cuántas vejaciones sufrieron los aborígenes masayenses en el curso de la dominación española, tuvieron constantemente una respuesta segura de oposición y rebeldía contra las autoridades y los invasores. Primero, huyeron espantados hacia los montes, para ponerse al abrigo de la esclavitud y los desmanes de los encomenderos. Más tarde, se revelan contra la entrega de sus cosechas, para abonar a bajo precio al pago de sus tributaciones y a la venta, a mínimo avalúo, de sus sobrantes.

Años más tardes, los indígenas de Masaya se revelarán contra la entrega, a precios injustos, de sus granos y comestibles para consumo de sus milicianos del Castillo de la Inmaculada Concepción del río San Juan; a la entrega de su jarcias y artesanías para uso de los barcos reales del Gran Lago y sus dotaciones militares o para revenderlas en otras plazas de la Provincia, de sus verdugos.

Y cuando los movimientos iniciales de independencia se producen en Nicaragua, serán los indios de Masaya los primeros en rebelarse contra las autoridades españolas, que les han vejado por dilatados años; y, en sentido contrario, serán indígenas masayenses los que acuerpen y defiendan a los empleados coloniales que les han tratado con cristiana humanidad y hecho propio, en algunos casos, su causa libertaria.

Y es así como vemos durante los movimientos independentistas de 1811, que el pueblo de Masaya acuerpa a los *criollos*, a favor del Subdelegado de Masaya don José García Salas y, más tarde, con violencia y vehemencia patriótica al rebelde funcionario don José Gabriel de O'Horan.

El 15 de septiembre de 1811, el pueblo de Masaya, enfurecido y armado de puñales, machetes, lanzas, palos y mecates, ataca a los jueces españoles de las parcialidades de Monimbó y Diriega, reduciéndolos a prisión.

El 2 de enero de 1812, en una nueva y más violenta acometida, desaloja de sus casas a los funcionarios reales de la ciudad; les arrebató sus cultivos y les acusa de cobros indebidos y de órdenes recibidas y que a ellos le favorecen, pero ocultadas con malicia e infamia para rehuir su cumplimiento.

Y, finalmente, en una marcha sorpresiva más de cincuenta jefes indígenas invaden el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Granada, protestando por la prisión del señor O'Horan, en diciembre de 1812, cuya libertad demandan de las autoridades reales.

SUCESOS DE 1811-1812 Y QUEMA DE INDÍGENAS

Por Jerónimo Pérez

En 1811 volvió a ser Alcalde de Granada, y el Ayuntamiento le comisionó para que pasase a Masaya a apaciguar a los indios, que andaban alborotados desde el tiempo en que fue Subdelegado el licenciado don Santiago García de Salas; comisión que desempeñó quedando todos convenidos en reconocer por Juez al Padre Cura don Policarpo Irigoyen, y por Preventivos a los respectivos Curas de los demás pueblos, ínterin el Capitán General determinaba lo conveniente.

Mas después de arreglado todo con general aplauso, el 22 de diciembre en la noche, día mismo en que empezaron los desconciertos de Granada, volvieron los indios a insurrectarse pidiendo de Juez a don José Gabriel de O'Horan, natural de Mérida, que por sus oficios a favor de ellos se había captado su mayor aprecio. O'Horan era pobre, de pocas palabras, su fisonomía más bien adusta que simpática; sin embargo, era el ídolo del pueblo indígena que lo pedía de juez, ya que no podía proclamarle Rey.

Los indios supieron que O'Horan estaba detenido en Granada, y del momento se reunieron como 3,000; cercaron la habitación de Sacasa y le manifestaron que su *cabeza respondía* si no les daban a aquél; en cuyo conflicto pasaron a visitarle el Padre Cura Irigoyen y el Padre don Benito Soto, que había venido de León, comisionado por el Obispo para apaciguar a los indios referidos. Todos saben que el Obispo era entonces Gobernador de la Provincia.

Estos dos sacerdotes hablaron a los sublevados, y consiguieron calmarlos ofreciéndoles que iban a Granada a pedir la libertad de O'Horan, y en su consecuencia, el Padre Soto marchó acompañado de muchos, y aunque la mayor parte de los amotinados se retiró a sus casas a esperar el resultado, fue grande el número de los que quedaron con toda clase de armas blancas rodeando la casa en que estaba hospedado don Roberto.

El Padre Soto consiguió su intento. O'Horan entró a Masaya el 24 de diciembre (1811) a las tres de la tarde, en medio de las aclamaciones más entusiastas del pueblo, e inmediatamente se posesionó por sí solo del mando del partido, retirándose Sacasa a Granada, libre de toda exigencia.

Mas la agitación de esos días no podía concluir con la presencia de un hombre, porque a la verdad, si ese hombre arrastraba el corazón de la multitud, no era más que porque representaba una idea, y esa idea era la más grandiosa de todas: la libertad. *Libertad* proclamaba el Norte, *libertad* repetía el Sur, y esa palabra mágica no podía ser desoída en el Centro. Los revolucionarios de Granada y de León excitaban a los indios; y así era que perseguían en sus alborotos, de manera que las comunicaciones entre dichas ciudades se hacían difíciles, y los ladinos vivían en alarma cada vez que aquéllos se amotinaban.

Por el mes de febrerero de 1812, Sacasa iba para León a presentarse al Obispo, que ya dijimos era Gobernador de la Provincia; al pasar por Masaya le visitaron el Padre Irigoyen referido, y don Diego Alvarado que representaba a los ladinos, y ambos le suplicaron que permaneciese aquí para dictar providencias de seguridad, el cual accedió a condición que el Padre Soto se lo ordenase en nombre del Obispo, para lo cual no hubo la menor dificultad. Enseguida se reunió una Junta de los principales del vecindario, presidida por el mismo Soto, la cual adoptó varias medidas propuestas por Sacasa, una de ellas, hacer venir tropas de los pueblos vecinos, porque en esa época la porción ladina de Masaya era insignificante respecto de la indígena.

Con este auxilio capturaron a varios caudillos, a quienes los indios pretendieron libertar a costa de la vida. La sangre de muchos infelices corrió en la habitación de O'Horan, y como estaba inmediata a la iglesia de la Veracruz y allí se refugiaban éstos, fue violada y destruida después.

Las ruinas sirvieron de espanto a los medrosos, y por mucho tiempo afearon la calle de San Jerónimo, en donde estaba situada la iglesia, a dos cuadras de la Parroquia. Nadie quería levantar sobre ellas edificio particular hasta vencida esta preocupación hubo quien edificase las casas que hoy las cubren.

La familia Sacasa sufrió muchas injurias de los exaltados de Granada, al extremo que él mismo se vino a residir a Masaya durante algunos años posteriores a dichos sucesos.

O'Horan fue llevado preso a Guatemala, en donde no nos incumbe seguirle; mas no omitiremos referir que los indios iban en cuadrillas a pie, a verle en la prisión, llevándole cuantos presentes podían coleccionar y lo mismo hacían con la familia que quedó en Granada sumida en la desgracia. Estos rasgos pintan el acendrado amor del pueblo a un hombre que creían consagrado a su servicio, y esta gratitud es un ejemplo de moralidad.

Al salir de aquí, con grillos, dio un largo suspiro que revelaba la pena de su alma. Uno de nuestros versificadores populares de aquella época compuso varias décimas, que por contener los nombres de los caudillos indios más distinguidos en aquella jornada, merecen recordarse. Dicen así:

Ayer que entré de Juez
replicaron las campanas
y hoy reo las oigo pianas
doblado por mí esta vez;
¡Ay! O'Horan que ya a los pies
de los jueces me veo hoy
si ya con grillos estoy
por mi grande desventura
¡Oh mundo todo es locura!
¡Lo que va de ayer a hoy!

Ayer levanté a la grey
contra este noble pastor,
y hoy me castiga el rigor
de un Soto de orden del Rey
¡Ay! O'Horan que esto es por ley
yo no lo ignoro es así,

y en la capital me vi
por otra ya sentenciado;
si he de morir desgraciado,
aprended flores de mí.

Ayer de indios fui querido,
como a Rey me respetaron
y hoy ya todos me faltaron
haciéndome aborrecido,
¡Ay! O'Horan cuán afligido
para este destino voy:
si ya con grillos estoy
por mi grande desventura
¡Oh mundo todo es locura!
¡Lo que va de ayer a hoy!

Ayer entré de señor
a este pueblo a gobernar;
a indios vine a levantar
y me tuvieron amor.
Levantaron con rigor
todos con machete en mano.
Rafael Ríos muy tirano
de ese me hallo muy pagado
adiós Salomé Mercado
memorias a Tomás Ramos.

Luego a la plaza salté
con mis indios en manada
la tropa me amemazaba
caramba que acobardé
y me acuerdo que esto fue
un día de San Benito
y adiós Félix Negrito,
Noriongue, Castro y Mateo
por si acaso no los veo
expresiones a Anselmito.

Nunca mi idea formó
a lo que yo pretendía
porque vino un Soto un día
y luego me aprisionó
mi común acobardó
no pudo cantar victoria
de nada sirvió la historia

con Torres, Polla y Gaitán
y también me le darán
a Juan Roda mis memorias.

Adiós que me llevan preso
los plebeyos de Masaya:
adiós indios mi gentualla:
no os dé cuidado por eso,
a ustedes sus manos beso.
Adiós José Mendocita
adiós indios e inditas
adiós mi común mayor,
adiós José Provedor,
memorias a Teliquita.



Templo protestante en la Calle Real de Masaya y la avenida El Calvario, que hoy ocupa el predio donde fueron quemados los indígenas.

TÍTULO DE VILLA Y DICTADO DE FIEL DE SAN FERNANDO DE MASAYA

"A la Villa de San Fernando de Masaya"
Archivo General de Indias, Sevilla
Audiencia de Guatemala, Legajo
TÍTULO 533.

Concediéndole el dictado de Fiel
En 24 de marzo de 1819

De oficio.

DON FERNANDO 7º, etc. Por cuanto teniendo en consideración la fidelidad y lealtad inalterable que ha conservado a mi Real persona el Pueblo de Masaya, en el Reino de Guatemala, sin embargo de las tentativas y embates de los facciosos y de estar rodeados de pueblos insurreccionados, su numeroso vecindario de más de 12 mil almas y ventajas que sobre las otras poblaciones de su provincia ha adquirido en industria, comercio y agricultura, por resolución, a consulta de mi Consejo de las Indias de 20 de octubre de 1818, he venido en concederle el TÍTULO DE VILLA con la denominación de SAN FERNANDO DE MASAYA el dictado de FIEL, la continuación de su Ayuntamiento y exención del gravamen de la cantidad que por cada vecino debe pagarse con arreglo al último arancel de gracias a sacar. Por tanto por el presente mi Real / fol. 1v. / Título quiero y es mi voluntad que desde ahora en adelante, y para siempre, el referido Pueblo de San Fernando sea y se intitule y llame la VILLA FIEL DE SAN FERNANDO DE MASAYA, y que goce de las preeminencias que puede y debe gozar, y que así mismo sus vecinos tengan todos los privilegios, franquezas, gracias, inmunidades y prerrogativas de que gozan y deben gozar todos los otros de semejantes villas de estos y aquellos mis Reinos, y que se pueda tener y ponga este título en todas las escrituras, autos, instrumentos y lugares públicos, y que así la llamen los Señores Reyes que me sucedieren, a quienes encargo la amparen y favorezcan, y la guarden y hagan guardar todas las honras, gracias, mercedes y privilegios que como a tal le pertenecen. En cuya consecuencia mando a los infantes, prelados, duques, marqueses, condes, ricos hombres, priores de las órdenes, comandadores y subcomandadores; alcaydes de los castillos, casas fuertes y llamas, y a los de mi Consejo, virreyes, presidentes, regentes y oidores de mis Audiencias y Chancillerías, y a todos los consejos, corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, alguaci / fol. 2/ les, merinos, prebostes, veintiquatros, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos, y a las demás personas de qualquier estado, condición, preeminencia o dignidad que sean, y a todos mis vasallos, súbditos y naturales, así a

los que ahora son como a los que en adelante fueren, y a todas las ciudades, villas y lugares de estos mis Reinos y Señoríos y de los de las Yndias, y las y tierra firme del mar océano a quien está mi cargo /sic/ o su traslado signado de escribano público fuere mostrado, que llamen e intitulen, perpetuamente, así por escrito como por palabra, y hagan llamar e intitular el expresado pueblo de VILLA FIEL DE SAN FERNANDO DE MASAYA, y que la hayan y tengan por tal, guardándola y haciendo que la guarden todas las honras, gracias mercedes franquezas, libertades, exenciones, preeminencias, inmunidades y prerrogativas, y las demás cosas que por razón de ser Villa debe haber y gozar y la deben ser guardadas, sin limitación alguna, como si aquí fueran expresadas, porque mi voluntad es que desde ahora en adelante, perpetuamente, las goce y tenga como queda referido, bien y cumplidamente, sin poner ni permitir se ponga impedimento alguno, sino que, antes bien, todas las mencionadas justicias lo hagan guardar como si en particular fuera dirigido a qualquiera de ella, a / fol. 2 v/ quien fuere mostrado y pedido su cumplimiento. Y mando al Ayuntamiento de esta nueva Villa, - que debe componerse de Alcaldes Ordinarios, Regidores y demás oficios de república, estableciéndolos, eligiéndolos y nombrándolos bajo de las mismas reglas que previenen las leyes de Yndias y se eligen y nombran los de las otras villas de aquellos mis Reinos - forme sus ordenanzas y estatutos para el gobierno político y económico de ella, y que luego que estén formados los remita al enunciado mi Consejo para su examen y aprobación, por ser así mi voluntad. Y que de este mi Real Título se tome razón de las Contadurías Generales de la Distribución de mi Real Hacienda, en la de Indias y en las demás partes donde convenga. - Dado en Palacio a 24 de marzo de 1819. YO EL REY. Yo Don Esteban Varea, Secretario del Rey nuestro Señor, lo hice escribir por su mandato. El Duque de Montemar - Conde de Garciez - José Ayzinena - Don Bruno Villarino. Tomose razón de este título de S.M. como en el se previene - Madrid, 4 de mayo de 1819. Por ocupación del señor Contador General - Felipe de Salcedo. Tómese razón de la Contaduría General de las América Septentrional - Madrid, 4 de Mayo de 1819. - Don José de Texada*.

Historia del escudo de Masaya

Por Enrique Bolaños Geyer

En 1968, ocupé la Presidencia del Club Social de Masaya, ubicado entonces en la casa del doctor José Heliodoro Robleto, en la calle de San Jerónimo, frente a la casa de don Rigo Rosales. Junto con la Junta Directiva de ese año, promoví la construcción del nuevo Club frente a la Laguna de Masaya (lugar actual), para esto era necesario modificar los Estatutos, a fin de permitir la emisión de acciones que respaldaran el financiamiento necesario. Efectivamente, a las once de la mañana del día nueve de junio de 1968, la Asamblea General Extraordinaria, debidamente convocada, aprobó los nuevos Estatutos, los que creo todavía están vigentes.



El art. 61 de los Estatutos viejos decía que "El Club de la ciudad tendrá como insignia para las Fiestas Oficiales, una bandera blanca con el escudo de Masaya en el centro". Este artículo pasó a ocupar la posición del art. 69 en los nuevos Estatutos, que a la letra dice lo mismo que decía el anterior: "El Club de la ciudad tendrá como insignia para las Fiestas Oficiales, una bandera blanca con el escudo de Masaya en el centro."

Contraté a Olguita Castillo para que bordara la bandera del Club, pero por ninguna parte encontré el escudo de Masaya para usarlo de modelo. Pregunté a la Alcaldía de entonces, al doctor Peña-Hernández, al doctor Chon Serrano, al doctor Andrés Vega Bolaños y a muchos otros más, pero solamente el doctor Mariano Vega Bolaños me supo dar razón del tan buscado escudo de Masaya. Él me dijo que tenía un escrito del doctor Jorge de Ypsilanti de Moldavia, residente en Guatemala, quien decía ser un experto en heráldica. Por sus faltas de sintaxis y por lo malo de la máquina de escribir que usó, temí que quizás se trataba de un charlatán. Sin embargo, asumí que su descripción del escudo de Masaya estaba correcta, o al menos así nos convino creer.

El doctor Mariano Vega Bolaños me obsequió fotocopia del escrito de Ypsilanti, el que aún conservo en mis archivos, y contraté al doctor Pérez Valdivia, experto en heráldica, para que lo dibujara. Hizo un dibujo precioso que lo reproduce en mi empresa Impresora Serigráfica, S.A.

Naturalmente, ese escudo puesto en el centro de una bandera blanca, no representa en absoluto el emblema del Club Social de Masaya, tal como pretende el art. 69 de sus Estatutos, sino que representa simplemente el escudo de Masaya. Imprimí varios cientos de ese escudo con el nombre: **ESCUDO DE MASAYA** y los obsequié a clientes y amigos de **SAIMSA**, en ocasión de Navidad de 1968.

Para que ese escudo representara el emblema del Club Social de Masaya, busqué la asistencia de mi amigo, el artista y arquitecto Julio Villa Argüello, quien le dibujó una cinta celeste en la parte inferior del escudo de Masaya, con una leyenda en negro que dice: **CLUB SOCIAL DE MASAYA – 1875**. También imprimí en mi Impresora Serigráfica, S.A., varios cientos de este modelo del Escudo del Club Social de Masaya, en pergamino, para que sirviera para emitir los certificados de las acciones a los accionistas del Club, como en efecto así se hizo.

Para resumir:

- Una bandera blanca con el escudo de Masaya en el centro, representa el escudo de Masaya, dado por Fernando VII a la ciudad de Masaya, según lo certifica Ypsilanti de Moldavia. Este escudo puede ser usado con legitimidad por la ciudad de Masaya.
- Una bandera blanca con el escudo de Masaya que contenga en la parte inferior la cinta celeste con la leyenda "**CLUB SOCIAL DE MASAYA – 1875**", representa la insignia del Club Social de Masaya, tal como la diseñó el arquitecto Julio Villa Argüello, para corregir el error contenido en el art. 69 de los Estatutos del Club.

A continuación le transcribo el escrito del doctor Jorge de Ypsilanti de Moldavia. Para hacer esta transcripción, me he tomado la libertad de mejorar su redacción original, sin variar el contenido:

"ESCUDO DE ARMAS DE LA MUY NOBLE Y LEAL VILLA DE SAN FERNANDO DE MASAYA"

"Escudo acuartelado. En el primero y cuarto cuartel, y en campos de gules, un castillo de oro; en segundo y tercero, en campo de plata, un león rapante de gules; bordura de azur, con la leyenda de oro que le fue dada en 1815: **A LA MUY NOBLE Y LEAL VILLA DE SAN FERNANDO DE MASAYA**. El escudo está sostenido por dos leones de gules en actitud rapante con los últimos extremos inferiores sosteniendo una cinta de plata en la que se lee, en letras de gules: **VIVA EL CORAZÓN DE MARÍA**. Los leones están encadenados con cadenas de sable, y están empotrados en los extremos del escudo, que está entre dos laureles de sinople; y encima de él, la corona real de Castilla. El escudo indica la fidelidad y la nobleza de los masayas en permanecer fieles a la Corona y a la Iglesia, su valor indómito, la gloria, el honor y la sangre vertida, su fe religiosa y devoción a la Virgen María".

(f) Jorge de Ypsilanti de Moldavia

IV

Masaya elevada a ciudad



DECRETO



El Director del Estado de Nicaragua a sus habitantes,

Por cuanto la Asamblea Legislativa ha decretado lo siguiente, el Senado y Cámara de Representantes del Estado de Nicaragua, constituidos en Asamblea,

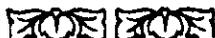
DECRETAN :

Se concede el título de ciudad a las Villas de Santa Ana de Chinandega i San Fernando de Masaya: i el de Villa al pueblo del Viejo.

Sala de la Cámara de representantes.—Chinandega, Agosto 21 de 1839.—Miguel R. Morales. R. P.—Pedro E. Alemán. R. S.—Pánfilo Lacayo. R. S.—Al Poder Ejecutivo. Sala de la Cámara del Senado.—Chinandega, Agosto 24 da 1839.—Patriciu Rivas. S. P.—Fruto Chamorro. S. S.—Pedro Aguirre. S. S.—León, Setiembre 2 de 1839.—Joaquin de Cosío.—Al Secretario del Despacho general».

«En este día que contamos veinte y nueve de Sbre. de ochocientos treinta y nueve; se publicó la ley en que se concede a esta Villa el timbre de ciudad.—Vijil».

Según Nota que está al frente del folio 199 del Libro en que se asentaron las defunciones de los años de 1839 a 1844.



DECRETO DE 2 DE SEPTIEMBRE DE 1839, DANDO EL TÍTULO DE CIUDAD DE MASAYA

Decreto de 2 de setiembre de 1839, dando el título de ciudad de Chinandega i Masaya i el de villa al Viejo.

El Director del Estado de Nicaragua a sus habitantes.

Por cuanto la Asamblea legislativa ha decretado lo siguiente.

El Senado i Cámara de Representantes del Estado de Nicaragua, constituidos en Asamblea,

Decretan:

Se concede el título de ciudad a las villas de Santa Ana de Chinandega, i San Fernando de Masaya; i el de villa al pueblo del Viejo.

Sala de la Cámara de Representantes. Chinandega, agosto 21 de 1839. –Miguel R. Morales, R.P. Pedro E. Alemán, R.S. Pánfilo Lacayo, R.S. –Al Poder Ejecutivo. –Sala de la Cámara del Senado. –Chinandega, agosto 24 de 1839. –Patricio Rivas, S.P. Fruto Chamorro, S.S. Pedro Aguirre, S.S. –Por tanto: ejecútese. –León, setiembre 2 de 1839. –Joaquín de Cosío. –Al secretario del despacho jeneral.

DE PASO POR MASAYA 1850

Por Jorge Efraín Squier

Viniendo de Granada se entra en Masaya por una calle larga y ancha, con árboles frutales por ambos lados, bajo los que se alinean los ranchos de paja de sus moradores. Esperamos a que llegara la retaguardia de nuestra escolta y luego —en columna cerrada— picamos espuelas pasando a trote largo por las calles de la población. A medida que avanzábamos las casas se hacían más numerosas, y de vez en cuando, de entre las más frágiles estructuras que he descrito antes, se levantaba una de adobes y entejada. Tras casi media milla de camino quebramos súbitamente a la derecha, y después de pasar varias manzanas de casas y calles muy similares a las de Granada, y dejar atrás uno o dos conventos abandonados, desembocamos en la Plaza Mayor. En el centro de ésta está la parroquia, que es un corpulento edificio rectangular, de muy hermosa fachada y torre, y bastante más grande que cualquiera de las iglesias de Granada. En los costados de la plaza veíanse varias hileras de buenas tiendas de comercio, con puertas y persianas recubiertas de hojalata, pues en Masaya, más que en ninguna otra ciudad de Nicaragua, se vende mayor cantidad de mercancías importadas. Tiénese a sus habitantes por los más industriosos del país, y en toda Centroamérica se habla elogiosamente de la cantidad y variedad de artículos que elaboran. Allí, además de las grandes cantidades de jaleas y otras golosinas que en el pasado se exportaban al Perú y a otros países de la América del Sur, se manufacturan cordelería, hamacas, sillas de montar, géneros de algodón, petates, sombreros, zapatos, y, en suma, todos aquellos artículos de uso corriente en el país. Pero las tiendas, a causa de los disturbios de entonces, estaban cerradas, y la plaza hallábase casi completamente desierta. Cerca de la pared trasera de la parroquia vimos un taburete; era el banquillo fatal en el que, pocos días antes, había sido fusilado, después de juzgado y sentenciado en consejo de guerra, uno de los cabecillas facciosos de la ciudad. Cerca de allí advertíase la tierra removida, señal del lugar en que sepultaron el cadáver del ajusticiado. Fue juzgado a la una, sentenciado a las dos, fusilado a las tres, y sepultado a las cuatro. Se le despachó de prisa, por cierto; pero así es el proceso sumario de la ley marcial en Nicaragua, cuando —como en ese caso— el delito del criminal no admite dudas ni paliativos.

Algunos de los nuestros que presenciaron la ejecución manifestaron que el acto fue muy impresionante. La orden se ejecutó ante todo el ejército, del que se tomó a un pelotón para el efecto. Primero llevaron al prisionero a la iglesia, donde se confesó y recibió los Santos Óleos. Dos sacerdotes le condujeron al banquillo, le pusieron el crucifijo en las manos y elevaron al cielo una plegaria por su alma. De los fusiles que distribuyeron entre soldados encargados de la ejecución sólo la mitad tenían balas. Hicieron la descarga a diez pasos de distancia. El hombre cayó muerto. Juzgóse necesario sentar ese precedente, y lo fue sin duda en tal caso.

Debe, no obstante, hacerse observar que ningún otro funcionario tiene tan alta reputación de humanitario como el General José Trinidad Muñoz, quien nunca ha manchado su nombre con el estigma de esas carnicerías e imperdonables crueldades que han sido la regla, más que la excepción, en las guerras intestinas de la América española.

Llegamos a la posada de una señora que nos dijo estar encantada de que "su pobre casa" se viese honrada por los "hijos de Washington". A los pocos minutos comenzaron a llegar varios alcaldes de la ciudad, jadeantes y acongojados porque no se les había informado con tiempo de la proximidad de nuestra llegada. Propusieron, aun cuando reconocían que era un poco tarde ya, echar a vuelo todas las campanas, y nos suplicaron que nos quedásemos en la ciudad por el resto del día a fin de poder agasajarnos dignamente. Nos excusamos diciendo que íbamos de prisa, pero les prometimos regresar pronto; y escapamos, evitando así el ser glorificados en Masaya.

Nos habíamos propuesto permanecer allí varias horas y conocer la interesante laguna de la que se abastece de agua la ciudad, pero el atraso de la mañana en Granada nos obligó a acortar nuestra estadía para poder llegar esa misma noche a Managua, doce leguas adelante. Así que sólo permitimos un ligero descanso a nuestras bestias, montamos de nuevo y reemprendimos el viaje. Caminamos unas dos millas flojas desde la plaza hasta las afueras de la ciudad; ésta tiene unos quince o diez y ocho mil habitantes sobre una superficie de más de una legua cuadrada. Se sale de Masaya por una amplia y hermosa avenida bordeada de campos boscosos, mucho mejores, en este aspecto, que los que circundan Granada. Las avenidas conducen al pueblo de Nindirí, y las gentes de a pie y de a caballo que trajinan por ella le dan animación mayor que la observada por nosotros hasta entonces en las de Masaya y Nindirí el camino pasa sobre una loma que es como burbuja de formación volcánica cuya comba tiene la línea perfecta de un arco iris. Aun cuando sería fácil pasar en torno a ella, nadie lo hace debido quizá a que desde antes de la Conquista ya los indios pasaban por allí, y así continúan usando ahora ese mismo camino, sin saber por qué. Sin embargo, se ha hecho más fácil su paso gracias a una profunda hondonada o al desgaste de la suave roca arenosa que se hunde ya unos cuarenta o cincuenta pies, muy parecida a los cortes hechos en nuestras líneas férreas. A un lado, en un pequeño nicho, vi una cruccita festoneada de flores ya mustias. Pasando este desfiladero, el camino vuelve a ser ancho y parejo, y sobre su camada cascajosa proseguimos rápidamente hasta llegar a Nindirí.

APÓSTROFE A NINDIRÍ

¡Nindirí...! ¡Cómo describe, lindo Nindirí, anidado bajo la fragante techumbre del eterno verdor de árboles tropicales que entrelazan su ramaje sobre tus pulidas alamedas para tejer cúpulas verdes sobre las sencillas viviendas de tus pacíficos moradores! ¡Tu nombre musical que te dieran tanto tiempo ha, quizá cuando Roma era aún joven, no ha perdido nada de su melodía: NINDI, agua, DIRIA, montaña, nos dice todavía en una lengua arcaica y casi olvidada ya, que dormirías ahora, como antaño, entre el agua y la montaña...! De entre todos los encantadores paisajes de serena belleza en que el ojo del viajero se ha extasiado, o que la fantasía ha pintado con su lápiz irisado, ninguno puede igualarse a ti, lindísimo Nindirí, escogido por las hadas de las montañas y las ninfas de los bosques y las sílfides de los lagos y las náyades de las fuentes. ¡Nindirí!

Este pueblecito indígena sobrepasa en mucho —en cuanto a belleza pintoresca— a todo cuanto hemos visto hasta ahora. Naranjos, chagüites, marañones, jocotes, nísperos, mameyes y altos cocoteros, lucen entre el follaje los tonos ocre y dorados de sus frutos, y los jícaros tienden sus ramas cundidas de globos esmeralda que emparan las chozas de sus sencillos y laboriosos moradores. Las indias, sentadas bajo



los árboles de los patios, desnudas hasta la cintura, hilan sus niveos copos de algodón o sus moños de cabuya mientras sus desnudos y bulliciosos chiquillos retozan dando tumbos en el limpio suelo apisonado, donde trémulas y variantes filigranas de sol bailotean al mecer la brisa, con sus dedos invisibles, las ramas de los árboles. ¡Sosegado y primitivo Nindirí, sede de legendarios caciques y de barbáricas cortes! Sosegado aún hoy día en medio del estrépito de la ciudades y del atropellamiento y de la lucha de millares de seres humanos; primitivo entre la codicia usurpadora y la insistente penuria, entre la redonda hipocresía y los rudos modales, en esta época en que la virtud es tímida y el vicio es procaz, y en que el agua y el fuego y hasta los mismos rayos del sol son esclavos de la voluntad del hombre. ¡Vuela hacia ti mi recuerdo como hacia una dulce noctívaga ensoñación ¡oh Nindirí!, Arcadia de ensueño, pueblecito hijo de la fantasía, pueblecito casi irreal...!

SIESTA Y REFRIGERIO

Cruzamos calles sombreadas y cercadas de piñuelas hasta desembocar en una espaciosa plaza, en cuyo centro se levanta una iglesia de exquisito arcaísmo. A su sombra unas vacas de lucio pelaje rumiaban cogitativamente; a duras penas abrieron sus ojos mansos para vernos pasar. Bajo los frondosos árboles de un costado de la plaza divisamos nuestras carretas y los mozos que disfrutaban de su siesta inmemorial. Tenían colocados los chuzos en pabellón y los caballos apersogados a las carretas; formaban un folklórico grupo al que daban realce las figuras de los lanceros, recostados en posiciones tales que eran, a cual más, la más genuina imagen del reposo. No tardamos en juntarnos a ellos. El oficial que los mandaba, anticipándose a nuestra llegada, tenía listas dos o tres porongas de "algo fresco"; era una rica mixtura de agua de coco con jugo de marañón, deliciosa y refrescante, a la que rendimos pleitesía

en dilatadas ingurgitaciones, sin olvidarnos de dar las “mil gracias” y los correspondientes “medios” a una indita de reír cascabelero que en blanquísimos huacales diera de beber a los sedientos forasteros.

LA “PIEDRA QUEMADA”

Quedaba ya atrás la única parte del camino en que se suponía merodeaban salteadores, y aunque el jefe de la escolta insistía en seguir con las carretas, no creí fuese ello necesario y decidimos que se volviese. En seguida montamos de nuevo, y lo último que vimos de ese nuestro amigo militar fueron las relucientes lanzas de sus hombres con sus flamantes grímpolas rojas, a galope tendido por las calles de Nindirí.

Salimos del pueblo para entrar en la selva y comenzar a ascender por una de las laderas o estribaciones del volcán Masaya. Brechas oportunas abiertas entre el follaje nos permitían entrever la laguna, la llanura y la montaña, todas más grandes y más bellas aún que las contempladas esa misma mañana desde aquella loma del camino a Masaya. Cruza el camino sobre un viejísimo campo de lava y piedra pómez suelta, entapizado ya por suelo fértil y pomposa selva. Pero una legua más adelante llegamos a lo que llaman “malpais”. Es esto un enfurruñado piélagó de lava negra vomitada por el Masaya en su última erupción sobre una superficie de quince o veinte millas, en derechura a la laguna. Atravesamos el piélagó por un camino que corre sobre la cima de un camellón que cruza transversalmente la corriente de lava por su parte angosta, pero la lava se explaya bastante lejos por ambos lados del camellón. Parece este páramo una vasta sabana de hierro colado, recién enfriado, negro y proscrito. A trechos se encabrita en masas encrespadas; en partes es algo así como montones de hojaldres o de hojuelas. Un borrascoso mar de tinta petrificado de pronto —si es que la imaginación del lector puede figurárselo así— es el mejor símil que se me ocurre en este instante. Aquí y allá grandes y ásperas masas de cincuenta y cien pies cuadrados quedaron volcados de revés por las marejadas lávicas que durante la erupción recudieron por debajo; ahora muestran en su superficie largos fruncidos, como la rizada corteza del arce o de la encina. Bajé del caballo y anduve sobre los crujientes fragmentos, pero no pude ir muy lejos: las puntas y las aristas afiladas como cuchillos me destrozaban los zapatos. En cierto lugar noté que las corrientes de lava semifría se enroscaron, capa sobre capa, a un enorme árbol del que después, al quemarse y desintegrarse, quedó un molde perfecto de su tronco y ramas principales, y en forma tan exacta que aún puede distinguirse la rugosidad de su corteza. Pero lo que más me sorprendió fue el caso de que la corriente de lava hubiese rebasado el angosto camellón sobre el cual me encontraba, y que entre mí y el volcán de donde fluyera la materia existiera una depresión. Es evidente que la sentencia popular y axioma de que el líquido se resiste a subir por las cuestas, no siempre se aplica a la lava. La explicación del fenómeno pueda encontrarse tal vez en el hecho de que al enfriarse la superficie de la lava ésta se deshace en fragmentos, formándose así muros de contención a ambos lados, por entre los cuales sigue fluyendo la corriente hasta elevarse muy alto, y que al acrecentarse la presión vertical rompe la barrera, esparciéndose lateralmente. O bien que estando el valle intermedio llenándose de materia derretida con tal rapidez que no le permitía encontrar inmediatamente su nivel, es fácil suponer que rebasara el camellón, y que, al fin, dejando de fluir, la materia acumulada en el valle se desbordase por ambos lados para detenerse después en la forma en que ahora está.

Entre el volcán y yo no había un solo árbol, tan sólo el vasto, negro y áspero páramo de lava. Podría, por tanto, ver claramente el volcán y distinguir el borde desigual de su antiguo cráter principal. Este último vómito de lava, sin embargo, no parece haber salido de esa boca, sino de un punto más bajo de la falda. Tiene esa parte una apariencia rojiza y escoriácea, y su cráter, uno de cuyos lados desportilló la erupción,

es relativamente pequeño. Por cierto que en determinados puntos puédense ver otros orificios, respiraderos de pasadas erupciones. Es patente que en edades pretéritas esos infiernillos apagados ahora trepidaron en paroxismos eruptivos.

Los cronistas de la Conquista tuvieron mucho que decir de este volcán, al que llamaron "El infierno de Masaya". Su última erupción, la que formó el páramo de lava que acabo de describir, ocurrió en 1670. No se conoce hasta hoy ningún relato detallado del suceso, aunque debe suponerse fuera anotado por uno de los tantos clérigos del país cuyas crónicas existen en los archivos que la Iglesia Católica Romana tiene en España y en Italia.

Desde esa última convulsión, el volcán yace apagado. En 1840 estuvo a verlo Mr. John L. Stephens, quien no le encontró ningún indicio de actividad. Mas no debemos olvidar que en la época del Descubrimiento se le consideraba una de las más grandes maravillas del Nuevo Mundo.

A las once, cuando salimos de Managua para Masaya, se cerró un poco el cielo pero no llegó a llover; hicimos a paso rápido las treinta y seis millas que faltaban. Nos detuvimos otra vez un rato en el "malpais" del volcán para mirar ese páramo ancho y desolado, doblemente negro y desolado bajo el cielo encapotado. Y de nuevo nos demoramos en las calladas calles del lindo y arbolado Nindirí, nacido del lago y la montaña, y a las cuatro de la tarde entramos en los arrabales de Masaya.

Llevaba yo una carta para un caballero cuyo nombre, por razones que expondré más adelante, quedará en el anonimato, y por cuya residencia pregunté. Para llegar a su casa cruzamos la plaza; tenía entonces un aspecto completamente diferente al del otro día. Las tiendas estaban abiertas y lucían un despliegue de géneros abigarrados. Grupos de mozos con mulas cargados se apiñaban por doquier, y mujeres con canastas de golosinas pasaban entre ellos caminando con aire de granaderos. De la parroquia salía en ese momento una pequeña procesión guiada por un muchacho que tocaba una campanilla, al que seguían unos músicos y un sacerdote con el Viático para un moribundo. El barrullo de las voces se apagó un instante. Todo el mundo se quitó el sombrero y todos también se arrodillaron al paso de la comitiva portadora del consuelo y el perdón para el que estaba ya "in extremis"; un momento después el afanoso trajín resurgía en la plaza como si nada hubiese ocurrido.

La casa a donde íbamos recomendados era muy buena e inmediatamente entramos en el patio. Sentada en el corredor hallábase una señora blanca y gorda y no sin ciertos rasgos de belleza. Nos invitó a desmontar, lo que hicimos en seguida, y le entregué la carta de presentación. Miró el nombre del sobre y dijo que era para su marido, quien se encontraba ausente; agregó que se la daría a su regreso. Le pedí que la leyera, pero ¡qué mujer tan singular! Afirmó que no acostumbraba leer la correspondencia de su esposo. Sin embargo, demostró tener alguna de las cualidades de su sexo al guardarse la carta en el buche. Quizá tuviera el don, como ciertas damas de mi país, de averiguar el contenido mediante un procedimiento mágico de absorción magnética. Nada agradable era sentarse a esperar en el corredor; no habíamos llegado en son de visita, sino a pasar allí la noche y todo el día siguiente, así que después de esperar en balde un rato a que se nos ofreciera alojamiento, ordené a Ben desensillar las bestias y poner el equipaje en el corredor. La señora pareció extrañarse un poco pero no dijo nada. Aquello se hacía ya embarazoso, por lo que sugerí a M. ir a echar un vistazo a la laguna mientras llegaba nuestro esperado anfitrión.

El primer hombre que encontramos en la calle resultó ser uno de aquellos alcaldes que tan solícitamente quisieron echar a vuelos las campanas cuando seis meses atrás pasamos por allí. Se nos ofreció en el acto a acompañarnos a ver la laguna marchando a la cabeza con talante de pomposa autoridad golpeando el suelo a cada paso con su bastón de puño de oro como si estuviese en un palacio real, y con un énfasis tal que infundía terror a los muchachos de una cuadra a la redonda. De vez en cuando paraba a enseñarnos o a explicarnos algo de interés. Esa casa —nos dijo, por ejemplo— cuyas puertas y ventanas veíanse acribilladas a tiros, fue el cuartel general de los facciosos durante los últimos disturbios. El prefecto de la ciudad, al enterarse de que allí era el punto de reunión de aquellos, sigilosamente la rodeó con sus soldados, y los conspiradores sólo se dieron cuenta del peligro cuando una descarga de cien tiros bañó las puertas y ventanas de su escondrijo; siguió a ello una carga a la bayoneta, método que me parece de eficacia decisiva en cualquier país. La otra casa, aquella que está ahora en ruinas y cubierta toda de hiedra, fue de un hombre que asesinó a un sacerdote; el obispo maldijo el lugar y lo cercaron con una palizada para que ni los puercos vagabundos violaron la prohibición de pisar ese maldito suelo. ¡Ah!, esos radiantes gajos como entorchados de oro, agregó, son el corozo de la palma de coyol, y esos enormes cascarones ahuecados y casi tan grandes como una canoa, esos, dijo, son las vainas dentro de las cuales maduró la flor hasta reventar. Y así continuó nuestra cicerone llevándose a lo largo de una ancha avenida atestada de aguadoras que bajaban y subían de la laguna. Advertí que no llevaban sus tinajas coloradas en la cabeza sino dentro de una red sobre la espalda, la que con una banda ancha y a colores ceñían alrededor de la frente subiéndola a la laguna jadeantes y empapadas en sudor.

A tres cuartos de milla de la plaza llegamos al borde de una inmensa y profunda hondonada en cuyo fondo está la laguna. Está, al igual que la de Apoyo, cerca de Granada, y de la cual ya hablé, yace al pie de unos despeñaderos perpendiculares que dejan de serlo por el del volcán, al otro lado de la laguna frente a la ciudad, que fue por donde bajó la lava formando una ladera levemente inclinada pero tan erizada de filos lávicos que no se puede andar por ella. La primera etapa de la bajada se hace por un ancho tramo de escalones tajados en la roca y que termina en un punto como cercado por una especie de barandilla, o parapeto, de roca también. Por allí me asomé y vi un escarpado precipicio que me hizo retroceder preso de vértigo. Hay allí mismo una cruccita firmemente clavada en la roca. El camino tuerce luego a la derecha y sigue las tortuosidades del declive, cortado en parte en el farallón, y también construido con mampostería, y más allá añanzado en armazones de madera amarradas a los árboles, de gigantesco tamaño muchos de ellos, cubiertos de bejucos y con sus retorcidas raíces hundidas en los intersticios de las rocas. Éstas aparecen quemadas y de superficie vitrificada en rojinegro, semejante al más duro esmalte. De no ser por el verdor que oculta la pavorosa escarpadura y su desmesurada altura, la bajada cortaría el resuello a personas de cabeza blandengue y vacilantes nervios, cuya confianza no fortalecerían las cruces que, clavadas en las piedras o sujetas a los árboles, recuerdan lugares de catástrofes fatales. Nuestro guía nos aconsejó quitarnos las botas para bajar, y las mujeres que venían subiéndolo trabajosamente, agarrándose a bejucos y raíces, me decían echando los bofes: "¡Quítese las botas!". Pero nosotros, acostumbrados a las botas más que ellas, seguíamos bajando, no sin ser para ellas seguramente tipos temerarios. Y así seguimos bajando, bajando y bajando, mirando de vez en cuando la laguna, al parecer ahí no más, pero tan lejana como cuando comenzamos a bajar; y pasaron quince o veinte minutos antes de poder llegar al plan. Allí, entre recovecos de las rocas derrumbadas y deyecciones volcánicas, las aguadoras llenaban sus cántaros y porongas. Muchas se bañaban en la orilla y llevaban sus tinajas a llenarlas varias yardas adentro. Nuestra presencia no pareció turbarlas del todo, así pues nos sentamos en las peñas a conversar con las náyades morenas. A una le pregunté si la laguna

era honda. "Es insonable", me dijo; y tomando una piedra grande en cada mano, volvió a meterse unas diez yardas adentro para zambullirse del todo. Tardó tanto que comencé a temer le hubiese ocurrido una desgracia en esas inexploradas profundidades, pero de pronto salió a flote casi en el mismo lugar en donde había desaparecido. Volviéndose a mí dijo en hipíos entrecortados: "¿Ya ve?"

El agua es tibia, pero límpida, y diz que pura. Al refrescarla se vuelve dulce y agradable. No deja de sorprender esto si consideramos que la laguna es claramente de origen volcánico, sin desagüe conocido y que se encuentra junto al volcán de su mismo nombre. Las más de estas lagunas están impregnadas de sustancias salinas.

A mi regreso a la posada encontré al Comisionado y el desayuno esperándome. Nos pusieron la mesa en el corredor, y en los intervalos de su ejercicio manducatorio don Felipe me externó la opinión que tenía de nuestro anfitrión, opinión que coincidía exactamente con la mía. Me entregó, en la forma más confidencial, una carta rogándome enviarla a León, pues en ella denunciaba el desconsiderado trato a que habíamos sido sometidos. Más tarde supe que la tal carta trataba de ciertos manipuleos políticos de baja estofa. Al montar en su caballo me susurró al oído, con aires de un hombre que quería vindicar la reputación nacional, que él había pagado nuestra cuenta. No pude hacer otra cosa que darle las gracias y desearle un buen viaje. La próxima vez que le vi, tres o cuatro meses más tarde, iba entre un pelotón de soldados que le llevaba por las calles de León; era entonces un proscrito acusado de traición. Hasta el momento de la partida del Comisionado yo estaba en la duda de si era un huésped que debía pagar o no, por lo que me había visto obligado a tolerar ciertas cosillas que no eran de mi completo agrado. Ahora ya me sentía pues autorizado a dar órdenes imperativas, aunque no necesarias, para reponer el tiempo perdido y sacarle el jugo al dinero. Ben se contagió y, en vez de ocuparse personalmente de nuestras bestias, se dio a la doble tarea de ordenar a los criados que hiciesen el trabajo manual y someterlos al más copioso chaparrón de fuertes epítetos, y aun hasta de recordarles su ancestro materno.

A las ocho de la mañana llegaron los indios por quienes había mandado, y se agruparon en cuclillas en el corredor. Entre ellos hallábase una mujer, un minúsculo y macilento ser humano, con sólo un trapo alrededor de la cintura, que parecía saber más que los otros, y lo demostraba respondiendo, con la prontitud de una avispada colegiala, a todas mis preguntas. Esto molestaba de tal manera a su marido, no contento con ofenderla llamándola entremetida y otras cosas, la habría apaleado allí si nuestra presencia no lo hubiera contenido. "¡Ay, señor", se lamentaba el indio, "si así ha sido esta mujer toda su vida! ¡Dios me ampare y me favorezca!", y luego se santiguaba entornando los ojos al cielo. Con gran dificultad formé mi vocabulario y despaché a mis broncíneos visitantes dando uno o dos reales más a la mujercita que muy agradecida se me ofreció ir a verme hasta León, por si yo quería más información.

Sabía ya de una cañada no lejos de Masaya en la que había "piedras labradas", y a donde se ofreció llevarme el guía la noche anterior. Caminamos bajo la misma avenida de la laguna, pero antes de llegar al borde torcimos a la izquierda, y atravesando lozanos plantíos de yuca y de tabaco –siempre bordeando el farallón– llegamos por fin al bajo donde estaba la maravilla hidráulica de Masaya: "La Máquina". Es éste un sencillísimo y tosco aparato para hacer subir el agua de la laguna. Los barriles se meten en sacos amarrados al extremo de un larguísimo mecate, enlazado allá abajo a una polea, y arriba a una rueda de tambor que un caballo hace girar. El farallón es allí más bajo que en cualquier otro punto, y está cortado a pico en algo así como la mitad de su altura. Las moles de piedra y la tierra despeñadas desde arriba por las lluvias forman abajo un plano inclinado hasta donde unos hombres llevan en hombros los

barriles. El propietario de La Máquina, que se enorgullece enormemente de su empresa, me dijo que el aparato sube los barriles con la misma rapidez con que ocho hombres activos podrían bajarlos hasta la laguna. El agua la vacían arriba en una gran canoa hecha de un solo tronco de árbol, y allí llevan a abreviar los animales a tanto por semana. La empresa estaba, me dijo el dueño, en su etapa experimental, ya que no podía garantizar su éxito debido a la oposición de las aguadoras que la consideraban una flagrante violación de sus privilegios inmemoriales. Terminó preguntándome si en "El Norte" teníamos maquinarias similares, y le vi hincharse de orgullo cuando le aseguré que allá, en todo el país, no había nada de tal envergadura.

La Máquina está en la boca de la cañada a donde íbamos. Entramos en ésta caminando por su angosto cauce que emparedan barrancos rocosos y arriba cierran las ramas de árboles frondosos por un trecho de un cuarto de milla. Aquí, a la izquierda, la superficie de un paredón de roca se ve relativamente lisa y literalmente cubierta de petroglifos calados rudamente en bajo relieve. Unas pocas figuras están todavía enteras, pero las más hállanse ya tan borradas que no se las puede distinguir fácilmente. Muchas de las que están más abajo yacen entre escombros y tierra arrastrados por las lluvias; y hay algunas esculpidas tan alto que no se puede saber qué cosa son. Cubren unos cien metros del paredón y son en su mayoría rudimentarias representaciones de hombres y animales, con ciertas figuras ornamentales y hasta tal vez caprichosas, cuyo significado se desconoce. Las figuras 1 y 2 de las rocas esculpidas (petroglifos o litogramas) de Masaya son los caracteres más importantes de la primera sección que vimos, y las figuras 3 y 4 pertenecen a la segunda. Sobre la última parece que quisieron delinear el sol en dos lugares, y quizá también dejar constancia de algún acontecimiento, pues de suponerse que las rayitas verticales de la sección superior de la figura 3 sean números. La figura principal de la derecha de esta sección parece haber querido representar un escudo, arcos, lanzas o flechas, y el "xiuatlatli", o sea el artefacto con que los aborígenes arrojaban sus lanzas, el mismo que aparece frecuentemente y en forma similar en las pinturas mexicanas. No cabe duda que la figura principal de la sección inferior es un mono. Por lo que hace a las demás, el lector queda en libertad de hacer sus propias conjeturas. En todo el continente americano, desde las costas de Nueva Inglaterra a la Patagonia, se encuentran rocas talladas de carácter similar. En su mayor parte, si no en su totalidad, son obra de tribus salvajes y parecen por lo general destinadas a conmemorar acontecimientos de señalada importancia. Son, sin embargo, demasiado elementales para concederles gran valor arqueológico; y carecen de mucho interés, como no sea para ilustrar los primeros pasos de un sistema de representación pictórico encaminado a perfeccionarse para llegar a ser un sistema alfabético pasando por el intermedio de los jeroglíficos.

Cabe suponer que esta cañada fuera antiguamente lugar sagrado; hipótesis que tiene cierta base en el hecho de estar ese lugar casi completamente cerrado a los rayos del sol que sólo alumbra cuando por momentos los dedos del viento entreabren el ramaje que lo enclaustra como templo. A la derecha de la figura 4 puede verse un tramo de escalera toscamente tajado en la roca, señalado con la letra "a". Los escalones llevan a una especie de terraza o poyo, de unos tres pasos de ancho desde donde el paredón rocoso continúa elevándose perpendicularmente hasta la altura de más de cien pies. En la terraza, y justamente sobre la figura que representa un mono, está lo que llaman El Baño. Trátase de una excavación rectangular hecha en la roca, de casi ocho pies de largo, cuatro de ancho y diez y ocho pulgadas de profundidad, de paredes interiores finamente alisadas que como biseladas, se agotan hacia el fondo. Una estría de más o menos pulgada y media de calado, con salida al borde del paredón y labrada completamente en contorno de la pila, tenía tal vez por objeto evitar que el agua cayera dentro. El nombre dado a esta excavación no arroja ninguna luz cerca de su finalidad verdadera, ya que como baño sería absolutamente inadecuada, aun cuando hubiese cerca un estanque, que no lo hay. Parece que su ori-

gen tiene sólo una explicación, con visos de verosimilitud, y es que tuvo, en alguna forma, relación con las supersticiones de los aborígenes, y de orden religioso desde luego.

Hacia la izquierda, y un poco arriba de la figura que supongo representa al sol, hay un hoyo o nicho pentagonal (c) que penetra en la roca. Mide unas dieciséis o dieciocho pulgadas de diámetro; su profundidad se desconoce. Yo introduje una vara de más de veinte pies de largo; sus lados son perfectamente parejos. Nuestro guía me enseñó otro nicho, a cierta distancia del primero y en otro lugar de la cañada. Éste tiene sólo cinco o seis pulgadas de diámetro y está a tan gran altura que no pude sondearlo. La roca es de basalto o traquita, y muy dura. No sé de otros nichos que se encuentren en esa clase de rocas; pero me atrevo a suponer que éstos son naturales. Nuestro guía insistió en que son artificiales, y dijo que los indios afirman, por tradición, que llevan a cámaras subterráneas. No puedo describirles mejor que diciendo semejan matrices o moldes de los que se hubieran extraído enormes cristales de roca.

Además de las figuras reproducidas en las láminas, hay muchas otras repetidas y aisladas en diversas partes de los paredones. Dijonos también el guía que en otros lugares de la laguna encuéntrase más rocas con figuras esculpidas y pintadas, pero no pudimos ver más que las descritas. Cerca de un pueblo llamado Santa Catarina, se me informó hay una enorme roca cubierta de figuras pintadas en rojo, como las de Nejapa, que representan a hombres y mujeres bailando al son de los instrumentos musicales. Desgraciadamente no pude hacer el viaje allá para comprobar lo dicho con el hecho, pero tuve mis sospechas de que fuera una exageración. El hombre de La Máquina me dijo también algo acerca de lo que él llamaba "vasija de piedra", asegurando que se encontraban al pie de los farallones de la laguna, a una legua de donde nos hallábamos. Al pedirle más detalles saqué en claro que se trataba de excavaciones en forma de ollas hechas en las rocas derrumbadas al pie de la laguna. Agregó que actualmente las utilizaban en la curtiduría de cueros, y que quizá sirvieran para lo mismo desde antaño.

Era tarde ya cuando regresamos a Masaya, pero como la luna estaba en su primer creciente, resolví seguir esa noche hasta Granada.

(Traducción de *Luciano Cuadra Vega*)

GARIBALDI EN MASAYA

Por Jorge Eduardo Arellano

El prócer italiano Giuseppe Garibaldi, forjador de la unidad de su patria en el siglo XIX, llegó a Masaya en 1851 y estuvo aquí unos pocos días en dos ocasiones: en la ida y al regreso de su viaje desde Granada hasta San Miguel, El Salvador. Sin embargo, fue en Masaya donde desarrolló una gran actividad: más que en cualquier otra de las ciudades de Nicaragua.

Según la tradición, Garibaldi en Masaya reparó una casa que se estaba cayendo, enseñó a los indios de Monimbó la industrialización de la cabuya, y, a su amigo Leónidas Abaunza, la elaboración de jáquimas. Esto lo ha recogido el historiador granadino, José Ramírez Morales. Pero el doctor Mariano Vega Bolaños es más explícito cuando afirma que Abaunza era zapatero y se llamaba Justo. “Se refiere —agrega— que cultivó amistad con Garibaldi, quien le enseñó a fabricar riendas y cabezadas de cuero, primorosamente tejidas, lo que dio lugar a una nueva industria. También se dice (entre los indios de Monimbó, aclaramos) que introdujo algunas modificaciones en la industria de canastas y sombreros de palma, y enseñó la fabricación de petates”. (Carta a Teodoro Picado).

Ello debió suceder a partir del 13 de junio de 1851 durante su viaje a San Miguel a través de la zona del Pacífico y sus poblados importantes, como él mismo lo revela: “We see Masaya, Managua, León, Realejo, Chinandega, Viejo, several hamlets in the road...” (el “Diario” de Garibaldi está en inglés); pero, más que todo, al regreso, porque tenía prisa por llegar a San Miguel con su amigo Carpaneto y hacer los contactos comerciales que entonces planeaba y porque sugiere que no duró mucho en Masaya al escribir en su diario: “We see Masaya...” (Giornale di bordo del bastimento Giorgia e del Brigantino Carmen...).

Lo cierto es que, para el 26 de junio del mismo año, se hallaba en el puerto de La Unión, El Salvador, de vuelta hacia Granada; anteriormente había visto, pues, “the wonderful volcans” (los maravillosos volcanes) de la cordillera de los Maribios y, desde luego, el Masaya que llama “Indiri” (sic) en vez de Nindirí.

Garibaldi viajaba de incógnito, con nombre supuesto (el de capitán José Ansaldo); pero no pudo mantenerlo y descubrió su personalidad a quienes lo visitaban, como sucedió en León. Lo mismo hizo en Masaya, “Cultivó buena amistad con los señores Francisco Luna, General —escribía Mariano Vega Bolaños en 1855—, Domingo Lacayo (leonés), don Carlos Alegría, Lic. don Rafael Zurita y otros que eran liberales y se apellidaban Jacobinos: pero otro sector miraba a Garibaldi con cierto recelo, a causa de sus ideas, y decían que era masón y enemigo del Papa. También se dice que hablaba de la Libertad y que decía (y he aquí la única declaración, por lo demás memorable, que expresó a los nicaragüenses) QUE SU ESPADA ESTABA AL SERVICIO DE CUALQUIER PUEBLO OPRIMIDO QUE SE LA SOLICITARA: esto lo refería don Ignacio Vasconcelos, agregando éste que él (Vasconcelos) estaba en esa época muy joven,

pero que se había acercado a Garibaldi y había estrechado su mano". Vega Bolaños, en el recuento de su memoria garibaldina, añadía: "Dícese que una noche regresó a Granada sin despedirse de nadie. Durante su permanencia en esa ciudad (Masaya), Garibaldi vestía chaqueta roja y sombrero de cortas y enroscadas alas, también rojo (cachucha o bonete)".

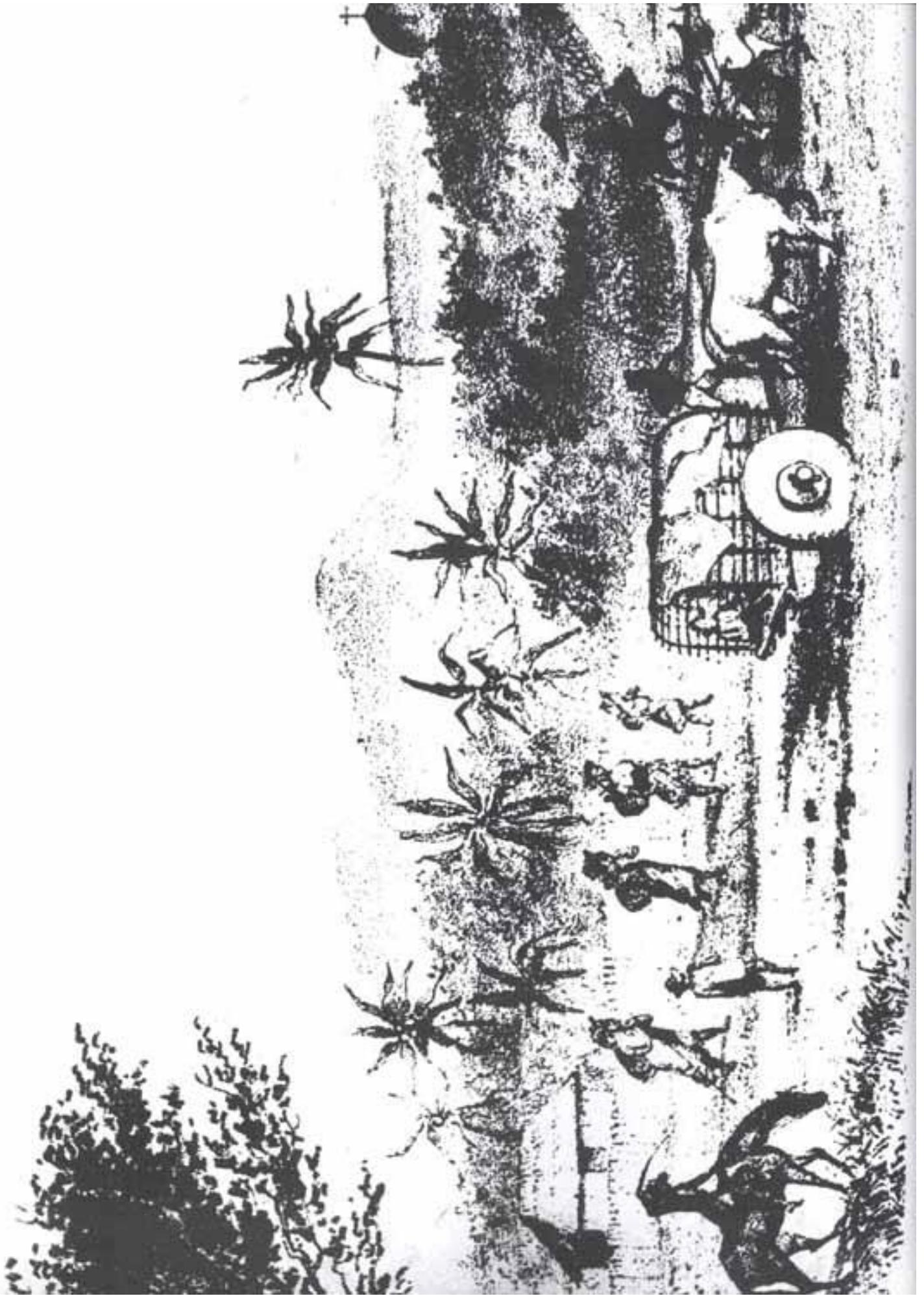
Pero su principal amistad en Masaya la tuvo una viuda reciente: doña Francisca Mantilla, de Las Segovias. Ésta había sido casada con el doctor José Benito Rosales, granadino educado en León y abogado de nota. Desde luego, la amistad entre Garibaldi y doña Francisca fue más que eso y su fama trascendió a un dístico rimado en forma de dicho que, en el pasado reciente, aún se aplicaba a los extranjeros con éxito amoroso entre las hembras de la ciudad. Dice: "Si es italiano, no hay duda: le alza la mantilla a la viuda".

Vega Bolaños trae a colación, por otro lado, que Garibaldi contrajo enfermedad en Masaya, siendo asistido por don Enrique Solórzano; pero que carecía de datos confirmativos. "Se aseguraba que su permanencia en Masaya fue corta". Y estaba en lo cierto: en realidad, duró pocos días, ubicados en dos ocasiones: al pasar en su viaje hacia El Salvador, a partir del 13 de junio de 1851, y cuando llegó otra vez, ya de regreso, inmediatamente después del 6 de agosto del mismo 1851 en que salió de León para Granada. Mas esta segunda ocasión fue también muy rápida, pues el 15 del mismo mes de agosto se hallaba en San Juan del Norte, de acuerdo a carta suya que redactó allí en esa fecha. Por consiguiente, los días que estuvo en Masaya fueron pocos; no obstante, su estadía resultó fecunda y se ha recordado exactamente el sitio de la casa en que habitó.

¿Dónde quedaba? En la casa que hasta hace poco era propiedad de la señorita María Pérez Tapia y que se encuentra en la Avenida Progreso, contiguo al Banco Nicaragüense. Así lo manifestaban tanto el profesor don Alberto Bendaña como don Arnoldo Porta Torres.

V

**Soldados de Masaya en
la guerra nacional**



COMBATIENTES DE MASAYA EN EL CUADRO DE HONOR DE LOS HÉROES

*Por Mario Cajina-Vega y
Rafael Córdova Rivas*

Nombre de las personas que tuvieron participación en la escaramuza del 5 de septiembre de 1856 y la batalla del 14 de septiembre de 1856:

Crnel. José Dolores Estrada (Primer jefe); Nandaimé.

Tnte. Crnel. Patricio Centeno (Segundo Jefe); Jinotega.

CAPITANES

Liberato Cisne, alias "Boca de Gloria"; Matagalpa.

Francisco de Dios Avilés, alias "Chico Dios al palo"; herido el 14 de septiembre; Managua.

Francisco Sacasa, muerto en combate el 14 de septiembre; Granada.

Bartolo Sandoval, alias "Loco"; (antiguo capitán de Marines); Granada.

TENIENTES Y SUBTENIENTES

José Luis Coronel; Masaya.

Manuel Marengo, alias "Gualcho"; Masaya, herido el 14 de septiembre.

Carlos Alegría, herido el 5 de septiembre, nuevamente herido el 14 de septiembre; Masaya.

Salvador Bolaños, fue herido el 14 de septiembre; Managua.

Abelardo Vega, herido el 5 de septiembre, nuevamente herido el 14 de septiembre; Masaya.

Oficial Flores; Granada.

Ignacio Jarquín, muerto el 14 de septiembre, vecino de Metapa.

Venancio Zaragoza.

Alejandra Eva; Managua.

Miguel Vélez; Managua.

Adán Solís; Managua.

Juan Estrada; Managua.

Juan Fonseca.

MEMORIAL DE MASAYA

José Ciero; Masaya.

Tomás Fonseca.

Dolores Chiquitín; Diriomo.

Manuel Paredes.

SARGENTOS PRIMEROS

Andrés Castro; Managua. Herido el 14 de septiembre.

Francisco Estrada; Managua.

Estanislao Morales, muerto en combate el 14 de septiembre; Masaya.

Francisco Gómez, muerto en combate el 14 de septiembre (persiguiendo a los filibusteros).

Vicente Vijil, ¿Granada?

Catarino Rodríguez.

Macedonio García.

Francisco López "Negro"; Managua.

Francisco López "Blanco"; Managua.

CABOS

Faustino Salmerón, (avanzadilla que dio el aviso).

Justo Rocha, muerto el 5 de septiembre; ¿Masaya?

Julián Artola.

Jerónimo Rocha; Managua.

RASOS

Cayetano Bravo, alias "Ochomogo"; Granada.

Francisco Vasconcelos.

Catarino Pavón.

Basilio Lezama.

Trinidad Cubero, alias "Corneto"; Masaya.

Luciano Miranda; Masaya.

Espiridión Galeano.

Crescencio Ramírez, herido el 5 de septiembre.

Florentino Ruiz; Tipitapa.

Crescencio Urbina; Granada.

Adán Urbina.

Joaquín Artola (Campisto).

NOTAS

Miguel Vélez y Miguel Véliz son la misma persona Manuel Marengo, Juan Gualcho y "Gualcho" son la misma persona.

Francisco López "Negro" y Francisco López "Blanco", son dos personas distintas; lo "negro" y "blanco" probablemente era para distinguirlos.

Siero con s y con c, son la misma persona.

De Luis Ingo no se sabe si el "ingo" es contracción de Ignacio, porque Igno no es apellido conocido en Nicaragua; de ser Luis Ignacio no conocemos el apellido.

La tropa nicaragüense tuvo 55 bajas entre muertos y heridos.

Además de la tropa de 120 ó 128 hombres que estaban en San Jacinto, llegaron 60 indios matagalpas con flechas al mando del capitán Francisco Sacasa.



Retirada de tropas filibusteras de Masaya, el 19 de noviembre de 1856.



MASAYA EN LA GUERRA NACIONAL 1856

Por Alejandro Bolaños Geyer

Al recibir la noticia de que Beloso marchaba de León hacia Granada, el Congreso costarricense le autorizó el 10 de octubre al Presidente Mora el reanudar la guerra contra Walker, ahora en unión con los aliados centroamericanos. Pocos días más tarde, al saber que Beloso había entrado en Masaya, Mora le ordenó a Cañas que avanzara con sus tropas de Liberia sobre Nicaragua. Simultáneamente, Beloso envió al coronel Félix Ramírez con 300 leoneses de Masaya a Rivas, para distraer la atención de Walker y reforzar a Cañas; Ramírez ocupó Rivas el 30 de octubre tras una ligera escaramuza con el resguardo filibustero. Al saber Walker la ocupación de Rivas por Ramírez, el primero de noviembre a medianoche envió a Hornsby con 150 hombres a proteger la vía del tránsito. Al siguiente día, 2 de noviembre, y sin que los filibusteros se dieran cuenta, la vanguardia de Cañas salió de Liberia hacia San Juan del Sur.

La columna de Cañas constaba de 300 hombres, en su mayoría nicaragüenses exiliados y liberianos; el segundo al mando, el coronel Manuel del Bosque, ya había derrotado a Walker en la primera batalla de Rivas de junio del 55, y el capitán de la Compañía A, Román Rivas, el hijo mayor del Presidente Rivas, jefeo la insurrección contra Walker en diciembre del mismo año.

Cañas ocupó San Juan del Sur el 7 y fue reforzado por Ramírez, de Rivas, mientras las fuerzas de Hornsby se hallaban aún en La Virgen; el San Carlos llevó la noticia a Granada a las cinco de la mañana del 9, y esa misma noche estaba de regreso en La Virgen con el coronel E. J. Sanders al frente de 150 hombres y un obús. Hornsby y Sanders avanzaron sobre el camino del Tránsito el 10 de noviembre al amanecer. Cañas los esperó en una colina cerca de la Casa del Medio Camino y a las 7 de la mañana comenzó la batalla. En *El Nicaragüense*, los norteamericanos destrozaron al enemigo: mataron por lo menos setenta, sufriendo solamente dos muertos y once heridos. No obstante, Cañas retuvo la posición de la colina y "el general Hornsby decidió replegarse a La Virgen". Dejando a los soldados bajo el mando de Sanders, Hornsby se fue sin perder tiempo en el vapor en busca de refuerzos a Granada. A las 4:30 pm del 11, el barco estaba de regreso en La Virgen, con Walker, Henningsen, 250 rifles, otro obús, un mortero y un pelotón de zapadores y minadores. Con Walker a la cabeza, los filibusteros marcharon durante la noche hasta la Casa del Medio Camino, donde llegaron un poco antes del alba del 12. La batalla en la colina comenzó al amanecer; duró varias horas y terminó con una victoria para Walker: a las diez de la mañana Cañas empezó a retirarse en orden hacia San Juan y al mediodía torció de pronto por el camino de la costa hacia Rivas.

El ejército filibustero regresó de San Juan del Sur a La Virgen el 13. Dejando al coronel Markham con el primer batallón de Infantería —175 hombres— en La Virgen, Walker se llevó los restantes 300 hombres

en el San Carlos y desembarcó con ellos en Granada en la madrugada del 14. Sin dilación, el 15 marchó de nuevo, con unos 600 hombres, a atacar a Beloso en Masaya.

La fuerza aliada en Masaya constaba de más de 3,000 efectivos. Jerez acababa de salir con 300 leoneses a reforzar a Cañas en Rivas, pero Zavala y Estrada, que habían estado en Diriomo y Niquinohomo, se encontraban en Masaya. Martínez había llegado del Norte vía Tipitapa y Nindirí con un nuevo contingente de su Ejército del Septentrión de 700 voluntarios, y también arribaban tropas frescas de El Salvador y Guatemala.

Don Dámaso Sousa había enviado el 14 razón a Beloso sobre el movimiento de Walker, empeoró cuando en el camino a Masaya le informaron que Jerez marchaba hacia Rivas con 700 u 800 hombres, cifra muy exagerada. Temiendo perder su cordón umbilical, de inmediato ordenó al coronel Jacques regresar a Granada con el segundo Batallón de Infantería —250 hombres— y proseguir en un vapor a La Virgen, apresurándose a reforzar el Primer Batallón de Infantería de Markham para defender la vital vía del Tránsito. En esa forma, Walker su propia fuerza menos de 4,500 hombres. Temiendo otro ataque por sorpresa a Granada (como el anterior), además de un Cuerpo de Voluntarios civiles al menos del brigadier general Fry.

En las fuerzas de Masaya, el camino de Granada se suma en una encajonada, bordeada a ambos lados por ranchos de paja y platanares. A las 5 pm, al pasar el ejército de Walker entre esos paredones, los aliados emboscados tras cercas y matas abrieron fuego sobre los invasores y dio comienzo a la segunda batalla de Masaya, decisiva en el destino del filibustero. Antes de suspenderse el combate por la oscuridad, los norteamericanos tuvieron diez muertos y cuarenta y cinco heridos. Los aliados se replegaron al interior de la ciudad durante la noche. Al amanecer el 16 de noviembre, Walker atacó y tomó la Iglesia de San Sebastián, la que Beloso decidió no defender. Los zapadores enseguida comenzaron a abrirse paso por dentro de las casas a ambos lados de la calle que conduce a la esquina sureste de la plaza principal; también usaron los boquetes abiertos durante el ataque del 12 de octubre en las paredes de adobe de las casas en la calle paralela, la Calle Real.

Beloso trató de cercar a Walker: envió una división guatemalteca a atacar su retaguardia, tropas nicaragüenses a embestir el flanco derecho trabando pelea con el invasor, y a sus propios salvadoreños caer sobre el flanco izquierdo; pero estos últimos no acudieron al punto designado y los guatemaltecos y legitimistas se vieron obligados a retirarse. Tras pegarle fuego a la iglesia de San Sebastián, en Monimbó, y a la de Santiago, sobre la misma Calle Real, Walker incendia todas las casas que iba dejando en su avance, so pretexto de protegerse la retaguardia.

La batalla continuó en forma similar durante tres días, cada vez más cerca de la Parroquia. Los aliados habían fortificado y reforzado todos los puntos posibles de defender; por lo tanto, los norteamericanos tuvieron que luchar pulgada por pulgada, pared por pared y calle por calle. Para el 18, Walker había incendiado todo el sector Sur de Masaya hasta llegar a la última cuadra junto a la plaza principal, pero ya no pudo avanzar más ni vencer la resistencia centroamericana. En sus propias palabras: "Los efectos de tres días de trabajo y lucha se veían en la lacitud de los hombres y la casi imposibilidad de hacer que los centinelas cumplieran con su deber"; tampoco contaba con los morteros y obuses de Henningsen, debido a detonantes defectuosos y escasez de municiones.

Al caer la noche del 18, Walker ordenó la retirada de su ejército, dejando tras de sí sólo desolación total y destruida la parte más extensa y valiosa de Masaya, la primera ciudad y la primera iglesia en arder bajo

la tea filibustera. Al pasar sus tropas por las huertas y platanares donde comenzó la batalla, muchos cadáveres continuaban sin enterrar. El hedor era insoportable y se percibía a diez kilómetros. Walker dejó muchos muertos desparramados en el campo y se llevó numerosos heridos.

Amaneció el 19, los soldados aliados irrumpieron en las últimas casas que ocupara Walker y mataron a varios filibusteros dormidos que no oyeron la orden de retirarse. Cuando los aliados intentaron perseguir a los filibusteros, ya éstos se encontraban en Granada. Belloso reportó 150 norteamericanos muertos y numerosos heridos, contra 46 aliados muertos y 90 heridos. En la guerra Walker admite 100 bajas, pero en *El Nicaragüense* sólo tres norteamericanos murieron en los tres días de combate dentro de Masaya. De creer el periódico de Walker, el 19 los norteamericanos retornaron a Granada en triunfo con la banda tocando alegres marchas marciales, las banderas ondeando victoriosas al frente y los soldados con el ánimo por supuesto muy en alto...

En su editorial sobre "Nuestra última batalla", Walker se pone a sí mismo sobre los generales rusos, franceses e ingleses en la Guerra de la Crimea; sobre el general Taylor en la Guerra de México y sobre Napoleón, asegurando confiado: "No está lejos el día en que las últimas acciones de los norteamericanos en este país se señalarán como superiores a Buenavista, ó Alma, ó Inkerman, é igualadas solamente por la defensa de Leonidas, con sus trescientos espartanos contra los huestes de Jerjes, ó por otros de los más notables hechos de armas de los tiempos antiguos ó modernos... que colocará últimamente al general Walker, á la cabeza de los hombres más valientes del mundo". Este editorial vino a ser el último editorial de Walker y el último número de *El Nicaragüense*, pues se publicó el 22 de noviembre de 1856, el día que quemó Granada, y resultó una final apropiada para los anales del megalómano Predestinado de los Ojos Grises, copado en la capital de Nicaragua y reducido a resistir y medrar en la Ruta del Tránsito.

En las palabras de un testigo norteamericano: *El 19 de noviembre de 1856, los restos de los rifles de Walker, tras sufrir fuertes pérdidas en su segunda derrota en Masaya, retornaron silenciosos a Granada, "los cansados a descansar y los heridos a morir"*. El hospital se atascó de enfermos y moribundos; las provisiones escaseaban cada vez más y los soldados apenas conseguían algo que comer; los enfermos del hospital que no acompañaron a la tropa, estaban enfermos y las defunciones sumaban de diez a quince diario, tasa de mortandad que en dos meses habían destruido al ejército.

Los dos ataques de Walker a Masaya en octubre y noviembre convierten en una sola la batalla por Masaya, crucial en el curso de la guerra y fatídica como derrota (pese a las disensiones de los generales aliados) para el "rey de los filibusteros", quien en adelante actúa a la defensiva, evacuando e incendiando una Granada víctima del saqueo y la rapiña, y fortificándose luego en Rivas para asegurar el flujo de fuerzas por la Ruta del Tránsito como único recurso de volver a tomar la iniciativa; pero cada paso que dé después de Masaya, será en retirada.

Los dos vapores estaban entonces en Granada. Uno, el San Carlos, había regresado de La Virgen, tras haber llevado ahí el 15 al Segundo Batallón de Infantería de Jacques, y el otro, La Virgen había regresado a su vez de Chontales tras haber llevado ahí una partida de batidores de Kissane en busca de ganado. (Al instante desembarcaron en San Ubaldo, los batidores fueron atacados por más de cien nativos armados en tierra y tuvieron suerte de escapar con las manos vacías y con sólo dos filibusteros heridos de muerte).

Sin suficiente alimento y con numerosos enfermos en la capital, a pocos kilómetros de los aliados y seriamente amenazados en Rivas, Walker decidió abandonar el Departamento Oriental para sostenerse

en su cordón umbilical del Tránsito. El 19 ordenó la evacuación de Granada. El 20, más de 200 pacientes hospitalizados llenaron las dos cubiertas de La Virgen; a medianoche, Walker y su estado Mayor zarparon con ellos para La Virgen. Henningsen se quedó atrás para asistir a Fry, comandante de la ciudad, en las tareas de la evacuación. Walker desembarcó en La Virgen el 21 al amanecer; los enfermos y los heridos y las cargas continuaron en el vapor a Moyogalpa; los nativos huyeron al verlos llegar y los norteamericanos ocuparon el pueblo. A medianoche La Virgen iba de regreso a Granada con William Kissane Rogers a bordo. Kissane llevaba una orden de Walker para que Henningsen quemara y destruyera Granada.

Walker supo escoger, pues Kissane había estado en prisión en Sing Sing y tenía un largo historial de incendiario, habiendo sido acusado de pegar fuego en Ohio y Arkansas. Kissane desembarcó en Granada el 22 al amanecer y le entregó la orden a Henningsen; éste inmediatamente lanzó una proclama previniendo a los moradores que desocuparan pronto todos los hogares y edificios públicos porque en pocas horas serían pasto de las llamas. Los filibusteros ese día cargaron todas las pertenencias personales y gubernamentales que pudieron en el San Carlos. Los pasajeros, en su mayoría mujeres y niños, abordaron el barco. Por la noche acatando las órdenes de Walker, el brigadier general Fry zarpó con ellos a La Virgen, dejando el mando de la ciudad y la fuerza en Granada a Henningsen, quien asignó tropas a diversas calles, con órdenes de incendiar la ciudad en cuanto él diera la señal; concedió a todos sus hombres libertad para saquear y llevar cuanto pudieran acarrear en el vapor.

A eso de medianoche, el estampido del viejo cañón colonial de veinticuatro libras, de bronce español fundido en Barcelona, anunció desde el muelle el inicio del incendio. El San Carlos se alejó a la 1:30 am del 23 de la ciudad condenada a las llamas, y a su arribo a La Virgen el brigadier general Fry le llevó a Walker la noticia de la destrucción total de Granada. Walker le ordenó a Fry que condujera mujeres y niños a Ometepe y que enseguida el San Carlos regresara a Granada a evacuar, junto con La Virgen, al resto de los residentes.

Walker esperó a Henningsen antes de seguir sobre Rivas, su próxima nueva capital, entonces ocupada por Cañas y Jerez. Mas el presidente Mora estaba reforzando a Cañas con intenciones de retener el camino del Tránsito en manos costarricenses. El 1 de noviembre había emitido el "Decreto n.º 9, declarando bloqueado el puerto de San Juan del Sur y prohibida la navegación del río San Juan, mientras duren las hostilidades contra los agresores de Centroamérica", y desde el 20 de octubre su gobierno había adquirido en Puntarenas el bergantín Dover de 167 toneladas, bautizado Once de Abril y dotándole de cuatro cañones de a nueve libras.

Al recibir la noticia de que Cañas había entrado en San Juan del Sur el 7 de noviembre, el bergantín zarpó el 11 de Puntarenas para San Juan, con pertrechos para Cañas, además de siete oficiales, veintisiete marinos, ochenta y nueve soldados, un capellán y un carpintero, para un total de 125 hombres. El capitán, Antonio Valle Riestra, tenía órdenes de posesionarse del puerto y capturar toda embarcación que navegara bajo la bandera de Walker.

Cuando el Once de Abril arribó a San Juan del Sur, el 23 de noviembre, los filibusteros eran dueños del puerto con la goleta Granada, de 65 toneladas, dos cañones de seis libras, 180 balas y veinticuatro marineros, surta en la bahía. A las 4:00 pm, la goleta levó anclas y salió al encuentro del bergantín; 5:45, éste izó la bandera costarricense; a las 6 pm comenzó la batalla, a 400 metros de distancia, y a las 8 pm, una bala del Granada dio en la santabárbara del Once de Abril, causándole una explosión que en el acto mató a la mayoría de los tripulantes. El teniente Hacienda Irvine Fayssoux, comandante del Granada, envió una lancha a rescatar a los sobrevivientes —cuarenta y un naufragos del bergantín—, muchos

de ellos con extensas quemaduras; por lo menos once fallecieron subiendo el total de muertos costarricenses a unos noventa y cinco. El Granada sufrió sólo dos muertos y siete heridos.

Veintinueve sobrevivientes aptos para viajar fueron llevados prisioneros a La Virgen el 24. Veintiséis de ellos firmaron, o simplemente marcaron una cruz junto a su nombre, y una carta de agradecimiento a Fayssoux el 25. Walker en persona los interrogó ese día, liberando casi a todos, menos a Federico Martínez, segundo en el mando, y a otros cuatro. En las propias palabras de Walker: "Los prisioneros que podían caminar fueron pronto liberados y se le suministraron pasaportes para viajar a Costa Rica. Cuando llegaron a sus hogares, su testimonio sirvió de mucho para corregir los prejuicios que los Moras habían suscitado contra los americanos".

El "Federico Martínez" que Walker retuvo en prisión en La Virgen era en realidad "el segundo mayor de Federico Maheit", artillero italiano del ejército costarricense. Aunque se cambió el nombre a "Martínez" después de la batalla, Walker descubrió su verdadera identidad y lo retuvo cautivo. De haber hundido Maheit al Granada el 23 de noviembre con los cañones de a nueve libras del Once de Abril, habría acortado la guerra. En dicha fecha, las tropas de Walker en La Virgen estaban desorganizadas al extremo. Si el bergantín costarricense gana el control de la bahía de San Juan del Sur, Cañas y Jerez, reforzados desde Puntarenas, avanzan desde Rivas a bloquear el camino del Tránsito; y ellos hubieran iniciado la avanzada contra Walker en un momento crítico para él.

Walker se hallaba, pues, en deuda con Fayssoux. El 24 de noviembre le transmitió "las gracias de todo el ejército" y lo ascendió a Capitán. El 25, le envió las gracias de la República" y le donó una valiosa hacienda en el Departamento Meridional, El Rosario, que Kissane confiscara al rivense don José Antonio López, su legítimo dueño nicaragüense. El Rosario tenía 20,000 árboles de cacao y una buena casa a sólo tres kilómetros de Rivas. De nada le sirvió a Fayssonux esta prebenda ilegítima de su "presidente", pues el curso de los eventos le impidió tomarse siquiera una taza de buen chocolate en "su finca".

VI

Masaya: siglo XX



MASAYA: UN DEPARTAMENTO CON SUS ALFORJAS AL HOMBRO (1963)

Por Mario Cajina-Vega

Masaya es el departamento de las tres tierras. Tiene la sierra para los cafetales, en la comarca conocida como "Los Pueblos": Masatepe, La Concepción, San Juan y Nandasmo. Tiene el valle en el que se practica una agricultura diversificada: Ticuantepe, Cofradías, Los Altos, Nindirí y El Comején. Tiene, finalmente, el llano para la ganadería en los espléndidos potreros lacustres de Tisma.

La propia ciudad cabecera es un centro de manufacturas indígenas y una reserva de mano de obra agrícola. Sus industriosos habitantes han creado una permanente tradición artística en la confección de tejidos de palma, "tarazanería" o cordelería, alfarería, talabartería, las artesanías del calzado, del bordado y de los muebles, además de la original labor de los motivos turísticos con materiales criollos.

El conocimiento y la experiencia de sus habitantes en toda clase de cultivos determina que la temporada agrícola de los "cortes" esté alimentada por los jornaleros de Masaya.

Masaya es, pues, un factor en la economía nacional. Y la aptitud de sus habitantes para el trabajo le ha dado un prestigio legendario.

Decir "masaya" es como decir "huertero". La población rural se equipara, en este departamento, con la población urbana. Mas la presión demográfica ha originado un cambio en la propiedad, que es en Nicaragua donde se encuentra más dividida. Nótese en la foto la excesiva parcelación de los terrenos. El mesofundio, o finca familiar que caracterizaba la vida agraria, ha venido desapareciendo por las divisiones y subdivisiones progresivas de la herencia y es común el caso crítico de una familia entera que depende únicamente de una manzana de tierra y aún de menos. Y esto, limitado —por la falta de irrigación— al monocultivo. Achiote o palma, frijol o yuca, maíz o arroz, soportan el presupuesto familiar, originándose así el pauperismo de hombre y suelo. Esta es la versión nicaragüense del minifundio, reducido a escala improductiva. Por razón del contraste, los mesofundios que se han resistido a esa decadencia son considerados como un latifundio social.

La solución de estos problemas está en una filosofía agrarista que instituya el cooperativismo como medio de agrupar los microfundios en una economía comunal, con la debida asistencia técnica, que contemple la función social de la propiedad y que incorpore nuevas tierras al cultivo.

URBANIZACIÓN DE LAS BARRIADAS

La ciudad confronta el problema social de sus barrios. Populosamente nutridos y creciendo anualmente, en la estadística nacional, sin embargo, carecen de servicios urbanos, como luz y agua. Sus calles se

encuentran en peor estado que los mismo caminos vecinales. Una peligrosa estadística de mortalidad infantil y de contagios tuberculosos afecta constantemente su potencial humano.

Por otra parte, al no existir ayuda estatal para el artesano —en una ciudad que vive de sus oficios— este valioso renglón económico queda completamente marginado. Por una falsa comprensión de la laboriosidad del “masaya” se ha pretendido convertir a la ciudad en un centro industrial, siendo así que no puede prefabricarse un industrialismo sin bases económicas. Sería más conveniente proveer al incremento de la pequeña industria y formación de la mediana, ya que esto responde mejor a la actividad tradicional y a los estamentos sociales de esta cabecera departamental.

Entretanto, Masaya camina por la economía nacional con la alforjas de sus huertas al hombro, proclamando en sus típicos pregones musicales: el almidón... la cabuya... los sombreros... las hamacas... las jícaras... los frijoles...

Desde que Dios amanece el indio sale, tempranero, a su trabajo. Ya sea a cultivar la huerta propia o a ganar un jornal por el día o por tarea. El “día” agrario es de 6 de la mañana a 1 de la tarde, jornada única. La tarea es una medida acordada con el patrón; el indio entonces madruga lo más que puede para parar el bordón (entregar la tarea) a las 9 ó 10 de la mañana.

En las alforjas, tejidas tal vez por él mismo, lleva su aliño; la jícara con pinol crudo, queso y tortilla o tamal, originales “platos fríos” para la merienda.

En la cabeza, el sombrero de palma que es casi la imagen, al aire, de su propio rancho.

Y, acuñaéndolo en el brazo, el machete. Está tan identificado el machete con las labores nicaragüenses que tener un oficio o suelo fijo es “tener su machete”.

A hacer el nombre de Dios va la india al mercado. Sobre su rebozo, convertido en blando rollo, carga la canasta donde lleva frutas y flores. Sabrosos mangos, anonas, nísperos, marañones. Perfumadas sartas de sacuanjoche; manojitos de zontol; ramilletes de reseda. Toda una naturaleza viva de olores y colores.

Ella madruga, como su hombre, para sentarse ancestralmente, secularmente, en el Tiangué y hacer, así, los centavos que ayudan a la necesitada economía doméstica.

Después, regresa del mercado con las propias compras, sólo para empezar a preparar el almuerzo, lavar los trastos, asear el patio y criar a los hijos.

Al anochechar Dios, el indio teje sombreros y petates. Liviana, habilidosa labor en la cual sus manos se guían por un misterioso sentido artístico. Escoge, casi siempre, horas descansadas, crepusculares, cuando ya se repuso de la fatiga agrícola.

Las gallinas ya se han trepado a las ramas del jocote o el quelite. El chanco —alcancía de carne— busca acomodo en cualquier parte. La india sopla el fuego o echa las tortillas. Suena, nostálgica, la primera marimba.

Como un puerco-espín vegetal, la penca se eriza en el patio. Sus hojas, cortadas periódicamente, dan la cabuya con que se tejen mecates, hamacas, alfombras, alforjas, cinchas, gruperas, jáquimas y cabestros.



La cocina hogareña: tres tenamastes, dos ollas, unas cuantas rajadas de leña. En este elemental hogar trajina, incansable, la mujer del campesino. Con agua de ceniza "nesquiza" el maíz, cuya masa van a moldear, diestramente, los dedos para convertirla en tortillas.

Aquí se cuecen, también, los frijoles. O hierven los nacatamales. O se prepara la gustosa y popular carne en vaho.

Y aquí, por desgracia, enmudecen las brasas cuando no hay trabajo, o el pago no da para "el diario".

Con "la fresca", cuando la sombra de los palos ya disimula el sol, el mayor de los hijos baja a la laguna, por increíbles caminitos, para acarrear el agua. Al borde de la playa, platica con las lavanderas, prendado quizá de alguna de ellas. Luego, llena su cántaro y vuelve, cuesta arriba, con el agua que se utiliza en la "nesquiza" del maíz, en la frugal higiene que la escasez permite, y en llenar los calabazos para el día siguiente.

Varios son los "abajaderos" por los que los masayas bajan a la laguna a traer el agua. Los principales son: el de Monimbó, el de Quitapayo, el de Ambota, el de Bombonaci y el de Cailagua, el más famoso de todos por los petroglifos que llevan su nombre y que se encuentran labrados en la roca viva.

Como la mayor parte de las aguas pluviales de la ciudad de Masaya se desaguan por ese bajadero, se le llama "Cailagua" (cae el agua).

A la jícara simple, sin labrar, le llaman "cumba".

Si el calabazo es la cantimplora del peón, la jícara es, a un tiempo, vaso, taza, jarra y copa nativa. Vigorosamente frotada con arena y paxte, el uso desgasta su aspereza hasta darle una suave, cariñosa lisura vegetal.

MEMORIAL DE MASAYA

Los indios labran también las jícaras, para venderlas, con motivos regionales: escudos, pájaros estilizados, nombres propios de ciudades o personas, etc. Junto con la jícara labran también su complemento que es el "banco" en el que se asienta. Los "bancos" son labrados con motivos similares a los de las jícaras y hacen "juego" con éstas.

Tostada al sol del día, en su largo viaje al tiangué, o al resplandor del fuego, en su existencia casera, la mujer trabajadora no conoce descanso.



Un ara de sacrificio parece la ritual piedra de moler. El árbol en que se encuentra incrustada le da, asimismo, estilo futurista de escultura abstracta. La piedra de moler es infaltable en la cocina del campo. Herencia indígena, disfruta de prestigio funcional.

La piedra de moler es un utensilio cuya conservación y buen uso prestigia el hogar indígena. "Saber moler" es para la india joven algo así como graduarse en los oficios de mujer. Su prestigio de mujer hacendosa está íntimamente ligado con el aseo y la limpieza de la piedra de moler.

Los cordeleros o "atarazaneros" de San Juan fabrican hamacas, alforjas, cabestros, jáquimas, gruperas, cables de todo grueso y longitud, sondalezas, riatas, alfombras.

En el barrio de San Miguel tiene su asiento la industria del almidón de yuca, blanco, fino y de excelente calidad.

En el barrio de Monimbó los indios se dedican a la industria de la palma real de Castilla: sombreros de una sola pieza, petates pequeños, abanicos, canastitas de diversos tamaños y estilos, valijitas para escolares, etc. También trabajan ellos el bambú y la caña de Castilla: hacen petacas, canastos y canastones para viveres, preciosas cestas, etc.

En el barrio de San Jerónimo están las pequeñas fábricas de juguetes: caballitos de palo, monitos saltarines, carretillas, muñequitos con ruedas y una gran variedad de ingeniosos artefactos para deleite de los niños pobres.

En el barrio de Las Siete Esquinas (hay en ese lugar siete esquinas, efectivamente: el visitante extraño se extravía forzosamente) está establecida la industria de adornos para mujeres: aretes, prendedores, brazaletes, collares, fajas, etc., trabajados con la frutilla del güirrique. Otra industria que atrae grandemente a los turistas... trata de manufacturas artísticas, trabajadas en petates de palma real: carteras, bordadas con lana de diversos colores y con motivos vernáculos de panorama monimboseño: un ranchito, unos cardones, a veces un malinche, un indio con su hacha o con su azadón, una molendera, un "fajinero" con su machete.

Ana Castillo se llama esta "indita" de Masaya, la que todo los días sale, muy de mañana, de Monimbó para la capital a vender los productos de la manufactura casera: almohadas, petates, colchones, carteras, abanicos, canastas y juguetes de toda clase. Sobre su cabeza erguida lleva esta pesada carga con la sonrisa en los labios, aún cuando el buen éxito no siempre corone sus esfuerzos de vendedora. No pierde sin embargo, su buen humor y ella volverá al siguiente día a probar su suerte. Logrará vender, entonces, algunos de sus productos, y la carga se hará más liviana, aun cuando todavía necesite la ayuda de dos hombres para volverla a colocar sobre su cabeza.



Su voz siempre se oír cantarina y sus dientes blancos brillarán bajo el sol de su sonrisa y seguirá por las calles de la ciudad, caminando con garbo y donaire, ofreciendo su mercancía: "¿Va a comprar, marchantilla?"

La carga de abigarrados colores va sobre la cabeza de Ana Castillo, la indita de Monimbó, con la mayor naturalidad y gracia, como si llevara su sombrero. A ese ejercicio constante de su cabeza y cuello, debe la "india masaya" ese andar garboso que la caracteriza. Los modelos de Power en New York se someten al ejercicio de andar con un rimero de libros sobre la cabeza sin botarlos. Así adquieren la gracia del andar con la cabeza erguida. La "india masaya" es, en ese sentido, un modelo de andar gracioso.

Es de admirar, también, en ella su carácter festivo. A pesar de las vicisitudes del negocio, la sonrisa y el buen humor no la abandonan nunca. Y así va por las calles de la ciudad dando un tono de alegría al pregón de su mercancía.

A las rinconadas de Monimbó, como a los otros barrios de Masaya no han llegado aún los servicios modernos de luz y agua. Primitivos son los medios que usan sus habitantes para proveerse de estos elementos indispensables de vida. Mas el "indio masaya" es inteligente y perspicaz, valiente es imperturbable y le hace al mal tiempo, buena cara.

Para el consumo de agua de la casa usa esos enormes tinajones que él mismo fabrica y poniéndolos bajo el alero de sus chozas, deja que las lluvias se los llenen en invierno. Durante el verano, la estación seca, enviará al hijo mayor o irá él mismo con su mujer a traer el agua a la laguna, o bien, le comprará lo indispensable al "aguador" que se ha ingeniado para adquirir su carretón y su "pipa", los que tirados por un caballo llevarán el agua necesaria a todos los hogares que lo necesiten.



Rubén Darío con uno de sus amigos masayenses, ingeniero Alejandro Ramírez Bemúdez. Barcelona 1915.

MASAYA

Por Rubén Darío

Nombran a Masaya la ciudad de las flores. Es, por cierto, bella en su suelo florido. Allí pensé una vez más en la gentil Primavera de Botticelli. Flores en los jardines, flores en las mujeres, flores en todas partes. Cuando el señor alcalde me dirigió su discurso, la calle estaba cubierta de flores. Masaya me evocaba a Hafiz, a Sadi; vergeles de Sarón, de Bagdad, de la olorosa Persia. Los alrededores de la ciudad son también lugares excelentes, en donde la riqueza floral se desarrolla y multiplica al cariño del magnificante sol. Hace ya tiempo viajé por esos lugares en compañía de un cubano eminente que ha hecho admirar en nuestras Repúblicas su firme amor patrio, su lengua de Crisóstomo y su corazón de poeta. Ese cubano fue de los luchadores de la primera revolución, la de Céspedes, y uno de los que redactaron la antigua Constitución.

Me refiero al doctor Antonio Zambrana, que hoy vive rodeado de la consideración general en San José de Costa Rica. Él dejó en una página delicada el recuerdo de nuestra visita a la aldea masayesa. He aquí sus impresiones, en las cuales se revela el cariño que desde mis primeros años me demostrara el grande hombre: "Nindir". Él me había hablado del pueblecito, y con él tuve el gusto de verlo por vez primera en viaje que hicimos juntos en un cómodo y ligero carruaje de Managua a Granada. A Rubén Darío, el poeta, me refiero. A eso de las tres de la tarde divisamos las primeras chozas. El cielo estaba azul; alguna que otra nube, transparente como el velo de gasa, volaba por él, y de lo alto caía y por todas partes se derramaba la luz color de oro quemado de un sol brillante, pero ya muy soportable. Me pareció que estaba en Grecia: así debió de ser la Jonia antigua, o, por lo menos, esa segunda Grecia, la Provenza de los tiempos medios. En calle sin polvo, recta y ancha, se alineaban las casas, hechas de corteza de palma y de bejucos, cada una de arquitectura diferente, a cual más graciosa y originalmente ideada, de formas caprichosas, como sueños de hombre que no ha visto civilización, pero que, sin conocer la de los otros, ha inventado él mismo su poesía y se la saca del alma para ponerla en todo lo que le rodea. Alrededor de las casas había siempre flores, y por la espalda de ellas asomaba algún árbol, indicio de huerto, que, con sus ramas de esmeralda obscura y sus frutos de colores vivos, daba nuevas notas a la pintura ideal que formaba el paisaje. A la puerta, o en pequeños corredores delante de ella, vi algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco; todas lucían, muy morenas, por estar vestidas de un blanco immaculado, y los cabellos muy negros y los ojos como llamas, tomaban con eso un relieve encantador. Admirome su limpieza singular y el aire de fiesta que eso daba a la aldea, porque se trataba de un día de trabajo de la semana. "¿Qué hace esta gente? —pregunté con curiosidad a Rubén— se diría que esperan alguna visita". "Venden flores y frutas —me contestó el poeta—. Las llevan en cestos muy bizarros a todos los alrededores: ésta es su vida cotidiana". Pasaron, en efecto, a poco por junto a nosotros dos mujeres y un jovencito con cestos tan extraños como las casas, llenos de colores y

de aromas, conduciendo su mercancía: nunca hubiera calculado antes que el comercio pudiera tomar a mis ojos forma de poesía. No era hora de oír pájaros: lo que se escuchaba era una cigarra; pero la influencia del medio ambiente, sin duda, me hizo encontrar bello su toque de clarín delgado y persistente: pensé en la cigarra de oro, símbolo del Arte en el mediodía de Francia, y el canto sin ritmo, lejos de perturbarla, completó mi ilusión. Soñaba yo entonces, por otra parte, que llevaba a mi lado la cigarra de nuestros bosques y de nuestra poesía americana, pues Rubén era ya un poeta, aunque todavía no era un hombre, y su inspiración no había aún torcido su cauce, sino que era genuina y espontánea. Más tarde se dejó influir por ideales exóticos, y, persiguiéndolos, ha llegado a la cumbre de la gloria; pero yo prefiero la cigarra desconocida, y ahora, que temblamos a la idea de recibir una mala noticia, ha venido a mi mente con sincera ternura el recuerdo del pueblecito original de las flores vivas, de las casas lindas y de las indias limpias que venden colores y perfumes de los que brotan, sin amaño, del seno fecundo de la Naturaleza". Zambrana dice la verdad de su entusiasmo en su lenguaje hermoso. Yo recordé las palabras del maestro en mi reciente visita a aquellas deliciosas regiones. Así como admiré en la ciudad gentiles y gallardas damas llenas de cultura y de distinción, vi de nuevo en la alegría aldeana las figuras de bronce viviente de las indias graciosas y hacendosas. Ellas tejen telas al modo primitivo, trabajan curiosas obras de cerámica, y venden como antaño y como siempre sus rosas, sus lirios, sus mangos, sus marañones y sus jocotes. Desnudas de hombros, brazos, pies y piernas, llevan con garbo sus cestas a los mercados o tiangués, y tornan a su vivir rústico, edénico o arcádico.

Mas, como en los más hermosos paraísos meridionales de Italia, los volcanes están allí sintiendo pasar los siglos y dando de cuando en cuando señal de que en sus hornos arden las misteriosas potencias de la tierra. El volcán Santiago atemoriza. El Masaya se cree hoy extinguido. El cronista López de Gómara, en su tiempo, escribía de él: "Tres leguas de Granada y diez de León está un cerrejón raso y redondo que llaman Masaya, que echa fuego, y es muy de notar, si hay en el mundo. Tiene la boca media legua en redondo, por la cual bajan doscientas y cincuenta brazas, y ni dentro ni fuera hay árboles ni hierba. Crían, empero, allí pájaros y otras aves, sin estorbo del fuego, que no es poco. Hay otro boquerón como brocal de pozo, ancho cuanto un tiro de arco, del cual hasta el fuego y brasa suele haber ciento y cincuenta estados más o menos, según hierve. Muchas veces se levanta aquella masa de fuego, y lanza fuera tanto resplandor, que se divisa veinte leguas y aun treinta. Anda de una parte a otra, y da tan grandes bramidos de cuando en cuando, que pone miedo; mas nunca rebose ascuas ni ceniza, si no es algún humo y llamas, que causa la claridad susodicha, cosa que no hacen los otros volcanes; por lo cual, y porque jamás falta el licor ni cesa de bullir, piensan muchos ser oro derretido. Y así, entraron dentro del primer hueco Fr. Blas de Ingesta, dominico, y otros dos españoles, guindados en sendos cestos. Metieron un servidor de tiro con una larga cadena de hierro para coger de aquella brasa y saber qué metal fuese. Corrió la sogá y cadena ciento y cuarenta brazas, y como llegó el fuego, se derritió el caldero con algunos eslabones de la cadena en tan breve, que se maravillaron; y así, no supieron lo que era. Durmieron aquella noche allá sin necesidad de lumbre ni candela. Salieron en sus cestos con hartó temor y trabajo, espantado de tal hondura y extrañeza de volcán. Año de 1551 se dio licencia al licenciado de dean Juan Álvarez para abrir este volcán de Masaya y sacar el metal". Oviedo, desde luego más documentado que Gómara, no habla de Fr. Blas de Ingesta, sino de Fr. Blas del Castillo. Éste tuvo noticia del famoso Infierno de Masaya; pero como iba directamente al virreinato del Perú, dejó para el regreso la satisfacción de su curiosidad. Esto fue en el año 1534.

Dos años después, estando en Méjico, fue expresamente a Nicaragua a conocer el volcán. Púsose de acuerdo con otro religioso francés, el P. Juan Gandabe, y en compañía de varios españoles emprendió la ascensión. Asomado al cráter vio la lava hirviente, y juzgó fuese oro derretido. En Granada encontró

varios socios para realizar su idea de extraer aquella riqueza inagotable. Varias tentativas se hicieron para sacar el que creían metal incandescente. Una expedición definitiva se hizo. Dice Gámez, extractando a Oviedo; "Entre los objetos destinados para la expedición figuraba una gran esfera de hierro, con sus barras, que podía abrirse y cerrarse, para meter en ella cangilones de barro que, introducidos de cierta manera en el pozo, pudieran sacar del líquido rojo. Esta esfera estaba sujeta por una cadena de hierro, pendiente de una gruesa cadena quitada a una antigua lombarda". Y luego: "El cráter del volcán tiene la forma de una campana boca arriba, que va angostándose al fondo; pero arriba, en la parte superior, no es pareja la circunferencia, estando como desportillada por el lado del Oriente. En todas las paredes del cráter se veían bandadas de loros de todos tamaños, que anidaban en los huecos y concavidades de las peñas. La circunferencia exterior del cráter puede tener una legua, y su diámetro, como un tiro de halconete. El fondo tendrá de ancho como un tiro de escopeta, y las paredes del cañón o cráter, desnudas de toda vegetación, ostentas vetas de varios colores, de una tierra dura, calcinada y muy pesada. En el plan se veía un fondo rojo y oscuro, como de lava a medio enfriar, con rajaduras a través de las cuales podía mirarse hervir y correr un líquido de fuego que saltaba en algunos puntos como el agua de una fuente, esparciendo gran luz, que, llevada por el caño, se reflejaba en la atmósfera y daba una claridad visible a mucha distancia". Con muchas dificultades Fr. Blas, el codicioso, preparó una máquina extractora. Dijo una misa. Confesó a sus compañeros. Luego "el intrépido fraile se puso la estola, ciñó ésta y los hábitos con una cinta bendita, en la que colocó del lado derecho un pequeño martillo para derribar las piedras movedizas, y del izquierdo una calabaza con vino y agua; cubrió su cabeza con un casco de hierro, y encima un sombrero bien atado; después se colocó en el bolso y se ató muy bien, y tomando una cruz de madera en la mano, se lanzó al vacío y empezó a descender". El pobre Fr. Blas pasó las de Caín en su descenso. Llegó por fin a una especie de plazoleta. Con la oración en la boca, no dejaba de maniobrar con su martillo entre los sahumeros de las solfataras. Demás decir que no encontró oro en las grietas, sino la roca quemada. Cuando le subieron no quiso darse por vencido. Contó prodigios, tal Don Quijote al salir de su sima, y aseguró que la lava hirviente era oro puro en fusión. Otros tantos bajaron después con aparatos para recoger el tentador líquido rojo y ardiente; pero se encontró que todo era escorias y calcinada piedra. Todavía se hicieron otros intentos y se renovaron los desengaños. "Tan luego fueron vistas las muestras por el gobernador y curiosos que se hallaban fuera, hubo gran descontento y muchas risas, y cada cual se regresó comentando el chasco a su manera. El gobernador pidió todavía algunas muestras más, y ordenó en seguida a Fr. Blas y a sus compañeros que saliesen. Estos, antes de verificarlo, tomaron posesión cada uno de lo que creyó una veta mineral, y el fraile, de la caldera hirviente del fondo. Ensayadas en León las tierras y escorias del volcán Masaya, fueron declaradas sin ningún valor. Sin embargo, Fr. Blas y sus compañeros, insistiendo en que aquello era rica mina, suplicaron que se les permitiera volver a entrar; pero el gobernador lo prohibió en absoluto, tanto porque creyó inútil y temeraria aquella empresa, como porque las máquinas, jarcias y aparejos eran subidos a hombros de indios, que se maltrataban lastimosamente en las breñas y sierras, sin que Fr. Blas tuviera piedad de ellos. Medida, de orden del gobernador, la profundidad del pozo, resultó que de la entrada a la plazoleta había ciento treinta brazas, y de la plazoleta al fondo, también ciento treinta". Masaya, como casi todas las ciudades nicaragüenses, está vigilada por los volcanes. Aún se ven en largos llanos las endurecidas corrientes de lava de erupciones inmemoriales. De cuando en cuando, si no el infierno de Masaya, que hoy se considera apagado, dan señales de actividad otros focos plutónicos. Ese pueblo apacible y privilegiado de flora y de las gracias se ha sentido más de una vez amenazado por las convulsiones de la tierra. Y allí crecen las rosas y la azucenas y mil variedades de flores, y en los espíritus es innata la voluntad de armonía, y los talentos líricos se llaman legión, mayormente que en ninguna otra parte de la República. Puede decirse que el deleitoso arte de la música es el que está mejor cultivado en el país, y,

sobre todo, en la encantadora y para mí inolvidable Masaya. Ha producido asimismo este departamento ciudadanos eminentes en otras disciplinas; y uno de los historiadores que allá tienen más renombre, aunque por causa del medio, del tiempo y de las circunstancias en que escribiera, no pueda colocarse en primera línea, fue masayés. Hablo de Jerónimo Pérez.

En mi memoria queda Masaya como una tierra melodiosa y hechicera. Siempre recordaré con vagas saudades sus alrededores pintorescos, sus lagunas cercanas, sus alturas llenas de vegetación, sus paisajes dorados con oro del cielo, la gracia y la sonrisa de sus mujeres, el entusiasmo sincero de sus gentiles habitantes y el clamor lírico de sus violines en la noche; sus admirables violines, que hablan en lengua de amor, en idioma de pasión y de ensueño.



En Masaya, 7 de diciembre de 1907. Con el doctor Hildebrando A. Castellón (a la izquierda) y el ingeniero Alejandro Bermúdez, en la quinta Zaratoga, frente a la laguna de Apoyo.

UN VAGÓN DE FLORES PARA RUBÉN DARÍO

Por Raúl Sánchez Velásquez

Para hacer honor al nombre "CIUDAD de las FLORES", elementos artísticos de Masaya, encabezados por don Frutos Alegría, preparan un carro del tren ornamentándolo con las más preciosas flores de nuestros jardines, principalmente las de los de doña Panchita Torrealba de Velásquez, de doña Concha Quinto, de doña Luz Caldera v. de Sequeira, de doña Chepita Sandoval, y de doña Leonor Oquel de Cuadra para no citar sino a los más afamados. Allí, en el vagón, hacían acto de presencia desde la adelfa aristócrata y extranjera, hasta la violenta humilde y campera, pasando desde luego, por el "lirio, florido príncipe". Allí, en el vagón, habían rosas y flores de todas las especies como en misión lírica de expresar color, aroma y símbolo. Era el 7 de diciembre de 1907. El día, claro. El cielo, intensamente azul. Salen de Masaya a eso de las 7 am. El tren rueda con lentitud. Atraviesa planicies, en cuenta el túnel. RUBÉN DARÍO —objetivo cardinal— lleva la frente pegada al cristal de la ventanilla. Inesperadamente, a la izquierda, aparece una oquedad grande. ¿Qué es? ¿Un pedazo de cristal azul rodado de las manos de Dios? NO: es la laguna de Apoyo. Al contemplar el espectáculo de semejante belleza augusta, la arboleda todavía verde, los paisajes preciosos, los riscos, colinas y cañadas, y hasta aquellas casitas construidas en el declive de una escarpadura, en la memoria del poeta afloran recuerdos, traza paralelos y dice, como pensando en voz alta, pero sin dirigirse a nadie particularmente:

¡Oh Suiza, estas vistas inefables te superan en belleza!

¿Hará falta decir que estos conceptos suscitan indefinidamente comentarios?

Hacen compañía al Panida en el recorrido las damas y damitas más bellas de la localidad. Va emocionado y contento, alborozado, al extremo que al detenerse el convoy en la estación de Catarina, primer pueblo del Sur, envió un mensaje al "Diario de Granada"; así:

Voy con un bouquet de damas en un vagón de flores.

Aprovecho la primera coyuntura para fijar que el periodista masayés Gustavo Alemán Bolaños en su libro *A ojos vistas* refiere que las únicas palabras intercambiadas en su vida con Rubén Darío, tuvieron lugar en esa excursión y fueron de estas guías:

RUBÉN. —¿Es Ud. periodista?

Gustavo. —Sí, Señor.

RUBÉN. —¿Tomó notas de las damas que van en el vagón de honor?

Gustavo. —Desde luego, Señor.

(Coincidencia apuntada por el que esto escribe: "Bouquet de damas", informa el poeta en su mensaje: lista de damas, interroga el poeta al periodista. He aquí, de paso, una característica dominante en Darío: su inquietismo feminófilo.)

La lista parcial de damas que asistieron es la siguiente:

Sra. María A. de Bermúdez (Sra. esposa de don Alejandro Bermúdez, iniciador principal de los homenajes).

Sra. María J. de Bermúdez (Sra. esposa de don Emilio Bermúdez).

Sra. Angélica de Jacoby (Sra. esposa de don Enrique Jacoby).

Sra. Concepción de Medal (Sra. esposa de don J. Antonio Medal).

Sra. Juana de Morales (Sra. esposa de don Carmen Morales).

Sra. María E. de Núñez (Sra. esposa de don Sebastián Núñez).

Sra. Elena C. de Rosales (Sra. esposa de don Claudio Rosales).

Sra. Sidomira de Rosales (Sra. esposa del Dr. Carlos Rosales).

Srita. Carmita Velásquez A. (Casó más tarde con C. Alfredo Sánchez) (De Granada).

Srita. Josefina Vivas G.

Srita. Delfina Rosales.

Srita. Luz Rosales.

Srita. Mercedes Rosales.

Margarita Núñez.

Srita. Chepita Noguera.

Srita. Juana Montenegro.

Sra. Bertilda Caldera.

Srita. Ana Alegría y

Paulina Vega Fornos.

Y, a otra cosa:

El itinerario no podía ser más pintoresco: de Masaya a Catarina a Niquinohomo; de Niquinohomo a Masatepe; de Masatepe a San Marcos; de San Marcos a Jinotepe aquí se agregó a la comitiva la Srita. Helenita Ortiz, y los agasaja con un paseo en carruaje por las calles de la ciudad y un refresco en la estación el Jefe Político, señor Nery Fernández. El tren continúa, siempre ascendiendo su última etapa: de Jinotepe a Diriamba, donde se sumaron al homenaje damas y caballeros de los más distinguidos.

No omito en esta crónica el concepto que a Rubén le mereció la gira y lo demás al enviar telegráficamente el mensaje que sigue:

Masatepe, 7 de diciembre

Director de *El Comercio*.

Maniféstole gustoso que la gira es encantadora. El paisaje prodigioso, el ferrocarril una obra digna de toda admiración y aplauso, y la cordialidad de Masaya, de las que quedarán hondamente grabadas en mi recuerdo.

Su efectísimo,

RUBÉN DARÍO

Incontinenti emprendieron el viaje, pero en sentido inverso: de Diriamba a Jinotepe; de Jinotepe a San Marcos; de San Marcos a Masatepe; de Masatepe a Niquinohomo; de Niquinohomo a Catarina... y después:

Un pitazo,
un frenazo,
un chirrido.

El tren se detiene en medio del campo. Marca el reloj 3:00 pm. Bajan...

Caminan unas cincuenta varas, salen al encuentro de los viajeros, a ambos lados, y en fila india, tallos de plátanos. De trecho en trecho palmas haciendo arco y arriba flores y banderolas de colores. En el fondo una casa con techo de teja rojas y ventanas forradas, estilo antiguo, paredes blanqueadas con cal. Flanqueando la casa se haya a la derecha un jardín cuajado de rosedades, pero sin orden ninguno. Ya estaba en Saratoga, propiedad rural del ingeniero Julio Wiest, donde tuvo verificativo, bajo una enramada de palmas en forma de "Herradura" un rumboso y jugoso almuerzo seguido de un festival de arte al Portalira. El orden en que se sentaron a la mesa fue: en medio Rubén Darío, a su izquierda don Alejandro Bermúdez, y a la derecha don Gustavo Abaunza, que era el jefe político.

PROGRAMA

- 1- Himno Nacional de Nicaragua.
- 2- Parranda india... Vega Matus.
- 3- Discurso del ingeniero Alejandro Bermúdez N., a nombre de la "Comisión de festejos".

Llega la hora del ofrecimiento y le es señalado este gran honor al ingeniero Alejandro Bermúdez, notable tribuno y uno de los más destacados hijos de Masaya.

Texto de la pieza:

Señoritas, señores:

Ofrezco a Rubén Darío esta fiesta genial y entusiasta en nombre de la sociedad culta de Masaya.

Es un gran regocijo para mi alma reverenciar, señores, a los nobles artistas del pensamiento y de la luz; levantar hacia ellos mi pobre espíritu, sediento de verdad, de pureza y de armonía, para rendirles un sincero tributo de amor y de respeto por la obra que realizaron en bien de la humanidad, levantando a los hombres de la mediocridad ambiente y haciéndoles sentir el influjo de una vida superior, allá en la región azul, donde es manifiesta toda potencialidad creadora, donde circulan los fluidos que animan los seres y las cosas; donde tienen sus altares la Razón, sus fraguas el Genio y sus palacios encantados la Belleza.

Siempre que leo un libro o escucho música divina de una estrofa, se agita mi ser y mi espíritu deposita la flor del entusiasmo a los pies del pensador o del poeta.

Hoy viene mi corazón a derramar los raudales del sentimiento y del cariño alrededor de la figura olímpica de Rubén Darío; a saludar con el perfume de las flores de Masaya al cantor inimitable de las cosas altas de la vida; al bello cisne misterioso que se ha mantenido desde su nido flotando como un lirio de los trópicos sobre las puras linfas de la fuente de Castalia.

Queremos agregar las notas de nuestra vibrante admiración a los himnos de música triunfal con que saluda el mundo entero al pujante innovador de la lírica castellana.

¿Y por qué para Rubén Darío tantas ovaciones? Han dicho algunos. ¡Ah!, esos pobres proscritos del mundo del Arte, parásitos del jardín del sentimiento; esos mutilados del espíritu no conocen de la vida, sino el aspecto vulgar y terrenal, y por eso extrañan que se rinda tributo de admiración y simpatía a quienes no tienen más mérito que pertenecer a la regia estirpe de los pensadores y llevar sobre sus hombros una excelsa lira de poeta.

¿Y qué es el poeta?

El poeta es artista, es paladín, es genio y semidiós...

¡El poeta es artista porque lleva siempre su alma enferma de la enfermedad celestial de la belleza; porque pinta paisaje y desparrama armonía; porque canta como un mirlo a la claridad del día que amanece y llora como una tórtola cautiva en la tristeza gris de la tarde que agoniza...!

¡El poeta es paladín porque sostiene como un caballero del ideal las grandes batallas del espíritu; porque lanza sus pensamientos como proyectiles de luz sobre los hombres y las cosas para iluminarlas y embellecerlas; porque canta y defiende la santa libertad, y arroja, contra los que la amenazan, tremendos anatemas, apóstrofes sangrientos y gritos de indignación que hacen temblar de ira a las muchedumbres y palidecer de miedo a los tiranos!

¡El poeta es profeta porque se adelanta al tiempo y dice las grandes cosas venideras; porque anuncia los peligros y las tempestades, las revoluciones cosmogónicas, los cataclismos sociales, las calamidades que se acercan a los pueblos y también la aparición de los Cristos libertadores destinados a poner con el pensamiento un equilibrio razonable entre los hombres y los mundos...!

¡El poeta es genio porque crea; porque saca de la nada nuevas obras, del abismo y del éter, nuevas atracciones y nuevas notas del raudal del sentimiento; porque dice las cosas hondas y eternas con acento maravilloso y solemne; porque habla con la voz de los océanos, canta con la música, no escribe de los bosques y de las selvas; ruge con la fiereza espantable del volcán, se queja con lamentos de ciclón y derrama por el mundo sus estrofas, cual si fuera Niágara o Tequendama de armonía...!

¡El poeta es semidiós porque diviniza las cosas de la tierra; porque reina sobre las almas y las mantiene bajo el influjo perenne del amor; porque señala los altos destinos y predica las celestes purificaciones; porque pone sobre toda deformidad, un reflejo de belleza, sobre toda amargura una gota de ambrosía, sobre todo dolor una sonrisa de esperanza y sobre todas las miserias de la vida un albo velo de ensueño e ilusión...!

¡Para Rubén Darío, gran poeta, es decir, artista, paladín, profeta, genio y semidiós del pensamiento humano, van nuestras notas vibrantes de admiración y entusiasmo...! ¡Para él, un Sol que ya no es sólo nuestro porque le pertenece a todo el orbe, las nobles almas soñadoras sobre su corola que dejan escapar los perfumes del amor y el sentimiento, como una ofrenda para el astro de quien reciben torrentes de luz fecundadora...!

(Aplausos prolongados y comentarios favorables, unánimes).

Otro de los números del programa fue la entrega, hecha por la Srita. Helena Ortiz, hija del brillante periodista don Pedro Ortiz, quien fue compañero de letras y amigo fraternal de Rubén, de un álbum; forro de cuero de Rusia, por fuera, con tela finísima de pana roja, por dentro, y con las dimensiones 12 por 8 pulgadas; el estilo del álbum es "piel roja", y la dedicatoria reza así:

"A RUBÉN DARÍO, PANIDA EXCELSO, como un pequeño homenaje de Masaya al grande enaltecedor de la Patria".

Este admirable álbum, especie de joya de afección íntima, agradó profundamente a Darío y fue objeto de exquisitos y variados comentarios por parte de aquella selecta concurrencia, advirtiéndose que todo el trabajo de tan precioso álbum, fue elaborado con gusto artístico extraordinario por las hábiles manos de don Frutos Alegría, quien había aprendido esta clase de labores, por el año de 1904, en una famosa universidad técnica norteamericana.

Ya escritos los reglones precedentes me llega la noticia de que el álbum lleva las firmas de todas las damas y damitas que concurrieron al festival, así como que el poeta se dirigió a colocarlo sobre una mesa que por allí estaba, y tomando un puñado de rosas que había en un búcaro, las repartió entre las señoras y señoritas, sugiriéndoles que adornaran sus cabellos y corpiños, y reservándose la última para ponérsela él propio a su ojal, explicando:

Yo también. Hoy es para todos un verdadero día muy florido.

Irrupción extra-carnet de Alberto Ortiz. Durante el desarrollo del programa hubo una especie de inquietud, cuando el adolescente Alberto Ortiz, acompañado del otro adolescente Manuel Rosales, que se habían colado entre la apretada concurrencia, se abrieron paso hasta colocarse frente a Darío, y Ortiz recitó entonces un acróstico.

Rubén lo oyó complacido y al concluir le expresó lo siguiente:

"En mi primera edad, las gentes, al conocer mis producciones, me llamaron Poeta-Niño, permite tú ahora, niño y poeta en ciería a la vez, que yo te ponga en la sienese ese mismo cognomento".

Lo que siguió es presumible: la concurrencia acoge estas palabras con aplausos y vítores prolongados. Traspasentábase satisfacción del Poeta en tan inucitada ovación. Su índole, apacible y pensativa, se tornó entonces sonriente, y su aspecto presentose expansivo y aún locuaz. Comentó él en ese momento la serie de sorpresas que ha ido recibiendo cuando, invadiendo la Orquesta el ambiente con sus notas armoniosas, Rubén Darío fijó profundamente su atención en "ESTRIBOS PERDIDOS", una de las composiciones más bellas de ALEJANDRO VEGA MATUS, quien estaba dirigiendo su prestigiada orquesta. El poeta, en esos instantes, hubiérase dicho una antena captando toda la producción. Y no sólo admirándola, sino cual queriendo poseedor como era de sutilísimos dones musicales, anotar alguna falla en la que iba siendo ejecutado. Al bajar la batuta, finalizó la polca, el Panida fue el primero en extender su diestra, en efusivo apretón, al director Alejandro Vega Matus, al mismo tiempo que le expresaba la exquisita emoción que había experimentado al oírla.

Entre sorbo y sorbo de *chianti*, Darío, Bermúdez y Vega Matus conversan de música. Los otros habían formado un corro en torno de ellos y los escuchaban con atención. A poco de esto, se oye una especie de runrún en la concurrencia que Rubén tomó al vuelo, interpretándolo en el sentido de que deseaban oírlo hablar.

Transcurren unos instantes con longitud expectante de minutos que se alargan. Indudablemente el poeta está meditando; pareciera que los antiguos recuerdos revolotean en su mente rememoradora.

Amoríos, copas de aguardiente, paseos, casi siempre a pie, al cercano pueblecito de Nindirí, estrepitosas serenatas en noches recargadas de luna, estrepitosas serenatas que ponían un tinte de contento en el ambiente callado de la ciudad dormida. Pareciera... Además, las fuertes impresiones del día:

La alegre enramada en la forma cabalística de una herradura, el vibrante discurso de don Alejandro, la linda sorpresa del álbum, la irrupción extra-carnet de Alberto Ortiz, el encanto y deleite de "estribos perdidos", los paisajes poéticos, el *bouquet* de damas, el vagón de flores, todo, todo aglomera en tropel en su mente, y hace saltar la chispa. Después, ha de solicitar a Helena Ortiz carnet y escribe despacio, pausadamente, con trazos seguros, sin tachones ni enmiendas, algo inimaginado por aquella selecta concurrencia.

El título en letras más grande y subrayado, y de guiones estirados separando las estrofas.

Debajo, la data correspondiente, más debajo, y un tanto hacia la derecha, la firma. Acto seguido se pone de pie, carraspea un poquito y lee:

A MASAYA

Por doquiera donde vaya
el recuerdo irá conmigo
del corazón de Masaya,
tan hidalgo y tan amigo.

Son retorno y despedida
juntos en este momento
mas de Masaya florida
el nombre en mi pensamiento
irá por toda mi vida.

¡A esta región hechicera
no quiero decir adiós!...
que la vea antes que muera,
que esté siempre en primavera
y que la bendiga Dios!

Al concluir la lectura hubo salvas de aplausos frenéticos y aclamaciones de entusiasmo que cesaban un instante para volver a sonar otra vez con más fuerza. Apretones de manos. Abrazos de los más íntimos. Y, en medio de tal júbilo, los símbolos y el bombo y el triángulo y los metales y maderas de ambas orquestas llenando el ambiente de bellos embolismos musicales.

(Las lomas cercanas y reverdecidas repitieron alegremente aquellos embolismos.)

Rubén Darío rememora antigua fraternidad.

Sintetizando: euforia en grado sumo por la hermosa poesía de Rubén. Entretanto, el poeta sonreía amablemente y se dirige a Helena Ortiz y entregándole el carnet —al que de previo le había puesto de abajo arriba y lateralmente y a la izquierda: para Helena Ortiz—, y a la vez que le puso una mano en el hombro, le murmuró emocionado: en memoria de Pedro.

(Seré indiscreto: al oír aquello, Helenita le echó los brazos y le estampó una pareja de besos en la cara. Rubén reflejó un rastro de sorpresa y alegría, exclamando, tan quedo que apenas los más próximos le oyeron: ¡Oh la juventud! Estallaron de nuevo los aplausos).

Escenas como esa, como aquella inadjetivable, traspasa los límites de toda ponderación.

Masaya al nivel de Roma, Montevideo y Nueva York. De esta suerte, Masaya viene a ser la primera y la última, es decir, pudiéramos gritarlo con orgullo, la única ciudad de Nicaragua cantada en poesía especialísima por el inmenso Aedo. Antes de ellos había cantado solamente a Roma, y eso es forma bipoética, y luego en orden cronológico, a Montevideo y Nueva York.

Por la tardecita, la Banda de los Altos Poderes dirigida por Indelacio Hernández, ejecuta, entre otras obras musicales, *Margarita* de Gounod y *Polonesa* de Chopin.

A los postres, Pío V y tacitas de china con humeante café negro, en esencia. Azúcar, a voluntad. A voluntad de los 140 comensales que se sentaron a la mesa.

RETORNO. Llenos y contentos —como en el adagio— retorna a la Ciudad de las Flores, a las 8 p.m., poco menos o poco más.

Rubén Darío continúa en el expreso su viaje a Managua. Por consiguiente, apretones de manos. Abrazos de los más íntimos. Muchos adioses y sonrisas muchas. Trepas ya los peldaños de la plataforma y permanece allí, de pie, un ratito, alto, vigoroso, elegante; de una elegancia atildada, parisina.

Alguien observa: aquel día, 7 de diciembre de 1907, la indumentaria que llevaba era así: sombrero de pita, copa alta, saco, chaleco y pantalón plumizo claro, calzado amarillento, (que esa misma mañana le había dado lustre Elías Sandoval) camisa blanca, corbata verde olivo aprisionada por un pequeño prendedor de oro. Y nada más.

El fogonero y el mazo de engrase han hecho su tarea. Silba la locomotora de "Emilio Benard", según me informa Miguel Ocampo. El tren empieza a rodar lentamente. Pronto se hunde con los que lleva a bordo, en la noche anubarrada y en la distancia.

La ciudad anfitriona, por su parte, se apresta a dormir sobre sus flores:

Adelfas, lirios, violetas... pero nunca, jamás, sobre sus laureles y tradiciones. De arriba viene, redondeado por la misma voz, el grito aquel:

¿QUIÉN CAUSA TANTA ALEGRÍA?

LA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

Era, insisto, el 7 de diciembre, esto es, el día de la Virgen Purísima.

Nota: fue imposible encontrar entre los papeles de Alberto Ortiz (q.e.p.d.), copia del acróstico que le recitó a Darío. Su hermana Helenita Ortiz de Flores tan sólo recuerda las dos líneas insertas ya que dan la medida de lo delicado y feliz de la composición.

Masaya, diciembre de 1983.

VII

El sitio de Masaya de 1912



General Benjamín Zeledón.

EL SITIO DE MASAYA DE 1912

Por el doctor Ricardo Alduvín Lozano

EL SITIO DE MASAYA

Aquel grito me hizo saltar, no de mi cama, porque estaba durmiendo en el suelo, sino del petate, para ir al socorro de aquel heroico mártir de la libertad y me encontré con que él iba marchando por su propio pie hacia su cama.

Violentamente le desgarré los pantalones para descubrir lo que creía herida como a mitad del fémur y por poco estallo en una tremenda carcajada al descubrir que lo que tenía el héroe, que era sobrino de una elocuente oradora, era una erosión de la epidermis, pues ni siquiera la dermis estaba interesada.

La santidad del lugar y el respeto que me merecían los que sí yo había clasificado como héroes, me hicieron dominar mis impulsos de reír a mandíbula batiente de la burla de que había sido víctima y me fui a dormir de nuevo prometiéndome que no me volvería a dejar sorprender.

La avalancha de heridos procedentes de Managua se hacía cada vez más aplastante. No cabía un solo enfermo más en las salas; estaban ocupadas todas las piezas habitables y los corredores estaban llenos de heridos de toda clase. Penetrantes de vientre, de tórax; heridas complicadas de los miembros y una penetrante de cráneo.

En aquella situación tan desesperada tuve un enorme consuelo en el sector civil de la población, sobre todo del sexo femenino. En la calle del hospital se veía constantemente una verdadera caravana de señoras y señoritas que se dirigían al Hospital a prestar a los heridos todas sus atenciones y consuelos.

Yo nunca había estado en un hospital militar en tiempo de guerra e ignoraba toda la dulzura de que puede disponer una mujer cuando pone al servicio de sus débiles fuerzas los mejores sentimientos del corazón. Por supuesto que en la noble y abnegada conducta de las mujeres de Masaya intervenía también el fervor político. Eran los soldados del liberalismo los que estaban luchando, cayendo y muriendo en el campo de batalla. Había que estar a la altura de ellos y ¡vaya si las mujeres supieron estarlo!

Otro sentimiento que contribuyó a mitigar la penosa situación en que me encontraba fue mi sentimiento de admiración por el valor admirable de los soldados nicaragüenses. Primero admiré su estoicismo ante el dolor y su serenidad ante el peligro; después fue mi sorpresa ante el valor exagerado, casi loco, con que se conducían frente al enemigo.

Un día tuve que atender a un herido de músculo del toides; cuando lo quise ver de nuevo para saber cómo seguía, me dijo un ayudante: "ya se fue para la línea de fuego". Media hora después

estaba en la sala de operaciones con una herida en la cadera. Un coronel fue sorprendido en las filas enemigas con una doble divisa, liberal por un lado, conservadora por el otro; y un buen amigo mío fue hallado escondido en una casa conservadora antes de que comenzara el ataque general de la plaza.

A los leales no nos quedaba más remedio que esperar estoicamente el ataque enemigo que se anunciaba todos los días. Efectivamente, hubo muchos ataques parciales que lo único que hacían era mantenernos en constante alarma y prevenirnos para cuando viniera el ataque general.

En esas estábamos, cuando se supo que el comando norteamericano había enviado un ultimátum al general Zeledón. Muchos fueron a preguntárselo, pero él negó la especie. No fue sino cuando lo consideré prudente, que convocó a los vecinos para comunicarnos, que los norteamericanos pedían en forma insolente que se dejara pasar un tren con tropas norteamericanas que se dirigían a Granada, para defender las propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos.

A mí me cayó muy mal la consulta del general Zeledón. Un jefe militar que tiene a su cargo la defensa de una plaza no tiene por qué consultar a los civiles qué debe hacer en materia estratégica. Lo del tren de los Estados Unidos significaba que le abríamos un flanco al enemigo que podría atacarnos también por el Suroeste en cuanto cayera la plaza de Jinotepe, que ya estaba siendo sitiada, y por el Norte porque los norteamericanos en cualquier momento se adueñarían de Tipitapa y estaríamos amenazados por los cuatro puntos cardinales.

MI CONTESTACIÓN

Como era natural, todos los civiles opinaron porque se dejara pasar el tren militar norteamericano. Mi opinión fue rotundamente opuesta, pero como era de esperarse, fui vencido. El general Zeledón nos despidió diciéndonos que meditaría nuestra resolución y que procedería en consecuencia. Yo salí de la Junta completamente desalentado. Ya no vi en Zeledón la decisión heroica de los primeros días que le había observado en San Salvador.

A pesar de eso, algunas manifestaciones que hacía eran las de un verdadero valiente. En cuanto sonaba el clarín de alarma que indicaba que algún retén estaba siendo atacado o amenazado, montaba violentamente en una yegua muy bella que había sido propiedad de un turco llamado Amín-Amón, y salía hacia el punto de peligro, sin esperar muchas veces que lo acompañara siquiera un ayudante. Viendo esto una vez, le propuse que me dejara permanecer en su Cuartel General, para salir junto con él cuando saliera para el combate y poder, en un momento dado, ponerle un vendaje comprensivo e impedir que muriera de una hemorragia. Zeledón con mucha sangre fría me contestó: "Es inútil toda precaución. Yo he de morir en esta campaña y preferiría morir en plena batalla y no en una emboscada o por la bala de un asesino".

Los ataques se repetían cada vez con más frecuencia, ya en uno o en otro de los puntos defendidos, hasta que se supo que Jinotepe había sido tomada por los conservadores. Los rumores circularon con una rapidez pasmosa y pronto la ciudad estaba tremendamente abatida. Ese mismo día se supo que el general Zeledón había mandado a apalear a un soldado de los que habían defendido Jinotepe y que había traído la noticia de su rendición. Ese rumor me causó un profundo dolor. Desde el año de 1893, es decir, veinte años antes, en que presencié un apaleamiento, le había tomado pavor a ese modo bárbaro de castigar o de arrancar declaraciones, y al ver que eran mis mismos correligionarios los que lo aplicaban sentí verdadera vergüenza.

Los rigores del sitio aumentaban cada día. Los dos ejércitos atacantes, el conservador y el norteamericano, se acercaban oprimiéndonos como una boa constrictor, rudamente pero sin precipitación, como seguros de su triunfo inevitable. Comenzaron las defecciones de pobres gentes abrumadas por el hambre, por el desconsuelo, por la enfermedad y por el temor a una muerte segura, pues los jefes hicieron circular la especie de que los conservadores no dejarían hombre vivo y que condenarían la ciudad a un saqueo brutal.

Yo comía de lo que por milagro encontraba, pero sentía una piedad terrible por mis heridos que, convalecientes apenas por sus heridas, llevaban en el hospital una existencia miserable. Un día fui al llamado del gran patriota Federico J. Lacayo, quien me dijo por teléfono que tenía para mí un magnífico obsequio. Inmediatamente imaginé que se trataría de un succulento *beefsteak* y marché presuroso a La Estación, en donde él se alojaba. Me dio un abrazo muy cordialmente, pues hacía muchos días no nos veíamos y me dijo festivamente:

- No te imaginas lo que te tengo.
- ¿Por lo menos un hermoso *beefsteak*? —le dije.
- Algo mejor.
- ¿Un buen plato de mondongo?
- Mucho mejor hermano.

Nunca había experimentado tan intensamente eso que llaman “hacerle agua la boca” como entonces. Pensé en Chontales y en un buen trozo de carne asada. Así lo dije al cruel amigo, quien me replicó.

Careces de imaginación. Ven conmigo.

Entramos a uno de los cuartos de La Estación, Federico traspasó una cortina y con una botella de *cognac* Martell en la mano, cuatro letras que entonces era la bebida preferida, que el *whisky* que priva hoy no se generalizó, sino hasta que los soldados norteamericanos se adueñaron del país y de sus costumbres.

Aquel *cognac* me hizo soñar en un admirable almuerzo y así lo dije a Lacayo. Éste contestó riendo:

- Tomemos el *cognac* y ya después veremos.
- Apuré el exquisito licor con fruición y le dije:
- Nunca en mi vida habré almorzado con el apetito y la ilusión de hoy.
- No te hagas ilusiones hermano, yo nada tengo de comer. Mi obsequio es ese *cognac* que está delicioso y hace mucho tiempo que no lo tomamos.
- ¡Pero bárbaro! ¿Cómo me das un aperitivo cuando sabes que no tenemos qué comer?
- Nos tomaremos otro trago y con eso se nos quitará el hambre.

Y así fue. Perdida la esperanza de la comida soñada, el estómago se resignó y me despedí no sé si renegando o bendiciendo aquella amistad.

Tomé camino del centro, por la Plaza de San Jerónimo y al pasar frente a la iglesia unas palmadas me hicieron volver la cabeza.

—¡Doctor, doctor! —gritaba una señora con alegría y a la vez con desesperación. Venga que Augusto se me muere.

Me fui hacia la amiga, quien en palabras entrecortadas por la ansiedad me dijo:

—Pase a verme a Augusto. Está gravísimo.

Entré. Vi al enfermo y al haberme convencido de que mi amigo no estaba muy grave le dije a la esposa:

—Señora, yo no puedo ocuparme de su enfermo porque me estoy muriendo de hambre. Si me da algo de comer ya veremos lo que se puede hacer.

—Sí, doctor, con todo gusto —me dijo la angustiada señora.

Yéndose a la cocina comenzó a dar señales de estar preparando una magnífica comida o mejor dicho, un opíparo almuerzo. Efectivamente, media hora después me llamaba para que me sentara frente a una mesa hecha de Lúculo o Sardanápalo. No recuerdo haber comido nunca tan sabroso y tan abundantemente como en esa ocasión. Huevos, carne, frijoles, verdura, postre, café caracolillo, en fin, el delirio.

Ya confortado mi estómago procedí a hacer un examen detenido a mi enfermo, quien tenía lo mismo que un mes antes, una hemorragia muy fuerte. Como viera el caso grave, me quedé en casa del enfermo y mandé a decir al hospital que si había necesidad se me llamara a casa de él.

Esa noche la pasé agitadamente, pues la hemorragia se repetía constantemente. Por dicha al siguiente día el estado del paciente había mejorado un poco y pude ir a visitar a mis enfermos del hospital.

Al regresar comenzó el bombardeo de la ciudad. Iba a la mitad de la Plaza Julio César, cuando me detuvieron en la calle para ir a visitar a doña Natalia Amador de Corrales, conservadora, quien había caído víctima de una bala de cañón disparada por sus correligionarios.

Hallé a la herida tirada en el suelo, pues sus parientes no habían querido levantarla por temor, muy justificado por cierto, de empeorarla al querer moverla, puesto que tenía el fémur hecho pedazos al nivel del tercio inferior. Felizmente mi consultorio quedaba cerca y mandé por material de curación. Arreglé a la enferma y salí con el corazón adolorido. Comencé a recordar todos los bombardeos famosos, especialmente los de Constantinopla, en donde dice la historia que se dispararon los primeros cañonazos, y el de París, que fue el más feroz del siglo XIX. Ocho años antes había sido el tremendo ataque del Puerto Arturo sitiado por el Mariscal Oyama.

Mucho se ha legislado desde entonces sobre los bombardeos y la protección de la población civil, pero todas las leyes serán inútiles mientras el hombre no deje de ser el lobo del hombre.

Tras aquella pobre mujer cayeron dos niñas más, Berta y Mercedes Solís y dos niños Mora, de padres conservadores, uno de los cuales murió, quedando la niña con una horrible herida que le destrozó la mandíbula inferior.

Diariamente tenía yo que recorrer toda la ciudad para visitar a mis enfermos del hospital, a las familias Solís y Mora. Frecuentemente me vi en peligro de ser destrozado por alguna bomba que estallara en la calle.

El sitio de la ciudad me tenía reservados nuevos sufrimientos morales. Un día me mandó a llamar Zeledón, quien me dijo colérico:

- Estos cachurecos bandidos tienen proyectado atacar el hospital para entrar por allí a la plaza. Necesito que me defiendas esa posición.
- ¿Cuántos soldados me vas a dar? —le dije con toda naturalidad.
- No tengo ni un soldado qué darte. Tienes que defenderte con tus heridos.

Profundamente extrañado le dije:

- ¿Cómo quieres que defienda una posición con unos pobres heridos, muertos de hambre y desmoralizados?
- Si tienes miedo, ¡dímelo con franqueza! —me dijo colérico.

Ofendido por tan injusto reproche, le respondí irritado —no tienes derecho a hablarme así, ya que siendo tan sólo médico no he evitado ningún peligro. Pero sí, debes tener en cuenta que es casi imposible defender una posición sin soldados. Por otra parte, debes saber que yo estoy asistiendo a cinco heridos de la población civil víctimas de los bombardeos.

- Tú sólo serás responsable de los ataques que se realicen mientras estés en el hospital —me dijo secamente.

Me retiré protestando una vez más las brutalidades de la guerra y resuelto a que aquella fuera la última en la que me viera envuelto. Me fui inmediatamente al hospital para poner en pie de guerra a mis enfermos. Logré que cavaran unos pequeños agujeros para guardarlos a la hora del ataque y fui a darle una vuelta a mi campo de batalla.

Al pasar frente a la puerta principal del establecimiento comencé a notar que caían sobre nosotros unas cuantas balas. Hice ver esto a mis compañeros, quienes me aseguraron que las balas venían de una casita situada a poca distancia del hospital. Sin detenerme a pensar en la verosimilitud de aquella opinión, me fui sobre la casa señalada como punto de partida de los disparos, la cual estaba cerrada a piedra y lodo. Di orden a los que allí estaban encerrados de que abrieran las puertas, lo que hicieron al momento. Allí estaban encerrados el cura Francisco con muchas señoras y señoritas de la mejor sociedad de Masaya, sin defensa alguna, pues las paredes de la casa eran de tablas, fácilmente perforables por consecuencia de las balas de fusil que venían del campo conservador. Todas las personas que allí estaban eran enemigas potenciales nuestras, pero como se trataba simplemente de civiles, les supliqué me acompañaran al hospital, cuyas paredes gruesas eran una defensa adecuada para ellos. Se resistieron al principio, pero ante mi insistencia no les quedó más que obedecer la que fue súplica, pero que se había convertido en una orden terminante...

Mi actitud humanitaria me valió una de las calumnias más estúpidas que se me ha levantado. Incapaces los que allí estaban de creer en un gesto generoso de mi parte, dijeron que yo los había sacado de su refugio para que fueran muertos por las balas que les dispararían antes de llegar al hospital. Felizmente todos llegamos sanos y salvos.

Inopinadamente fui llamado un día por Zeledón, quien con tono misterioso me dijo:

- Quiero que reservadamente te enteres de este documento y me prepares una contestación digna y enérgica.

Leí el documento. Era el más humillante, el más injurioso ultimátum que se le pudo dirigir al más triste general o al que tuviera la menor idea de la dignidad militar, de dignidad ciudadana, de la dignidad

humana. Allí se conminaba al general Zeledón para que sin falta ni pretexto alguno desocupara el día cuatro de octubre, a las seis de la mañana, todas las posiciones del centro y los alrededores de la ciudad. De no acatar aquella orden, la ciudad sería bombardeada, arrojándose la responsabilidad de las muertes y demás desgracias habidas, al general Zeledón y a sus tropas.

Hirviéndome la sangre me dirigí al hospital para redactar allí, en la santidad de aquel refugio, lo que quise fuera la respuesta de un hombre herido en lo más íntimo de su ser.

(BUTLER O PEMBLETON)

Escribí con toda la violencia de mi espíritu una protesta razonada pero agresiva. Siempre que he tenido que chocar contra las injusticias de los Estados Unidos lo he hecho obedeciendo a dos sentimientos casi opuestos: uno de profunda admiración por el país más poderoso y civilizado de la tierra, que ha escrito páginas luminosas en su propia historia y en la historia de la humanidad; al país que ha hecho más conquistas para el bienestar humano con su buque de vapor, su telégrafo, su teléfono, su fotógrafo, su luz eléctrica, su avión, su automóvil, su cinematógrafo, en fin, con todas sus conquistas que ningún país ha superado y que le han echado encima la envidia y el odio de los potentes; el país que más intensamente practica la caridad bien entendida, la protección de los débiles, la de la infancia, la de la ancianidad, en resumen, la de todos los débiles.

Pero al mismo tiempo que este noble sentimiento, aparece mi rencor por todas las injusticias, las hipocresías, las crueldades por ellos realizadas y que son una verdadera mancha en su historia gloriosa.

Es imposible que un hombre justo olvide la vergüenza de la mutilación de México, que le costó a este infortunado país más de la mitad de su territorio. Es imposible perdonar la traición de Panamá que le arrebató a Colombia un trozo preciosísimo de su territorio. Es imposible pasar por alto las múltiples ocupaciones de Cuba, de Santo Domingo, de Haití y de Nicaragua, y por mucho que esa responsabilidad pueda recaer sobre los traidores de esos países, eso no justifica nunca todos los atropellos cometidos por una gran nación en perjuicio de nacioncitas débiles, pobres, ignorantes, atrasadas.

Todas estas ideas se vinieron a mi mente al estar redactando la protesta no sé si contra un Pembleton o un Butler, que fue quien dirigió el ofensivo ultimátum.

Redacté la respuesta de Nicaragua improvisadamente, como por desgracia he escrito casi todo en mi vida. Casi nada puedo recordar de lo que escribí. Sólo sé que le gustó mucho a Zeledón, quien ordenó inmediatamente que fuera enviada la protesta a la afrenta.

A todo esto ya la oficina de Zeledón había sido bien localizada por la artillería enemiga y comenzaban a caer sobre ella varias bombas, lo que determinó al General a cambiar de local y pasarse a la Iglesia.

En ella estaba ya cuando se anunció algo sensacional. El doctor Jerónimo Ramírez Brown tenía permiso para entrar a la plaza a hablar con Zeledón. A la hora y el día señalados apareció por la Calle San Jerónimo un hombre encapuchado, mejor dicho vendado, custodiado por dos oficiales. Se dirigió a la Iglesia y fue introducido al despacho del general Zeledón. Hablaron cerca de media hora, al cabo del cual salieron. Al despedir Zeledón a su suegro le entregó un pliego diciéndole al doctor Ramírez: "Doctor, allí tiene usted mi testamento. DÍGALE USTED A SU HIJA QUE PUEDE CONSIDERARSE VIUDA". Aquellas palabras me parecieron y me siguen pareciendo las palabras de un héroe que marcha estoicamente a la muerte.

Con el regreso del doctor Ramírez se fueron mis últimas esperanzas, porque la intervención norteamericana descarada inclinó definitivamente la balanza a favor de los conservadores. La mediación patriótica de las repúblicas de Centroamérica no hizo esperar que pudiera hallarse una solución conciliadora que sin darle el triunfo radical a la Revolución, por lo menos atenuara la derrota de ella. Nosotros nada supimos del resultado de esa mediación, a no ser que los diplomáticos de los países hermanos ya se habrían retirado a sus respectivos países.

Por segunda vez en la historia de Nicaragua una mediación amistosa como la del padre Alcaine fracasaba por la intransigencia del conservatismo. Pero la intransigencia de 1854 tenía la disculpa de que el gobierno de Fruto Chamorro era legítimo, en tanto que el de Adolfo Díaz fue el fruto de una intervención extranjera descarada, no habiendo tenido sanción alguna legal.

Había pues que someterse ante el destino inexorable que en este caso estaba presentado por la fuerza de los cañones norteamericanos. Las horas transcurrían lentas, amenazadoras. El ambiente que se respiraba en la ciudad era de la tragedia y las visitas de Zeledón se hacían cada día más raras. Fuera de que él era un caudillo vencido, el bombardeo de la ciudad asustaba a los más medrosos que no se atrevían a lanzarse a la vía pública.

Un falso motivo de alarma sembró el pavor en la ciudad. Se vio que algunos soldados estaban haciendo excavaciones en la ciudad y, según las autoridades militares, eso se debía a que se estaban haciendo excavaciones para sembrar minas y volar a los atacantes cuando quisieran adueñarse de la población. Yo no creí en aquella especie, pues se hubiera necesitado una instalación enorme de esas máquinas de guerra, de las cuales carecíamos.

Por fin llegó el día fatal marcado por los norteamericanos para apoderarse de la población. Yo consideré mi deber ir a despedirme del general Zeledón, quien a mi juicio estaba más cerca de la tumba que de la vida y me fui a pasar con él las últimas horas de la noche del 3.

Cuatro o cinco personas estuvimos con él, hablando desanimadamente. El único que pareció si no optimista, por lo menos sereno, fue Zeledón. Hablamos largamente y él, dando por segura su derrota, nos dijo en un momento de humorismo: "como a los desterrados, ya sólo nos queda el folleto".

—¿Qué quieres decir, le pregunté, con eso del folleto?

—Que al llegar al destierro, tenemos que explicar la causa de nuestra derrota.

—¿Y qué, le pregunté nuevamente, ya no hay ninguna otra carta qué jugar?

—Sí, me dijo, y la voy a jugar, pero con muy pocas esperanzas. Yo me iré sobre Jinotepe, levantaré el sitio y volveré sobre Masaya que ya a esas horas estará tomada por los chamorristas que, entregados al saqueo y la borrachera, se dejarán derrotar fácilmente.

El plan me pareció demasiado sencillo y por lo mismo inverosímil, pero no quise hacer ningún comentario. Me despedí de Zeledón y me fui a darle quizá la última palmada en el hombro.

estaba en la sala de operaciones con una herida en la cadera. Un coronel fue sorprendido en las filas enemigas con una doble divisa, liberal por un lado, conservadora por el otro; y un buen amigo mío fue hallado escondido en una casa conservadora antes de que comenzara el ataque general de la plaza.

A los leales no nos quedaba más remedio que esperar estoicamente el ataque enemigo que se anunciaba todos los días. Efectivamente, hubo muchos ataques parciales que lo único que hacían era mantenernos en constante alarma y prevenirnos para cuando viniera el ataque general.

En esas estábamos, cuando se supo que el comando norteamericano había enviado un ultimátum al general Zeledón. Muchos fueron a preguntárselo, pero él negó la especie. No fue sino cuando lo consideré prudente, que convocó a los vecinos para comunicarnos, que los norteamericanos pedían en forma insolente que se dejara pasar un tren con tropas norteamericanas que se dirigían a Granada, para defender las propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos.

A mí me cayó muy mal la consulta del general Zeledón. Un jefe militar que tiene a su cargo la defensa de una plaza no tiene por qué consultar a los civiles qué debe hacer en materia estratégica. Lo del tren de los Estados Unidos significaba que le abríamos un flanco al enemigo que podría atacarnos también por el Suroeste en cuanto cayera la plaza de Jinotepe, que ya estaba siendo sitiada, y por el Norte porque los norteamericanos en cualquier momento se adueñarían de Tipitapa y estaríamos amenazados por los cuatro puntos cardinales.

MI CONTESTACIÓN

Como era natural, todos los civiles opinaron porque se dejara pasar el tren militar norteamericano. Mi opinión fue rotundamente opuesta, pero como era de esperarse, fui vencido. El general Zeledón nos despidió diciéndonos que meditaría nuestra resolución y que procedería en consecuencia. Yo salí de la Junta completamente desalentado. Ya no vi en Zeledón la decisión heroica de los primeros días que le había observado en San Salvador.

A pesar de eso, algunas manifestaciones que hacía eran las de un verdadero valiente. En cuanto sonaba el clarín de alarma que indicaba que algún retén estaba siendo atacado o amenazado, montaba violentamente en una yegua muy bella que había sido propiedad de un turco llamado Amín-Amón, y salía hacia el punto de peligro, sin esperar muchas veces que lo acompañara siquiera un ayudante. Viendo esto una vez, le propuse que me dejara permanecer en su Cuartel General, para salir junto con él cuando saliera para el combate y poder, en un momento dado, ponerle un vendaje comprensivo e impedir que muriera de una hemorragia. Zeledón con mucha sangre fría me contestó: "Es inútil toda precaución. Yo he de morir en esta campaña y preferiría morir en plena batalla y no en una emboscada o por la bala de un asesino".

Los ataques se repetían cada vez con más frecuencia, ya en uno o en otro de los puntos defendidos, hasta que se supo que Jinotepe había sido tomada por los conservadores. Los rumores circularon con una rapidez pasmosa y pronto la ciudad estaba tremendamente abatida. Ese mismo día se supo que el general Zeledón había mandado a apalear a un soldado de los que habían defendido Jinotepe y que había traído la noticia de su rendición. Ese rumor me causó un profundo dolor. Desde el año de 1893, es decir, veinte años antes, en que presencié un apaleamiento, le había tomado pavor a ese modo bárbaro de castigar o de arrancar declaraciones, y al ver que eran mis mismos correligionarios los que lo aplicaban sentí verdadera vergüenza.

Los rigores del sitio aumentaban cada día. Los dos ejércitos atacantes, el conservador y el norteamericano, se acercaban oprimiéndonos como una boa constrictor, rudamente pero sin precipitación, como seguros de su triunfo inevitable. Comenzaron las defecciones de pobres gentes abrumadas por el hambre, por el desconuelo, por la enfermedad y por el temor a una muerte segura, pues los jefes hicieron circular la especie de que los conservadores no dejarían hombre vivo y que condenarían la ciudad a un saqueo brutal.

Yo comía de lo que por milagro encontraba, pero sentía una piedad terrible por mis heridos que, convalécientes apenas por sus heridas, llevaban en el hospital una existencia miserable. Un día fui al llamado del gran patriota Federico J. Lacayo, quien me dijo por teléfono que tenía para mí un magnífico obsequio. Inmediatamente imaginé que se trataría de un succulento *beefsteak* y marché presuroso a La Estación, en donde él se alojaba. Me dio un abrazo muy cordialmente, pues hacía muchos días no nos veíamos y me dijo festivamente:

- No te imaginas lo que te tengo.
- ¿Por lo menos un hermoso *beefsteak*? —le dije.
- Algo mejor.
- ¿Un buen plato de mondongo?
- Mucho mejor hermano.

Nunca había experimentado tan intensamente eso que llaman "hacerle agua la boca" como entonces. Pensé en Chontales y en un buen trozo de carne asada. Así lo dije al cruel amigo, quien me replicó.

Careces de imaginación. Ven conmigo.

Entramos a uno de los cuartos de La Estación, Federico traspasó una cortina y con una botella de *cognac* Martell en la mano, cuatro letras que entonces era la bebida preferida, que el *whisky* que priva hoy no se generalizó, sino hasta que los soldados norteamericanos se adueñaron del país y de sus costumbres.

Aquel *cognac* me hizo soñar en un admirable almuerzo y así lo dije a Lacayo. Éste contestó riendo:

- Tomemos el *cognac* y ya después veremos.
- Apuré el exquisito licor con fruición y le dije:
- Nunca en mi vida habré almorzado con el apetito y la ilusión de hoy.
- No te hagas ilusiones hermano, yo nada tengo de comer. Mi obsequio es ese *cognac* que está delicioso y hace mucho tiempo que no lo tomamos.
- ¡Pero bárbaro! ¿Cómo me das un aperitivo cuando sabes que no tenemos qué comer?
- Nos tomaremos otro trago y con eso se nos quitará el hambre.

Y así fue. Perdida la esperanza de la comida soñada, el estómago se resignó y me despedí no sé si renunciando o bendiciendo aquella amistad.

Tomé camino del centro, por la Plaza de San Jerónimo y al pasar frente a la iglesia unas palmadas me hicieron volver la cabeza.

—¡Doctor, doctor! —gritaba una señora con alegría y a la vez con desesperación. Venga que Augusto se me muere.

Me fui hacia la amiga, quien en palabras entrecortadas por la ansiedad me dijo:

—Pase a verme a Augusto. Está gravísimo.

Entré. Vi al enfermo y al haberme convencido de que mi amigo no estaba muy grave le dije a la esposa:

—Señora, yo no puedo ocuparme de su enfermo porque me estoy muriendo de hambre. Si me da algo de comer ya veremos lo que se puede hacer.

—Sí, doctor, con todo gusto —me dijo la angustiada señora.

Yéndose a la cocina comenzó a dar señales de estar preparando una magnífica comida o mejor dicho, un opíparo almuerzo. Efectivamente, media hora después me llamaba para que me sentara frente a una mesa hecha de Lúculo o Sardanápalo. No recuerdo haber comido nunca tan sabroso y tan abundantemente como en esa ocasión. Huevos, carne, frijoles, verdura, postre, café caracolillo, en fin, el delirio.

Ya confortado mi estómago procedí a hacer un examen detenido a mi enfermo, quien tenía lo mismo que un mes antes, una hemorragia muy fuerte. Como viera el caso grave, me quedé en casa del enfermo y mandé a decir al hospital que si había necesidad se me llamara a casa de él.

Esa noche la pasé agitadamente, pues la hemorragia se repetía constantemente. Por dicha al siguiente día el estado del paciente había mejorado un poco y pude ir a visitar a mis enfermos del hospital.

Al regresar comenzó el bombardeo de la ciudad. Iba a la mitad de la Plaza Julio César, cuando me detuvieron en la calle para ir a visitar a doña Natalia Amador de Corrales, conservadora, quien había caído víctima de una bala de cañón disparada por sus correligionarios.

Hallé a la herida tirada en el suelo, pues sus parientes no habían querido levantarla por temor, muy justificado por cierto, de empeorarla al querer moverla, puesto que tenía el fémur hecho pedazos al nivel del tercio inferior. Felizmente mi consultorio quedaba cerca y mandé por material de curación. Arreglé a la enferma y salí con el corazón adolorido. Comencé a recordar todos los bombardeos famosos, especialmente los de Constantinopla, en donde dice la historia que se dispararon los primeros cañonazos, y el de París, que fue el más feroz del siglo XIX. Ocho años antes había sido el tremendo ataque del Puerto Arturo sitiado por el Mariscal Oyama.

Mucho se ha legislado desde entonces sobre los bombardeos y la protección de la población civil, pero todas las leyes serán inútiles mientras el hombre no deje de ser el lobo del hombre.

Tras aquella pobre mujer cayeron dos niñas más, Berta y Mercedes Solís y dos niños Mora, de padres conservadores, uno de los cuales murió, quedando la niñita con una horrible herida que le destrozó la mandíbula inferior.

Diariamente tenía yo que recorrer toda la ciudad para visitar a mis enfermos del hospital, a las familias Solís y Mora. Frecuentemente me vi en peligro de ser destrozado por alguna bomba que estallara en la calle.

El sitio de la ciudad me tenía reservados nuevos sufrimientos morales. Un día me mandó a llamar Zeledón, quien me dijo colérico:

- Estos cachurecos bandidos tienen proyectado atacar el hospital para entrar por allí a la plaza. Necesito que me defiendas esa posición.
- ¿Cuántos soldados me vas a dar? —le dije con toda naturalidad.
- No tengo ni un soldado qué darte. Tienes que defenderte con tus heridos.

Profundamente extrañado le dije:

- ¿Cómo quieres que defienda una posición con unos pobres heridos, muertos de hambre y desmoralizados?
- Si tienes miedo, ¡dímelo con franqueza! —me dijo colérico.

Ofendido por tan injusto reproche, le respondí irritado —no tienes derecho a hablarme así, ya que siendo tan sólo médico no he evitado ningún peligro. Pero sí, debes tener en cuenta que es casi imposible defender una posición sin soldados. Por otra parte, debes saber que yo estoy asistiendo a cinco heridos de la población civil víctimas de los bombardeos.

- Tú sólo serás responsable de los ataques que se realicen mientras estés en el hospital —me dijo secamente.

Me retiré protestando una vez más las brutalidades de la guerra y resuelto a que aquella fuera la última en la que me viera envuelto. Me fui inmediatamente al hospital para poner en pie de guerra a mis enfermos. Logré que cavaran unos pequeños agujeros para guardarlos a la hora del ataque y fui a darle una vuelta a mi campo de batalla.

Al pasar frente a la puerta principal del establecimiento comencé a notar que caían sobre nosotros unas cuantas balas. Hice ver esto a mis compañeros, quienes me aseguraron que las balas venían de una casita situada a poca distancia del hospital. Sin detenerme a pensar en la verosimilitud de aquella opinión, me fui sobre la casa señalada como punto de partida de los disparos, la cual estaba cerrada a piedra y lodo. Di orden a los que allí estaban encerrados de que abrieran las puertas, lo que hicieron al momento. Allí estaban encerrados el cura Francisco con muchas señoras y señoritas de la mejor sociedad de Masaya, sin defensa alguna, pues las paredes de la casa eran de tablas, fácilmente perforables por consecuencia de las balas de fusil que venían del campo conservador. Todas las personas que allí estaban eran enemigas potenciales nuestras, pero como se trataba simplemente de civiles, les supliqué me acompañaran al hospital, cuyas paredes gruesas eran una defensa adecuada para ellos. Se resistieron al principio, pero ante mi insistencia no les quedó más que obedecer la que fue súplica, pero que se había convertido en una orden terminante...

Mi actitud humanitaria me valió una de las calumnias más estúpidas que se me ha levantado. Incapaces los que allí estaban de creer en un gesto generoso de mi parte, dijeron que yo los había sacado de su refugio para que fueran muertos por las balas que les dispararían antes de llegar al hospital. Felizmente todos llegamos sanos y salvos.

Inopinadamente fui llamado un día por Zeledón, quien con tono misterioso me dijo:

- Quiero que reservadamente te enteres de este documento y me prepares una contestación digna y enérgica.

Leí el documento. Era el más humillante, el más injurioso ultimátum que se le pudo dirigir al más triste general o al que tuviera la menor idea de la dignidad militar, de dignidad ciudadana, de la dignidad

humana. Allí se conminaba al general Zeledón para que sin falta ni pretexto alguno desocupara el día cuatro de octubre, a las seis de la mañana, todas las posiciones del centro y los alrededores de la ciudad. De no acatar aquella orden, la ciudad sería bombardeada, arrojándose la responsabilidad de las muertes y demás desgracias habidas, al general Zeledón y a sus tropas.

Hirviéndome la sangre me dirigí al hospital para redactar allí, en la santidad de aquel refugio, lo que quise fuera la respuesta de un hombre herido en lo más íntimo de su ser.

(BUTLER O PEMBLENTON)

Escribí con toda la violencia de mi espíritu una protesta razonada pero agresiva. Siempre que he tenido que chocar contra las injusticias de los Estados Unidos lo he hecho obedeciendo a dos sentimientos casi opuestos: uno de profunda admiración por el país más poderoso y civilizado de la tierra, que ha escrito páginas luminosas en su propia historia y en la historia de la humanidad; al país que ha hecho más conquistas para el bienestar humano con su buque de vapor, su telégrafo, su teléfono, su fotógrafo, su luz eléctrica, su avión, su automóvil, su cinematógrafo, en fin, con todas sus conquistas que ningún país ha superado y que le han echado encima la envidia y el odio de los potentes; el país que más intensamente practica la caridad bien entendida, la protección de los débiles, la de la infancia, la de la ancianidad, en resumen, la de todos los débiles.

Pero al mismo tiempo que este noble sentimiento, aparece mi rencor por todas las injusticias, las hipocresías, las crueldades por ellos realizadas y que son una verdadera mancha en su historia gloriosa.

Es imposible que un hombre justo olvide la vergüenza de la mutilación de México, que le costó a este infortunado país más de la mitad de su territorio. Es imposible perdonar la traición de Panamá que le arrebató a Colombia un trozo preciosísimo de su territorio. Es imposible pasar por alto las múltiples ocupaciones de Cuba, de Santo Domingo, de Haití y de Nicaragua, y por mucho que esa responsabilidad pueda recaer sobre los traidores de esos países, eso no justifica nunca todos los atropellos cometidos por una gran nación en perjuicio de nacioncitas débiles, pobres, ignorantes, atrasadas.

Todas estas ideas se vinieron a mi mente al estar redactando la protesta no sé si contra un Pembleton o un Butler, que fue quien dirigió el ofensivo ultimátum.

Redacté la respuesta de Nicaragua improvisadamente, como por desgracia he escrito casi todo en mi vida. Casi nada puedo recordar de lo que escribí. Sólo sé que le gustó mucho a Zeledón, quien ordenó inmediatamente que fuera enviada la protesta a la afrenta.

A todo esto ya la oficina de Zeledón había sido bien localizada por la artillería enemiga y comenzaban a caer sobre ella varias bombas, lo que determinó al General a cambiar de local y pasarse a la Iglesia.

En ella estaba ya cuando se anunció algo sensacional. El doctor Jerónimo Ramírez Brown tenía permiso para entrar a la plaza a hablar con Zeledón. A la hora y el día señalados apareció por la Calle San Jerónimo un hombre encapuchado, mejor dicho vendado, custodiado por dos oficiales. Se dirigió a la Iglesia y fue introducido al despacho del general Zeledón. Hablaron cerca de media hora, al cabo del cual salieron. Al despedir Zeledón a su suegro le entregó un pliego diciéndole al doctor Ramírez: "Doctor, allí tiene usted mi testamento. DÍGALE USTED A SU HIJA QUE PUEDE CONSIDERARSE VIUDA". Aquellas palabras me parecieron y me siguen pareciendo las palabras de un héroe que marcha estoicamente a la muerte.

Con el regreso del doctor Ramírez se fueron mis últimas esperanzas, porque la intervención norteamericana descarada inclinó definitivamente la balanza a favor de los conservadores. La mediación patriótica de las repúblicas de Centroamérica no hizo esperar que pudiera hallarse una solución conciliadora que sin darle el triunfo radical a la Revolución, por lo menos atenuara la derrota de ella. Nosotros nada supimos del resultado de esa mediación, a no ser que los diplomáticos de los países hermanos ya se habrían retirado a sus respectivos países.

Por segunda vez en la historia de Nicaragua una mediación amistosa como la del padre Alcaine fracasaba por la intransigencia del conservatismo. Pero la intransigencia de 1854 tenía la disculpa de que el gobierno de Fruto Chamorro era legítimo, en tanto que el de Adolfo Díaz fue el fruto de una intervención extranjera descarada, no habiendo tenido sanción alguna legal.

Había pues que someterse ante el destino inexorable que en este caso estaba presentado por la fuerza de los cañones norteamericanos. Las horas transcurrían lentas, amenazadoras. El ambiente que se respiraba en la ciudad era de la tragedia y las visitas de Zeledón se hacían cada día más raras. Fuera de que él era un caudillo vencido, el bombardeo de la ciudad asustaba a los más medrosos que no se atrevían a lanzarse a la vía pública.

Un falso motivo de alarma sembró el pavor en la ciudad. Se vio que algunos soldados estaban haciendo excavaciones en la ciudad y, según las autoridades militares, eso se debía a que se estaban haciendo excavaciones para sembrar minas y volar a los atacantes cuando quisieran adueñarse de la población. Yo no creí en aquella especie, pues se hubiera necesitado una instalación enorme de esas máquinas de guerra, de las cuales carecíamos.

Por fin llegó el día fatal marcado por los norteamericanos para apoderarse de la población. Yo consideré mi deber ir a despedirme del general Zeledón, quien a mi juicio estaba más cerca de la tumba que de la vida y me fui a pasar con él las últimas horas de la noche del 3.

Cuatro o cinco personas estuvimos con él, hablando desanimadamente. El único que pareció si no optimista, por lo menos sereno, fue Zeledón. Hablamos largamente y él, dando por segura su derrota, nos dijo en un momento de humorismo: "como a los desterrados, ya sólo nos queda el folleto".

—¿Qué quieres decir, le pregunté, con eso del folleto?

—Que al llegar al destierro, tenemos que explicar la causa de nuestra derrota.

—¿Y qué, le pregunté nuevamente, ya no hay ninguna otra carta que jugar?

—Sí, me dijo, y la voy a jugar, pero con muy pocas esperanzas. Yo me iré sobre Jinotepe, levantaré el sitio y volveré sobre Masaya que ya a esas horas estará tomada por los chamorristas que, entregados al saqueo y la borrachera, se dejarán derrotar fácilmente.

El plan me pareció demasiado sencillo y por lo mismo inverosímil, pero no quise hacer ningún comentario. Me despedí de Zeledón y me fui a darle quizá la última palmada en el hombro.

TESTIMONIO

LAUREANO CASTILLO MASÍS: Yo sólo era un soldado de Zeledón

“Ser liberal en Nicaragua después de la caída de Zelaya, era delirio; por eso nosotros perdimos las tierras, nos venimos de Matagalpa, Terrabona, en donde mi papá había sido alcalde, notario, agente fiscal, en busca de un lugar donde nadie nos conociera ni supiera que nosotros, los Castillo, éramos liberales. Aquí en Masaya vivía mi tío Pablo Masís. Entonces —dijo mi mamá— nos vamos a ir a Masaya y allá no vamos a contar si somos liberales o conservadores. Se vino una parte primero: Nicho y don Silverio y cuando venimos el resto aquí, ya ellos dos estaban presos. Eso fue como en 1910 ó 1911. De tal manera que para la guerra de Mena en 1912, yo entré en el Cuartel, retén de Masaya, que quedaba en la Iglesia de El Calvario. Allí peleábamos durante un mes contra las tropas conservadoras que venían de Granada, teníamos una máquina bien emplazada; ellos diario reculaban, no entraban, se quedaban en los rieles, hasta que los conservadores pidieron protección a los Estados Unidos y vinieron los yanques. Un día de esos llegó a hablar con Chico, Francisco Zúñiga Osorno, que era el jefe militar de El Calvario, Benjamín Zeledón, era un joven, bien parecido y era doctor, era abogado, y le contó a Chico que ya venían los americanos, estaban en La Barranca. Zeledón se regresó a la plaza, que quedaba en el centro de la ciudad para que vengan y nos traigan una pipa de agua, porque ahora va hacer día terrible de combate. Peor que los otros días. Entonces agarró el teléfono para hablar y no hay comunicación. Llamó y llamó y nadie contestaba. Entonces Chico se asusta y se sale a asomar a la puerta de El Calvario que era el cuartel y divisa que en El Coyotepe ondeaba la bandera de las barras y estrellas, la bandera yanque. Ya se lo habían tomado los yanques y nosotros sin saber nada. Entonces me dice Chico Zúñiga —Vení ve, ya se tomaron los yanques El Coyotepe, andate a la línea de fuego con el segundo jefe, que ya no recuerdo cómo se llamaba, era hermano de Mercedes Castrillo y Chico salió corriendo en su mula y ya se fue, no volvió. Yo me fui a la línea de fuego que quedaba detrás de la iglesia de El Calvario, era una zanja en el potrero, frente al campo, entonces estábamos allí combatiendo y como una hora después dice José de la Cruz Castrillo, que así se llamaba el segundo jefe militar, nos están flanqueando, corramos para el centro, salimos al centro y nosotros que salimos de la zanja y las tropas enemigas que ya se iban a tomar El Calvario nos dejan ir una descarga y él, el segundo jefe, se enredó y se cayó y a mí me dieron en la cara las corronchas, ¡pla, pla! de un palo de jocote donde habían entrado las balas. A mí no me hicieron blanco, pero a los 50 ó 60 hombres que peleaban en El Calvario los acabaron. Entonces cogí la calle para Masaya; en eso en una esquina me hacen —sit, sit, sit, me sintieron y corrí y fui, dije yo, estos son los zeledonistas de Santa Rosa y cuando llegué a donde ellos, como a una vara de distancia, me dice uno de los hombres —*rindanse!* y me descarga el rifle, eran conservadores; pero qué cosa más extraña, seguramente tenía alguna bala sarrosa, que no disparó.

Entonces entre ellos habían unos hombres de Terrabona, que me reconocieron y le dijeron al otro: no lo matés, que pase preso. Allí me quité yo la divisa roja con disimulo y me la eché a la bolsa del pantalón y me llevaron de vuelta a El Calvario preso, cuando pasamos por la zanja veo que ya había muerto, que habían matado a Castrillo, el segundo jefe militar. Allí me quedé preso y me trajeron a la plaza de Masaya unos días después, donde estuve tres meses. Me capturaron el propio 4 de octubre en la tarde. A todos los liberales los echaban presos, los azotaban con chilillos y los colgaban de los dedos gordos, sólo se salvaban los que se escondían o salían huyendo. Ya en la reja supimos que a Zeledón lo habían matado en El Arroyo. Después los conservadores vendieron la patria. Emiliano Chamorro fue a pedir a los Estados Unidos que se anexaran a Nicaragua, una estrella más para su bandera, les decía. A mí me llevaban la comida de mi casa a la cárcel, pero la cárcel era mala. Allí estuve preso con Pancho Gutiérrez Fonseca y otros y si me sacaron fue por gestiones de mi mamá y porque yo no era importante, yo sólo era un soldado de Benjamín Zeledón*.



Laureano Castillo Masís.



UN HÉROE INVEROSÍMIL

Por Carlos A. Bravo

Un nicaragüense, masayés, yo no sé si joven o viejo, ni siquiera lo recuerdo, pero sé que se llama Isidoro Díaz. Me lo contaron. Con 17 hombres descalzos defendió la fortaleza de El Coyotepe, dos días cerrados.

Lo atacaron 200 marinos americanos, tuvieron que llevar un cañón en el tren y 100 hombres más. Subieron disparando. Una batalla, un asalto.

Encontraron al hombre sin camisa, sucio.

—¿Su ejército?

El hombre se limpió el sudor con la mano y señaló a 17 hombres muertos.

—¿Por qué no se rendía?

—Tenía cartuchos.

—¡Vístase!

—No tengo camisa.

Le dieron una chaqueta.

—¡Salga!

—Me van a matar —pensó.

El mayor yanqui hizo formar a los soldados, les gritó que presenten las armas y cuando pasó el masayés, sucio, sin la chaqueta porque no quiso ponérsela, gritó en inglés: ¡un héroe! El otro ni caso hizo, ni entendió, pasó con la mayor tranquilidad llevando toda arrugada la bandera de Nicaragua en el brazo. No quiso dejarla.

El mayor Waters me lo contó. El mayor Waters era muy valiente, él dirigió el asalto, 300 hombres armados y un cañón contra 18 nicaragüenses. ¡Todos muertos, menos el que quedó para que recogiera la bandera. ¡El tal Isidoro Díaz, de Masaya, que nadie sabe qué hizo!

LA FUGA DE ZELEDÓN Y SU MUERTE

Por Alejandro Dávila Bolaños

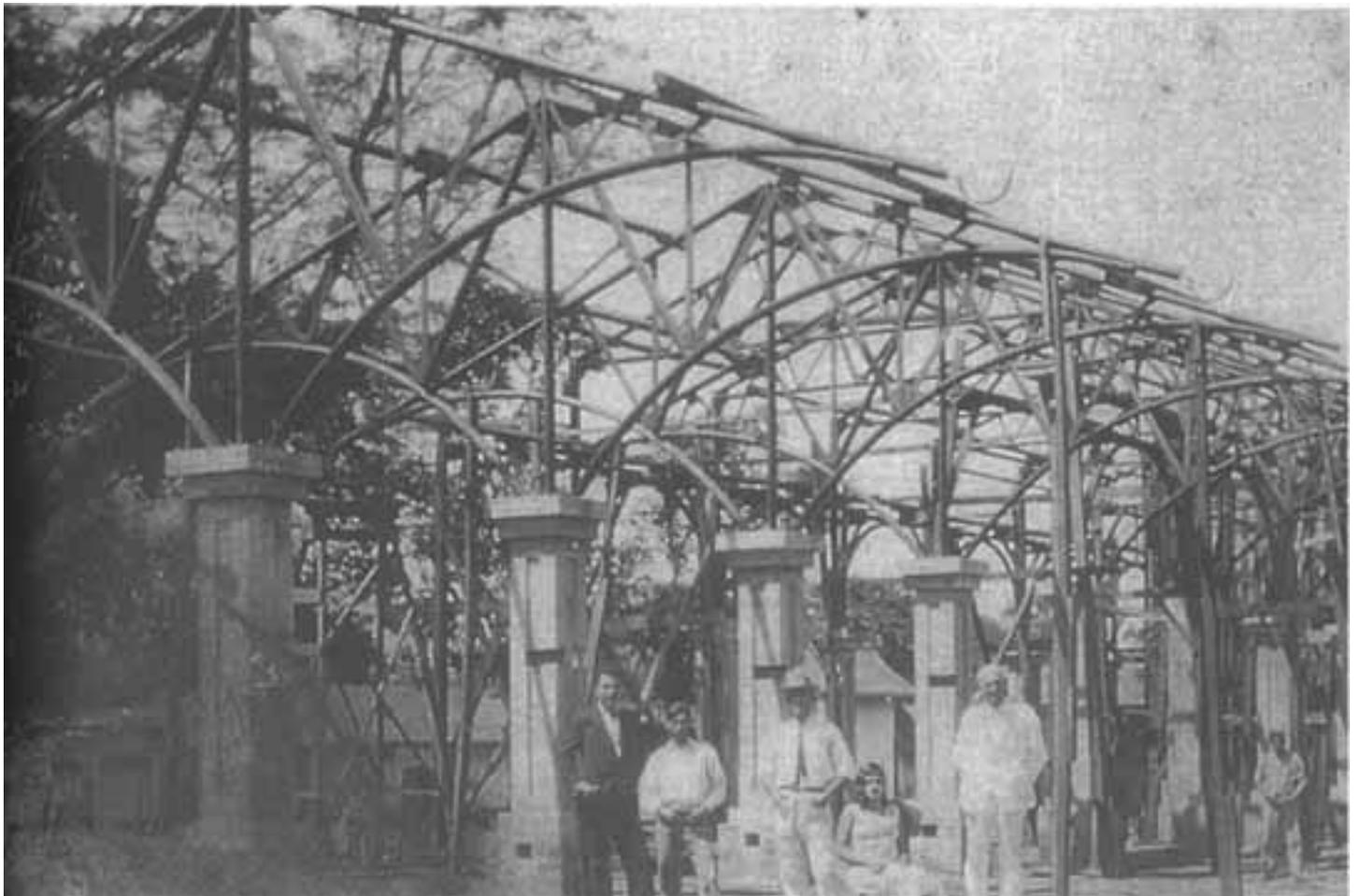
Comentando un día con mi padre, Alejandro Dávila Blandino, conservador, acerca de los sucesos de la guerra de Mena, el sitio de Masaya, la defensa de El Coyotepe y la muerte del general Zeledón, me dijo lo siguiente:

Ya en los últimos días de septiembre de 1912, Masaya está prácticamente vencida, lo mismo que El Coyotepe, pues el cerco del sitio de más de 45 días que le habían impuesto los generales que defendían al gobierno de Adolfo Díaz y las tropas yanques, no dejaba entrar alimento alguno. Había hambre, lo mismo que en El Coyotepe. El día 2 de octubre se supo en la ciudad que el asalto de la fortaleza era cosa de momentos. En consecuencia, el general Zeledón dispuso morir con su gente en el histórico cerro, pero hubo voces liberales (entre ellas la de mi abuelo, Félix Ignacio Bolaños) que le aconsejaron que su vida valía mucho para inmolarla, siendo más sensato conservarla, escapándose hacia el Sur, donde podría ganar la frontera tica e iniciar una nueva guerra contra Díaz y sus yanques. Pero, ¿cómo huir?

Sigue hablando mi padre: Frutos Alegría, liberal hijo del general Carlos Alegría, héroe de la Guerra Nacional, hacía traer furtivamente de su finca Quitapayo, orillada a la laguna de Masaya, al Sur, cerca del bajadero de Niquinohomo, un bote cargado de alimentos para su familia. Esto nadie lo sabía, salvo don Frutos y el botero. Cuando se trató de garantizar la fuga, fue el mismo Alegría quien propuso el plan. El día 4 de octubre de 1912, de madrugada, cuando los yanques comenzaron el asalto del famélico Coyotepe, el general Zeledón, acompañado de Emilio Vega y de Francisco Tapia, tomaron el bote de don Frutos en el bajadero del Hospital (posiblemente el San Juan, El Sardinillo o Bombonasi) y costean-do muy cerca la laguna, pasando por los bajaderos de Monimbó y Ambota, llegaron hasta Quitapayo, donde tomaron unas cabalgaduras que lo conducirían a Nandaime.

Continúa mi padre: pero aquí vino la mala estrella del general Zeledón. Cerca de un lugar llamado El Arroyo, jurisdicción de Niquinohomo, venía de Jinotepe el coronel conservador Gabriel Galán, en compañía de varios hombres, entre ellos Victoriano Miranda, quienes al parecer se dirigían a Granada. La casualidad hizo que se avistaran los dos grupos (el de Zeledón y el de Galán) y se cruzaron fuego de revólveres, resultando muerto Mirando y mortalmente herido el general Zeledón, que pereció, ya prisionero, camino a Catarina.

VIII
Estación de Masaya
FC del P de N





MR. SAATTOFF Y LAS VIVANDERAS DE MASAYA

PRIMERA PARTE

Corría por los años de 1915, cuando la empresa del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua era una empresa extranjera, pues su Junta Directiva residía y sesionaba para resolver sus asuntos empresariales, en la ciudad de Nueva York.

Años después, la empresa ferroviaria fue nacionalizada y como es natural pasó a ser patrimonio del Estado. La entidad ferroviaria en ese tiempo era administrada por jefes norteamericanos designados en el extranjero, los cuales venían a desempeñar su contenido, unos en forma pacífica y otros imponiendo la violencia en el desempeño de sus funciones.

En ese tiempo, el ferrocarril era una fuente voluminosa de ganancias ya que era el único medio de transporte y era explotado tanto el pasaje como la carga a precios relativamente caros; sin embargo los usuarios pagaban el precio impuesto sin ningún regateo y con frecuencia el exceso de carga y la abundancia de pasajeros viajando incómodamente provocaban casi a diario accidentes fatales en detrimento de los pasajeros, ya que al no encontrar los asientos indispensables para ir sentados, viajaban de pie, agrupados en la plataforma de entrada a las carros.

Generalmente, en los fines de semana, en temporadas de corte de café o recolección de algodón, los carros eran insuficientes. La gente se subía a los techos de los coches viajando así largas distancias, bajo la lluvia o el inclemente sol sin que por esa apremiante necesidad de viajar se cobrara menos precio por el boleto.

Aquí en Nicaragua, ni a empresas extranjeras ni a nacionales, jamás se les ha normado un sistema que regule la capacidad de transporte, pues casi era una costumbre que el pasajero que ya no encontraba asiento disponible en el vehículo fuera hecho una masa humana con los otros pasajeros que también no encontraron dónde sentarse, viajando con todas las incomodidades que representa el viaje y mientras más largo, más pesado, sin que por esto se establezca por parte de las autoridades del tránsito una medida que regule en forma eficaz tan deprimente como peligroso abuso del transportista.

Ya es tiempo que en Nicaragua se establezca una ley que regule la manera de transportar pasajeros y que en un vehículo no vayan más pasajeros que los asientos que tenga. En todas partes del mundo, el que viaja siempre tiene un excedente de peso para su equipaje u otras cosas de fácil conducción a mano que lleva hasta su destino. En el transporte del ferrocarril y sobre todo en la carros de segunda clase con mucha frecuencia eran levantados pequeños bultos o valijas que bajo los asientos llevaban los pasajeros, por empleados menores del ferrocarril (que recibían órdenes superiores) para ser manifestados en bochos donde llevaban la carga expresa. Generalmente, estos empleados menores, como

frereros o peones de mantenimiento que viajaban en el convoy obedecían órdenes de fiscales o supervisores extranjeros a lo largo de la vía. Luego, el pasajero que llevaba sus pertenencias pagaba un recargo al ir a sacarlas. También se molestaba con mucha frecuencia a la gente humilde que portaba cosas que, a juicio de los empleados, no debía llevar.

Uno de estos supervisores de eterna permanencia en los ferrocarriles, era el norteamericano llamado Mr. Saattoff, hombre de complexión fuerte, un poco bajo, de ojos amarillentos, como los ojos de los lagartos, de cara rubicunda; con frecuencia masticaba tabaco y lo hacía como un energúmeno; fumaba en pipa también, arrojando asquerosas salivas entre los asientos a lo largo de los pasillos y nadie le podía protestar porque era de agrio temperamento; usaba camisas de mangas cortas, lucía tirantes sobre sus hombros y sobre su cabeza llevaba calado su kepis color azul con una insignia que no recordamos de qué era y llevando siempre pistola al cinto.

Este típico personaje de empresas imperialistas, capataz destronado de quién sabe qué empresa yankee, vino a ejercer funciones de conductor viajero del ferrocarril de Nicaragua y su comportamiento con la clientela dejaba mucho que desear. Constantemente, Mr. Saattoff ejercía una férrea presión sobre los pasajeros a tal extremo que por cualquier motivo bajaba del convoy a personas que le protestaban por algún proceder incorrecto. Mujeres que viajaban llevando cualquier pequeño bulto, motete o canasto de frutas, legumbres o verduras, sin estorbar al pasajero vecino era arrebatado por las manos de Mr. Saattoff y arrojado a la vía, lo mismo hurgababa bajo los asientos para sacar cosas que la gente conducía. Con mucha frecuencia bajaba viejecitas, mujeres o niños que se les caía o perdía su ticket, no valiendo ruego para su ingrata decisión. Era el azote de los pasajeros que caían en desgracia ante él; humillaba a los empleados y trabajadores criollos cuando no le obedecían su imperiosa voluntad.

Este proceder del míster en cuestión fue creando un problema social que cada día se iba agudizando más a tal extremo que cundía el temor en la gente humilde que viajaba. En el ferrocarril iban muchos masayas, como empleados de mantenimiento, entre ellos el obrero Bernardo Calderón, hombre callado, de habla estrapajosa, de espeso bigote caído sobre su labio superior, de cachetes bien pronunciados como que escondía por dentro, oculta, alguna protesta, por todos los desafueros que le observaba a Mr. Saattoff.

El tren directo que pasaba de Managua a Masaya, casi siempre en la estación de Nindirí hacía espera para proveerse de agua de un tanque que había en ese lugar, Mr. Saattoff ordenó a Calderón realizar una maniobra arriesgada en momentos que otro convoy en dirección opuesta cruzaba por el costado del tren que estaba estacionado, a lo que Calderón no lo obedeció con rapidez por lo que el gringo golpeó duro con un palo en la canilla de Bernardo y acto continuo el míster saca su pistola y cuando iba a disparar sobre la humanidad del empleado; éste con su mano izquierda levantó la mano armada del agresor, respondiendo a su propia defensa con una certera puñalada, hundiéndola hasta sus gabilanes, cayendo desplomado el agresor, muriendo en la escena de los hechos. Así terminó la triste historia de ese abusivo personero del ferrocarril. Después la gente viajó más a gusto y si no celebró con satisfacción la muerte de este hombre por lo menos despejó el temor que antes se tenía por él.

Al no ser capturado Calderón a raíz del momento trágico de Saattoff, la empresa del ferrocarril puso este aviso en la estación de Masaya: "La empresa del ferrocarril premia con C\$ 5.000 (cinco mil Córdoba) al que dé informe del paradero de Bernardo Calderón".

Al día siguiente, aparece otro aviso en lugar alto y visible de la estación que dice: "Masaya da diez mil Córdoba al que no diga nada, nada, del paradero de Bernardo Calderón".

SEGUNDA PARTE

Las susodichas formas de cómo viajaban las pequeñas vivanderas a Managua fue creando una atmósfera de inconformidad la que posteriormente se agravó con las medidas distintas de embarque. Esto dio lugar a que la empresa considerara el establecimiento del servicio de góndolas para la carga de las vivanderas, agrandándose ese comercio, llevando en mayor cantidad granos y cereales de toda especie, a la Capital.

Al incrementarse ese nuevo comercio de vivanderas, tanto en los andenes como en los patios de la estación, se veían inundados de bultos y canastos esperando la llegada del tren directo que venía de Granada de paso para Managua como el número de góndolas que serían adheridas al convoy a su paso por esta ciudad. Esto de la aglomeración de bultos y canastos en andenes y patios era un problema para la empresa y más que todo, para el pasajero que abordaba el tren. En este caso, la empresa del ferrocarril dispuso levantar un cercado bien alto de gruesas tablas con respaldo de cuartería para cubrir tanto el patio de entrada como de salida de la estación, a fin de que las vivanderas no pasaran desde antes de la llegada del tren su mercancía a esos lugares y que hicieran la introducción hasta que estuviera el convoy con sus respectivas góndolas.

Posteriormente, esta medida creaba problemas a los negociantes, ya que conforme con el itinerario del tren se les hacía difícil en tan corto tiempo de permanencia, poder cargar centenares de canastos y bultos, teniendo que pagar, además del transporte hasta la estación, otro pago más por subir la carga a la hora llegada. Gestando este problema de carácter económico social, creada por la cerrada de los patios de la estación, un día de tantos estallar la asonada. En la última hora de la tarde del día de las protestas, se veía a muchos hombres y mujeres del pueblo cambiar frases en secreto, comunicándose algo para estar listos a la hora de las decisiones. A las tempranas horas de la noche de ese día, se veían pasar grupos de hombres, en forma muy cordial, con dirección a la estación del ferrocarril, pero no era muy notorio porque en ese tiempo no había servicio de luz eléctrica en esta ciudad.

De pronto, los vecindarios de San Jerónimo, Palo Blanco y La Estación se sintieron bajo la influencia de extraños ruidos que se escuchaban. Centenares de hombres se habían posesionado de la estación y el grito de guerra de ¡Abajo los tablados!, éstos comenzaron a desgajar bajo la impetuosa acción de las manos que hacían crujir el grueso tablado, cayendo al suelo roto en mil pedazos, hasta no quedar nada en pie, de tan alto valladar.

La Estación no fue tocada y a la hora de la misión cumplida, la mayoría de los participantes portaban reglas y tablas rajadas por la acción, como trofeo de guerra, alejándose del lugar.

Un resguardo de Hacienda que estaba acantonado en el cuartel de la plaza principal, como en número de diez, llegó a la Estación a resguardar el orden, y comandado por su jefe, de nombre Anselmo Larios, pero ya todo estaba consumado. El resguardo, al regresar a su cuartel, frente a la esquina Sur-oeste de la plaza de la Estación, uno de los soldados de la tropa que vestía de cotona y pantalón azul, que era sobrino del típico y recordado caudillo indígena del barrio de Monimbó llamado Vital Ñoriongue reconoce, entre la gente que regresaba, al ciudadano Salomón Palacios, honrado obrero, quien iba cantando, enarbolando un fragmento de tabla, como a su antiguo rival, disparándole a quemarropa con su rifle máuser, cayendo su víctima al suelo en estado agónico donde murió a los pocos minutos, teniéndole que apagar sus ropas incendiadas, por lo cerca del

MEMORIAL DE MASAYA

fogonazo, los numerosos transeúntes del lugar. Así cobró la deuda enemistosa del ciudadano Palacios, el sobrino del caudillo Ñoriongue poniendo la nota desagradable en aquella noche que tuvo otras consecuencias.

A pesar de que parte de esta odisea fue pública sin detalles, por el escritor masayés Gustavo Alemán Bolaños, hace más de treinta años, en su libro titulado *El país de los irredentos*, hoy nos vemos obligados a contarle también el capítulo anterior con todos los detalles apuntados, que involucraron ese problema engorroso, a nivel social, que se va olvidando en la historia de los acontecimientos de la ciudad de Masaya.



MASAYA, QUÉ IMPORTA QUE DIGAN QUE VIAJAMOS EN TERCERA

Por Manolo Cuadra

Vista históricamente, la ciudad se inicia en El Coyotepe y apuntala finalmente en Niquinohomo. El espacio yacente bajo esas dos cúspides es un alfombra historiada de heroísmo, de romance y poesía. Ha trabajado por bastarse a sí misma y nada pide a otras ciudades.

¿Masaya localista? Cierto, cierto, cierto. El masaya ama sus patios en los que el perfume es una condición del aire y los jardines como el vello finísimo que apunta en la piel de las niñas adolescentes. Su localismo es más bien un exceso de amor instintivo por su tierra soleada y palpitante; por la película diáfana de su cielo muchas veces azul.

Nacionalismo municipal que no es el del sepulcro que se corrompe por dentro, sino el de sus patios olorosos que se prodigan hacia fuera sin perder la marca de sus vergeles únicos.

Localismos de sus lirios, de sus claveles que se disgregan hacia Oriente, hacia Occidente, arrancados por el dinero en la estación del ferrocarril. Pero en este o en aquel destino, los claveles y lirios permanecen siempre masayas ya sea en el hogar de las nobles damas granadinas o en el muy cristianísimo de las matronas leonesas.

Masaya es la mejor ciudad del mundo. Masaya es la peor ciudad del mundo. ¿Comprendéis la diáfana contradicción, la cristalina paradoja? Para sus hijos, Masaya es la ciudad más "todo" del Universo. Ha dado presidentes a la República, poetas al imperio, mujeres al romance y un Arcángel sanguinario y bilioso a la historia inmortal...

En su topografía ciclópea el ojo de su laguna azul mira inmutablemente al cielo. En los ranchos pajizos de Monimbó la chicha fuerte es el sudor trabajado del indio. La brisa de sus mañanas pareciera salida de un corpiño de mujer.

Geográficamente es insuficiente para tanta gloria. Walker escribió en ella: "La ciudad que nunca se rindió". El abogado de Tennessee presentía El Coyotepe.

Masaya tiene pintores de mérito.
Masaya tiene "it".
"~~~~~" otras cosas.
Agua. Luz
Luz. Agua

Por lo tanto, no importa que digan que viajamos en tercera.

CIUDAD MASAYA

Por Mario Cajina-Vega

44 mil habitantes. 7 iglesias
y un Santo.
Caseríos indios despeinando los cerros
y la raya del arado volviéndolos a peinar.
Tardes de aguardiente franco y marimbas enamoradas.
La alcaldía hereditaria.
El Jefe político.
El Comandante general, doscientos guardias.
Y una escuela.
Media bartolina.
Cincuentipico de cantinas.
6 parques. 1 vago.
10 tiendas 10 árabes 10 pleitos 10 dados:
un coimato.
El hospital de caridad con su capillita encapuchada.
Una familia de visita.
Un muerto nadie.
Avenidas de arena arrastradas por el invierno...
Casas antiguas medio Colonia medio Patria con zaguanes,
corredores,
jardines,
jazmines,
flores. Polvo.

El humo tosigoso del volcán verde sulfuroso.

Y en las noches, cuando los jazmines perfuman larga largamente
y las guitarras pasean su romántica serenata con luna,
la ciudad resume estrellas en el delantal de la laguna.

LA BEBECOLORES

Loor de Masaya

Por padre Ángel Martínez Baigorri, s.j.

Hoy, sin que yo lo sepa bientocar,
sentí cómo del piano
salían con el alba por mis dedos,
en notas casi sueltas,
por una luz —sin voz— tuya enlazados,
todas las armonías de mi alma y del mundo:
las palmeras reales, los naranjos

con el oro redondo de sus frutos de enero,
la quietud en blancura de los copos sin brillo
del algodón, todo era en la luz pura
de la montaña nueva esa armonía
floreceda en la dicha sin voz, de tu silencio
a que me eleva.

Firme en su fortaleza, se alza un monte
que ha llegado en Masaya al cielo todo:
—en Masaya he llegado a un fuego puro.
Se va el tren con la vida de Los Pueblos.
La vida, blanda y áspera, es amarga
para dar a los frutos su dulzura.
Blanca y color de tierra, de raíces
color de tierra, con su blanco dentro,
la vida, con su cielo, es hoy de yuca.

Los campos de algodón estaban muertos.
Eran sólo de trigo reventado
ya inútil para pan o para siembras.
Como aspirando a sangre en las heridas,
bajo aquel cielo rojo y en su nevada seca,
los campos de algodón estaban muertos.

Sólo viven colores de dulcitos,
de muñecas de trapo, de caídas
del indio hacia su gracia primitiva
en los potes de barro con dibujos
—que siempre a él le rezuman y resumen—,
de colores de frescos... ¡Oh milagro,
Masaya, en tu frescura de colores
potables!
Se alzan de nuevo en frente los montes y el
tren sigue.
Nindirí es el museo de su nombre
y el Santiago la hoguera que deja al pecho
justo
su fuego, el oro puro
—el oro ambicionado—
la luz sólida,
y se va en humo en lo demás que quema.

Toda en toda la Tierra tu palabra
—tú todo en toda tierra,
Masaya, Nindirí, El Cielo, Las Flores...—,

para que en todo vaya justo al Todo,
me has escrito con números tu Nombre
y en Masaya he llegado al Pecho justo.

EL SITIAL DE LA VIGILIA

Por Fanor Téllez

*Masaya

eran tardes largas en un parque
con palos de malinche, de mamón y cedros olorosos
y un centenario guanacaste
y una glorieta
y asientos como los del jardín de Luxemburgo
a principios del siglo donde paseó Rubén.
Allí se poblaba de trompos y bolitas de vidrio,
de tabas y figuras.
Yo tenía una armónica Honner.
Yo tenía una honda para tirar pájaros.
Yo no sabía nada de literatura. Era feliz.
Y había en la pila circular del kiosco griego
un cuajipal
y cisnes de yeso
y tortugas
y pepescas a las que dábamos migas de pan.
A mí me gustaba ver jugar *hand-ball* a las chavalas,
a mí me gustaba chuparme una naranja,
comer jocotes cocidos
en cartuchos de hojas de chagüite
y llegar sucio, hediondo a sol —a zopilote,
decía mi madre—
a dormir bajo un techo tan alto que parecía hondo
y no me acuerdo qué pensaba. Era feliz.
Yo bolseaba a mi padre a medianoche,
saqueaba el monedero de mi madre a mediodía.
Y cuando a las inocentes miedosas
llorosas sirvientitas
se las ponía bajo sospecha,
sabía guardar silencio.
No me importaban las reglas. Era feliz.
Y me fui a bañar en el jade puro de la laguna.
A comer tigüilotes en predios montosos y baldíos
y cortar mangos verdes y mamelillos.
En los caminos de las comarcas vecinas
yo quise montar un caballo tierno.

Caminé la carrilera que va hasta Las Flores
y por los campos de hoscos mandadores
corté ganchos de cachito
que luego cocía a fuego vivo
para lograr su purísima dureza
—paleolítico de la niñez—
y evité caminos señoreados por las culebras
que miedoso me inventaba.
Aspiré el ilán-ilán.
Tensé arcos y fleché lechosas papayas.
Yo olvidé los libros
y pasé mañanas enteras encaramado en el palo
del icaco negro
de la casa de mi abuela.
Anduve detrás del basson y las marchas fúnebres
en las procesiones floridas.
Masaya era un sentarme largamente a ver anochecer
y saludar a niña Julia y niña Emilia Morales
que abrían una sala impecable
llena de lirios,
azucenas
y heliotropos”.

VIEJO, MI QUERIDO VIEJO

Por Ana Ilce Gómez

Viajar en tren no significaba únicamente poder transportarse de un pueblo a otro. Era también iniciar una aventura sin par para los niños que fuimos *Niños recurrentes* cuando de recuerdos de la infancia se trata.

Primero era la espera impaciente en los largos y apretujados escaños de la estación de Masaya, el fuerte olor a aceite quemado de las máquinas, la compra obligada de los boletos entre el griterío de la gente, el regateo, los adioses. Luego era la locomotora, ese monstruo negro que a primera vista nos asustaba con el largo silbido quejumbroso y el fragor de los vagones entrechocando unos con otros. Subir al tren era subir al punto de partida para emprender la más ingenua y recordable aventura.

Quienes viajaban de Masaya a Los Pueblos, saben que el paso del túnel, entre la arboleda frondosa que hoy casi ha desaparecido, era el momento preferido de los niños y quizás también de los viejos, quienes en ese trecho, bajaban la voz o hablaban en susurros como si la oscuridad impusiera silencio. Eso era entrar a la oscurana total. El tiempo se detenía, el corazón palpitaba acelerado. Era un momento solemne donde nunca pasaba nada, mientras yo, pasajera primeriza, muy juntita a mi madre trataba de distraerme pensando en los lugareños, los caminantes que se ponían a salvo del tren, metiéndose en aquellos huecos hechos en las paredes del túnel. Unos huecos como sarcófagos donde tampoco pasaba nada.

Eran solamente cortos pero a la vez larguísimos momentos de oscuridad, para salir o entrar de nuevo a la radiante claridad de los caminos llenos de verde. A poco andar, la vieja máquina, gorda y enferma, trabajosamente y entre grandes fumarolas subía la cuesta al borde de la mismísima laguna de Apoyo. ¡Castigo y premio máximo! Porque era el miedo, la sensación de ingravidez, la casi seguridad de que el tren se deslizaba en el aire para caer enseguida al fondo del abismo. También era el asombro y los ojos humedecidos ante el esplendor, entonces más salvaje, de los macizos de piedra y árboles coronando aquellas aguas que gracias a Dios sobreviven al querido tren y a la lejana infancia.

Así hacíamos el recorrido de mi madre y yo para visitar a doña Mariita Quintanilla (una amiga de mi madre y matrona de muchas consideraciones en Catarina), quien nos esperaba con rosquillas y café y muchos otros cariños.

El viejo y querido tren. Cuando atravieso la plazoleta de los bomberos y diviso los vagones desvencijados, la estación vacía, el jolgorio apagado, creo escuchar de nuevo la alegre campanita anunciando por tercera y última vez que ya es hora de llegar o de partir.

PREGONES DE MASAYA

Por Edgardo Prado

Cuando el tren desgarrar nubes
y entra raudo en la estación
repicando la campana
y resoplando con ardor
un mundo alegre, desbocado
tal parece salpicado de color.

Y al borde del andén
aparece un ramillete
de mujeres sin igual
es la pródiga ciudad
que se adelanta a nuestro afán
y nos ofrece entre sonrisas
la hospitalidad del corazón.

¡Es Masaya!
¡Es Masaya de las flores la ciudad!,
cuna prócer e hidalga
aún suenan atabales
de las tribus que encendieron
las hogueras de mil crueles sacrificios
ahí reposa el amor...

Y al vuelo de perfumes
se entrelazan los acordes
de una música sutil
se alza entonces
el grito fantasioso del pregón
grito alado que revienta
en un confeti de emoción
canto salpicado del ingenio de la sal
de esta tierra esplendorosa
de la yuca y el pinol.

¡La jalea, la jalea, la jalea!
y entre sudorosa, presurosa y arrogante
la silueta picaresca de la india
del frescor, que a los ojos arrobados
va diciendo su pregón
¡El siliano, el siliano, el tiste helado y la chía!
¡Cebada helada, cebada helada!
Y a su paso alborotado

va dejando cual reguero
el perfume de sus trenzas
y el lamento del pregón.

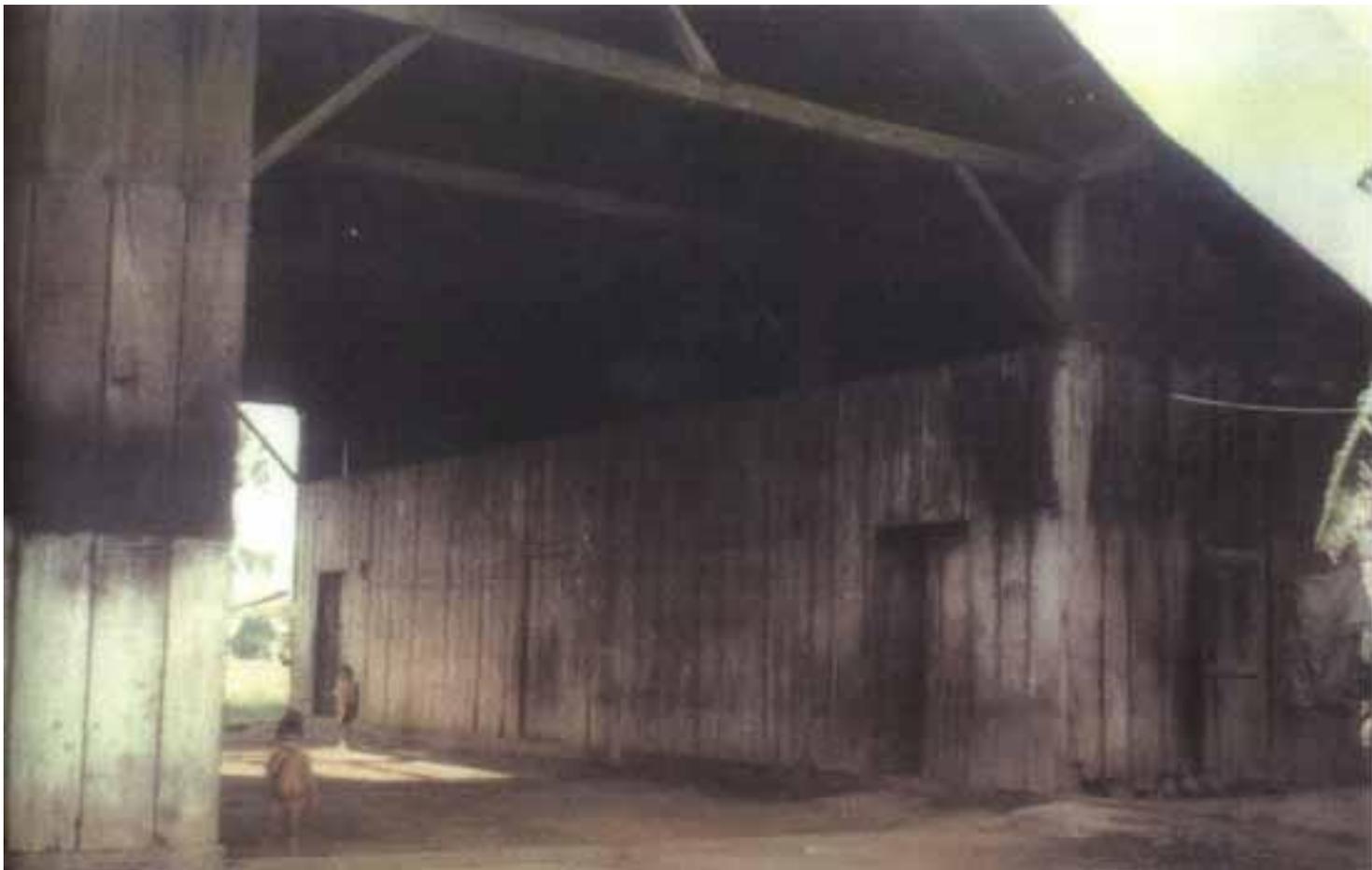
Un anciano que se acerca;
una limosnita por el amor de Dios
una limosnita para el cieguito
un chiquillo pasa rápido y veloz
¡La noticia!
¡La prensa! ¡La nueva prensa!
y suena y suena la campana del convoy
y sube y sube el humo por el aire
cual melena desatada de mujer
¡Los caballitos de palo, las muñequitas de trapo!
¿Va a comprar?
¡Manjar a cinco centavos!
¡Los petates de tule!
Las hamacas de pita, los sombreros de palma
las ollas de barro, los comales para las tortillas
las jícaras labradas y los molenillos
¡Lotería! ¡Lotería!, llevo en cuatro, llevo en cinco el número
[que usted quería

El domingo se corren los cinco mil córdobas
y en las bateas relucientes ofreciendo con primor
va diciendo a voz en cuello
la mujer de Monimbó
¡Cosa de horno!
Las rosquillas tostadas, las pupusas calientes,
los perrerreques
y perdiéndose a lo lejos la dulzura
del clamor, va cantando con las ruedas
el veloz ferrocarril
la canción que brota gracia
de la musa; la estación.

NIDO DE MEMORIAS

Ernesto Mejía Sánchez

Pasa el ferrocarril frente a la quinta, entre el desfiladero de El Coyotepe y La Barranca. Se lo oye venir de lejos, a un kilómetro de distancia. Si uno pone el oído se viene acercando poco a poco la peligrosa tempestad trepidante. Tiemblan los cristales con un tintineo irracional. Yo apoyo la frente en los cristales. Mi padre viene por la alameda secándose el sudor. Don Hernán era un niño cuando dio la orden de fuego. Zeledón defendía la plaza de Masaya contra la invasión americana. La metralla hizo pedazos el ferrocarril invasor. Ahora don Hernán es el padrino de mi hija. Veo pasar el ferrocarril. Tiemblan los huesos de los muertos que encontramos entre rifles y cápsulas cuando se construyó la casa. Echo vaho en los cristales. Mi padre en su bicicleta corre parejas con el tren. Las plataformas llevan a los camisas azules de Somoza del año 36. De El Coyotepe se oye el tableteo de las ametralladoras de Managua. Crujen los vidrios al unísono y no tenemos armas. Echo vaho en los cristales y el tintineo desaparece. Se borra el ferrocarril y se oye la risa de mi niña.





Compositor y Director de orquesta don Alejandro Vega Matus.